

La Naturaleza Y Las Causas De La Apostasía Del Evangelio

*Una versión simplificada y abreviada de la versión clásica
en inglés, publicada originalmente en Londres en el año 1676.*

John Owen

*Iglesia Bautista de la Gracia*_{AR}
INDEPENDIENTE Y PARTICULAR
Calle Alamos No.351
Colonia Ampliación Vicente Villada
CD. Netzahualcóyotl, Estado de México
CP 57710
Telefono: (5) 793-0216

1 Cor. 1:23 Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado...

Este libro fue traducido de una versión abreviada en inglés titulada: “The Nature And Causes of Apostasy From the Gospel”, publicado en su versión original en inglés por Banner of Truth Trust.

Agradecemos el permiso y la ayuda brindada por Banner of Truth (3 Murrayfield Road, Edinburgh, EH126EL) para traducir e imprimir este libro en español.

Traducción realizada por Omar Ibáñez Negrete y Thomas R. Montgomery.

© Copyright, Derechos Reservados para la traducción al español.
IMPRESO EN MEXICO 2000.

CAPITULO 1 LA APOSTASIA PARCIAL DEL EVANGELIO

Es solamente en su evangelio y en su iglesia que Cristo puede sufrir ahora en las manos de los hombres. Cuando un importante principio de la verdad del evangelio es abandonado y renunciado; cuando la obediencia evangélica es persistentemente descuidada; cuando los hombres empiezan a creer cosas distintas a las que son enseñadas en el evangelio y no viven conforme a él, entonces tenemos un caso de apostasía parcial del evangelio.

Muchos hombres son aptos para agradarse y pensar bien de sí mismos. Las iglesias son felices mientras que sus ceremonias externas y el orden del culto sean mantenidos, especialmente si esto les trae algunas ventajas seculares. El juicio de los cristianos acerca de sus iglesias es a menudo muy distinto del juicio de Cristo.

La iglesia de Laodicea se consideraba como “rica, enriquecida y sin necesidad de ninguna cosa”. Pero Cristo declaró que ellos ignoraban la condición verdadera de la iglesia. Ante sus ojos ellos eran “desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos”. Este fue el juicio de aquel que es el “Amén y el testigo fiel y verdadero” (Apo.3:14-17).

Cristo pudiera bien decir de las iglesias de hoy, como Dios lo dijo de la iglesia bajo el Antiguo Testamento, “Y yo te planté de vid escogida, simiente verdadera toda ella: ¿cómo pues te me has tornado sarmientos de vid extraña?” (Jeremías 2:21). “¿Cómo te has tornado ramera, oh ciudad fiel? Llena estuvo de juicio, en ella habitó equidad; mas ahora, homicidas. Tu plata se ha tornado escorias, tu vino mezclado está con agua” (Isaías 1:21-22).

Así en muchas iglesias hoy en día, la plata del evangelio ha llegado a ser escoria, y el vino puro adulterado con tradiciones y razonamientos humanos. Los hombres se cansan muy pronto de las verdades evangélicas y están muy prestos a cambiarlas por sus propias ideas e invenciones: “Si alguna gente ha mudado sus dioses, bien que ellos no son dioses. Pero mi pueblo ha trocado su gloria por lo que no aprovecha”. (Jeremías 2:11).

EL RECLAMO ESPECIAL DE LA IGLESIA DE ROMA

La iglesia de Roma afirma que tiene un privilegio especial. Roma no afirma que este privilegio de la gracia interna obrando en las mentes y voluntades de todos aquellos que pertenecen a su comunión, protegiéndolos de caer en error y de abandonar la verdadera fe salvadora y la obediencia, pertenezca a todos sus feligreses, sino que más bien afirma tener el privilegio externo de la indefectibilidad. (Nota del traductor: La palabra indefectibilidad se refiere a algo inmutable, invariable, que no está sujeto a cambio o defecto. En otras palabras, al afirmar que su iglesia es “indefectible”, Roma está diciendo que no puede apostatar. Esto es muy parecido a la afirmación que Roma hace acerca de la supuesta “infalibilidad papal”. Es decir, la idea de que el papa es infalible en sus pronunciaciones, en su doctrina y enseñanza).

Este don de la indefectibilidad que Roma afirma tener, supuestamente le guarda infaliblemente en aquel estado que el evangelio exige. Roma no sabe como el don de la indefectibilidad funciona, sino que solo sabe que funciona; si le gusta o no, si quiere mantenerse así o no.

Esta afirmación o reclamo de tener el don de la “indefectibilidad” fue hecho por los judíos bajo el Antiguo Testamento: “No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste” (Jeremías 7:4).

Los judíos confiaban en que poseían el templo del Señor, y que por lo tanto Dios los guardaría infaliblemente de la apostasía, no importando qué tan grandes fuesen sus pecados. Pero Jeremías dice que estaban confiando en palabras mentirosas: “He aquí vosotros os confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. ¿Hurtando, matando, y adulterando, y jurando falso, é incensando á Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis, Vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos: para hacer todas estas abominaciones?” (Jeremías 7:8-10).

Entre todos los apóstoles, solo Pedro afirmaba su indefectibilidad. Decía ser el único que en la hora de la prueba no negaría a Cristo. Pero fíjese ¡Que tan indefectible era! Aunque todos los apóstoles abandonaron a Cristo, ¡Solo Pedro le abandonó y le negó!

Pero este reclamo de indefectibilidad hecho por Roma es acompañado por una apostasía especial, muy por encima de todas las iglesias en el mundo. Nada puede ser más espúreo en sí mismo, ni más pernicioso para las almas de los hombres que este reclamo, cuando no hay evidencias para apoyarlo y mucho para negarlo.

En cuántas feroces y sangrientas guerras injustificadas han participado las naciones católicas. (Nota del traductor: El autor escribió estas palabras en 1676 y se está refiriendo a las naciones católicas de aquel entonces en el Continente Europeo). ¿Acaso es esto una prueba de que son naciones gobernadas por el Príncipe de Paz? Cuán grandes iniquidades han sido cometidas por la Iglesia Romana, como claramente lo muestra la historia.

A lo largo de su historia, la Iglesia Romana nunca ha sido un ejemplo del amor y la paz, sino más bien de guerras y terribles persecuciones. ¿Cómo se conforma su conducta a la enseñanza de Isaías 2:2-4? ¿Cómo se compara su comportamiento con la enseñanza de Cristo sobre la unidad, el amor y la paz? Pero si Roma fuera verdaderamente indefectible, entonces esperaríamos algo mejor que las desolaciones que ella ha hecho en la tierra a través de las concupiscencias y la furia, de aquellos que reclaman ser guiados por el Espíritu de Dios y gobernados por Cristo, el Príncipe de paz y amor. Roma en ningún sentido representa el Reino de justicia, amor y paz que Cristo vino a establecer en este mundo.

En vez de ser un Reino de luz, verdad y santidad; un ejemplo de separación del mundo en principio, deseos y comportamiento; un ejemplo de comunión con Dios y amor fraternal entre los hombres; un ejemplo de justicia, gozo y paz en el Espíritu Santo, la historia ha mostrado que Roma es un reino de tinieblas, orgullo, ignorancia, ambición, persecución, sangre, superstición e idolatría.

Roma reclama la unidad, porque todos los católicos están unidos bajo una cabeza, el papa. Esta es la unidad la cual Roma cree que es la única unidad requerida de todos los cristianos. Pero la unidad evangélica es la unidad en Cristo y la sumisión a su gobierno.

Roma reclama tener la santidad de adoración debido a los santos que han estado entre ellos y la caridad de muchos, testificada por las obras magníficas de piedad y generosidad. Pero el evangelio requiere santificación, santidad y amor. Requiere conformidad a Cristo y una mente espiritual y la obediencia. Así pues, Roma tiene una “forma de piedad”, pero ha negado “el poder de ella” (2Tim.3:5).

La gracia de Dios en el evangelio enseña a los creyentes a renunciar a: “la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir en este siglo templada, y justa, y píamente” (Tito 2:11-12). Pero los hombres renunciaban a esto y prefieren ser: “rebeldes, extraviados, sirviendo a concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y en envidia, aborrecibles, aborreciendo los unos a los otros” (Tito 3:3). Tales personas no conocen nada de la realidad de ser salvos: “por medio del lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo” (Tito 3:5).

Cuando se pierde el poder de la piedad, los hombres acuden a una apariencia externa en un vano intento de dar credibilidad a sus pretensiones. Cuando Sisac, Rey de Egipto subió contra Jerusalén y quitó “los escudos de oro que había hecho Salomón... el rey Roboam hizo escudos de bronce y los puso en su lugar” (1 Reyes 14:25-27).

En la misma manera, cuando la mayoría de los miembros de la Iglesia Romana perdieron y negaron el poder de los escudos de oro de la fe, el amor, la paz, la santidad, la conformidad a Cristo, la autonegación y todos los privilegios de comportamiento espiritual, habiendo perdido y menospreciado toda la verdadera gloria del cristianismo; Ella ha puesto en su lugar escudos de bronce, los cuales son solamente una forma e imagen de aquella gloria. Con esta forma e imagen, Roma está contenta y a través de esta forma e imagen, trata de engañar a otros a que crean que solamente ella es la verdadera Iglesia de Cristo en la tierra.

En vez del escudo de oro de aquella unión espiritual con Cristo la cual une verdaderamente a los creyentes, y por la cual Cristo oró y derramó su sangre, Roma ha puesto en su lugar el escudo de bronce de una sujeción externa al papa, como la única unidad verdadera de la Iglesia.

En vez del escudo de oro de aquel amor celestial de los unos por los otros en Cristo y a causa de Cristo (es a través de esta gracia que Cristo renueva las almas de los creyentes); Roma, ha puesto el escudo de bronce de una profesión externa de obras de caridad y generosidad. Estas obras de caridad y generosidad son medidas y valuadas por las recompensas que la Iglesia de Roma da, a cambio de las obras hechas para su propio beneficio, engrandecimiento y enriquecimiento mundano.

En vez del escudo de oro de las obras de gracia que el Espíritu obra eficazmente en el alma; Roma ha puesto el escudo de bronce compuesto de ordenanzas externas de invención humana.

El escudo de oro de la regeneración, ha sido convertido en el escudo de bronce del bautismo. El escudo de oro de crecimiento en la gracia, ha sido convertido en el escudo de bronce de la confirmación episcopal. El escudo de oro de la aplicación de la sangre de Cristo por la fe (la sangre que una sola vez fue ofrecida a favor de nosotros, en aquel sacrificio santo), es reemplazado por el escudo de bronce del sacrificio cotidiano de la misa (que no tiene valor alguno), ofrecido por los pecados de los vivos y los muertos. El escudo de oro de la mortificación espiritual del pecado, ha sido reemplazado por el escudo de bronce de penitencias y castigos severos y dolorosos para el cuerpo. En lugar del escudo de oro del Espíritu de gracia y suplicación gobernando en la adoración pública, Roma ha puesto los escudos de bronce de las liturgias de invención humana, originadas y compuestas por alguien desconocido.

Pero aún peor que todo esto, habiendo rechazado los intentos mansos, santos, tiernos y diligentes de mantener a todos los creyentes verdaderos fieles en su obediencia, amor, unidad y comportamiento fructífero aplicando los mandamientos de Cristo a sus almas y conciencias, a través de su Espíritu y su autoridad; Roma ha establecido un dominio mundano sobre la heredad de Dios, usando más fuerza,

fraude, extorsión, opresión, violencia y derramamiento de sangre, del que probablemente haya sido usado por cualquier gobierno secular o estado tiránico que exista en el mundo.

LA RESPUESTA DE ROMA A ESTAS CRITICAS

La Iglesia romana contesta en la siguiente forma: “Cualquier crítica y condenación que usted dirija contra nosotros, no importa; porque la promesa del Espíritu de guiar a la Iglesia a toda la verdad, no solo es concedida exclusivamente a nosotros, sino también limitada solamente a nosotros. De tal modo que todos aquellos que están en comunión con nosotros, están seguros eternamente en cuanto a la fe y la creencia, sin importar los pecados en los cuales pudiéramos caer. Solamente nosotros tenemos la promesa del Espíritu de Cristo y esto es lo que hace que solamente nuestra iglesia sea indefectible”.

Si esto es cierto, entonces Roma gana el argumento y ninguna de las críticas dirigidas contra su comportamiento pueden disminuir su indefectibilidad.

Pero su reclamo es tanto débil como repugnante. Sus argumentos no son más que lo siguiente: “Nosotros somos la iglesia, por lo tanto, la promesa del Espíritu es dada solamente a nosotros”. En otras palabras, ellos son la iglesia, porque dicen que son la iglesia y por lo tanto, solamente ellos pueden tener la promesa del Espíritu Santo.

Pero si ella dice: “Nosotros somos la iglesia porque la promesa del Espíritu ha sido dada a nosotros solamente”, entonces, la verdad de este reclamo puede ser probado más fácilmente y se puede llegar a una conclusión más satisfactoria.

De acuerdo a la promesa de Cristo, en donde está el Espíritu de Cristo, ahí está la verdadera iglesia de Cristo porque: “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él” (Romanos 8:9). Y donde está el Espíritu, El segura e infaliblemente se manifestará por sus obras, sus dones y sus gracias. El es el Espíritu de verdad, por eso el mundo no puede recibirle. Entonces, si el Espíritu mora solamente en la comunión de la Iglesia Romana, todas las otras que reclamen ser Iglesias de Cristo pero no están en comunión con Roma, no pueden tener el Espíritu y debería ser claro que el Espíritu no mora con ellas.

Entonces, si Roma puede mostrar claramente que solamente ella disfruta las obras graciosas del Espíritu, y que solamente ella es provista y suplida con los dones del Espíritu (sean ordinarios o extraordinarios), entonces, su reclamo de ser la única Iglesia verdadera de Cristo queda demostrada y ella sería liberada de una apostasía peligrosa, la cual yace a sus puertas. Pero en vez de ser guiada a toda la verdad, Roma se ha apartado de ella, de tal manera que casi no queda ni un grano del verdadero evangelio en ella.

El evangelio de Cristo es el medio externo para traer a los pecadores para ser reconciliados con Dios. El evangelio es el único manual del Espíritu, dado para enseñar a los hombres a caminar delante de Dios y en obediencia a su voluntad y para su gloria. Las Escrituras no tienen ningún otro propósito.

Entonces, cuando Roma reclama que solo ella posee la verdad, y que solamente ella es la verdadera intérprete de la Escritura, sea que ella use las Escrituras para sus propios propósitos o no, y cuando dice a todos aquellos que profesan sujetarse a ella que les asegurará su futuro eterno (aunque ellos permanezcan ignorantes del evangelio y continúen viviendo vidas pecaminosas y permanecen como no reconciliados con Dios, y con corazones todavía en enemistad contra El), Ella no hace más que exponer el evangelio al desprecio y el ridículo ante los ojos del mundo.

Entonces, a pesar de estos reclamos hechos por Roma, procederemos a mostrar como la mayoría de los cristianos han apostatado parcialmente de la verdad del evangelio, y preguntaremos ¿Porqué lo han hecho? ¿Cómo es que llegaron a este estado de apostasía parcial? y ¿Qué es lo que les condujo a tal apostasía?

CAPITULO 2 LA APOSTASIA DE LA VERDAD DEL EVANGELIO

El evangelio consiste de tres cosas:

1. Hay el misterio de su doctrina, es decir, lo que debemos creer.
2. Hay la santidad de sus mandamientos, es decir, cómo debemos vivir.
3. Hay la pureza de su adoración, es decir, cómo nuestra profesión de fe y obediencia son probadas.

El fundamento de la verdadera santidad y la verdadera adoración cristiana es la doctrina del evangelio, o sea lo que debemos creer. Entonces, cuando la doctrina cristiana es descuidada, abandonada o corrompida, entonces la verdadera santidad y adoración serán también descuidadas, abandonadas y corrompidas.

Muchos profesan creer la verdad y sin embargo no la obedecen (Tito 1:16, 2Tim.3:5).

La obediencia que el evangelio exige es “la obediencia de la fe” (Rom.1:5). Los creyentes deben ser “obedientes a la fe” (Hech.6:7). La gracia de Dios es lo que enseña a los hombres a vivir “sobria, justa y piadosamente en este mundo” (Tito 2:11-12). Entonces, cuando la doctrina del evangelio es descuidada o abandonada, esto resultará en el abandono de la verdadera santidad y adoración evangélicas.

El apóstol Pablo declaró al fin de su ministerio que “había guardado la fe” (2Tim.4:6-8). Esta había sido una de sus preocupaciones principales a lo largo de su ministerio. No había sido fácil para el apóstol “guardar la fe”. Esto involucraba severas luchas y combates. Cuán diferente era la actitud de Pablo de muchos que hoy en día piensan que es un asunto fácil “guardar la fe”. Era también una preocupación principal para el apóstol Pablo, que Timoteo también “guardara la fe” (1Tim.6:20-21; 2Tim.1:13-14). Pablo encargó a Tito que reprendiera a aquellos que eran propensos a descuidar o abandonar las verdades del evangelio a cambio de la fábulas judías y los mandamientos de los hombres (Tito 1:13-14). Judas llama a todos los creyentes a que “contiendan ardientemente por la fe” porque muchos están muy dispuestos a corromperla y abandonarla (Judas 3).

Uno pensaría que las primeras iglesias plantadas y adoctrinadas por los apóstoles, tendrían una gran ventaja en cuanto al conocimiento del misterio y la verdad del evangelio. Los apóstoles revelaron a ellos “todo el consejo de Dios” y no rehusaron anunciarles nada que les fuese útil (Hech.20:18-21, 26-27). Su autoridad procedía directamente de Cristo y eran absolutamente infalibles en todo lo que enseñaban. Pensaríamos entonces que las iglesias primitivas habrían guardado pura la fe y que no se habrían apartado de ella.

La iglesia en Corinto fue plantada por Pablo y regada por el gran evangelista Apolos. Y sin embargo, después de un período de 5 o 6 años, muchos de esa iglesia habían negado la resurrección de los muertos (1Cor. 15:12-18).

Las iglesias de Galacia también fueron plantadas por Pablo. El les instruyó en todo el consejo de Dios. Ellos le trataron como si fuera un ángel de Dios, le recibieron como si fuera Jesucristo mismo y le estimaron más que a sus propios ojos (Gál.4:14-15). Sin embargo, después de un breve período de tiempo, ellos cayeron de la doctrina de la gracia, la justificación solo por la fe, para buscar una justicia por las obras de la ley. Esto asombró tanto a Pablo, que él pensaba que habían sido embrujados (Gál.3:1). A pesar de la clara demostración de la verdad que ellos habían recibido y el poder de la palabra que habían experimentado, ellos apostataron repentinamente de la verdad.

Entonces, no deberíamos pensar que es extraño si los cristianos hoy en día llegan a apostatar fácilmente del evangelio, después de haberlo recibido.

Las cartas del apóstol Pablo a Timoteo y a Tito están llenas de advertencias respecto a la predisposición de toda clase de personas a apostatar de la verdad. Juan también en sus epístolas habla sobre la apostasía y advierte a los creyentes del peligro de caer en ella; Judas hace lo mismo en su epístola. Casi todas las iglesias (las siete de Asia menor) mencionadas en el libro de Apocalipsis fueron acusadas de apostasía por Cristo mismo.

Entonces, si las iglesias apostólicas cayeron fácilmente en la apostasía, aún cuando los apóstoles todavía estaban vivos, nosotros que no tenemos las mismas ventajas que ellos, ¿Dejaremos de velar y descuidaremos el uso de todos los medios para guardarnos a nosotros mismos de caer en ella? Y ¿Qué decir de las iglesias que siguieron, cuando la revelación neotestamentaria fue completada y los apóstoles estuvieron muertos?

Mientras aún estaba vivo, Pablo advirtió a los líderes de la iglesia de Efeso diciendo: “yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al ganado”. El les advirtió también que “de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas, para llevar discípulos tras sí”. (Hechos 20:29-30).

Pedro también advirtió acerca de los falsos maestros que estarían entre ellos, introduciendo secretamente herejías de perdición, negando aún al Señor que los rescató, quienes atraerían destrucción repentina sobre sí mismos. Además, Pedro advirtió que muchos seguirían sus caminos destructivos, a causa de los cuales la verdad sería blasfemada (2Pe.2:1-2).

La necesidad de la advertencia que Pablo dio a los ancianos de Efeso, es vista por el juicio que

Cristo pronunció con posterioridad contra esta iglesia (Apo.2:4-5). Pablo también da a Timoteo advertencias fuertes respecto a una apostasía venidera (2Tim.4:1-4); 1Tim.4:1-2).

Los otros apóstoles también advirtieron a las otras iglesias respecto a una apostasía que se les acercaba (Judas 17-18). Juan advierte respecto a la venida del anticristo y Pablo también advierte a los creyentes en Tesalónica, respecto a la venida del “hombre de pecado” (2Tes.2:3-6).

Entonces, el fuerte testimonio del Espíritu Santo en aquellos días era que la iglesia visible apostataría de la fe. Una de las formas principales por las cuales satanás trajo esta apostasía, fue convenciendo a los creyentes de que esta o aquella iglesia (por ejemplo la iglesia de Roma) era infalible e indefectible, y por lo tanto nunca podría apostatar completamente de la fe. Por este medio, satanás engañó a muchos “creyentes” para que rechazaran las advertencias dadas por el Espíritu, y de este modo les dio falsa seguridad. Debido a que las advertencias del Espíritu fueron descuidadas y abandonadas, los creyentes fueron engañados y no velaron. Así pues, muchos creyentes, pensando que su iglesia era infalible e indefectible y que nunca podría apostatar, fueron fácilmente conducidos a aquella gran apostasía, la cual llegó a su colmo en la iglesia de Roma. El diablo persuadió a los “cristianos” a creer que las enseñanzas falsas eran la verdad y así, les guió a justificar la apostasía, basándose en la doctrina de su supuesta indefectibilidad.

CUATRO ADVERTENCIAS BASICAS DADAS POR EL ESPIRITU SANTO:

1. La primera advertencia fue que de entre ellos mismos (de entre los pastores y maestros de la iglesia) se levantarían hombres que hablarían cosas perversas.

2. La segunda advertencia fue que lobos rapaces entrarían en medio de ellos y no perdonarían al rebaño.

3. La tercera advertencia fue que la gente se cansaría de escuchar la sana doctrina, y darían la espalda a la verdad, volviéndose a las fábulas.

4. La cuarta advertencia fue que una apostasía general, gradual, secreta y misteriosa surgiría en toda la iglesia visible. Esto fue el “misterio de la iniquidad” (1Tes.2:7).

En su debido tiempo todas esas advertencias proféticas fueron cumplidas.

1. Muchos de los llamados “padres de la iglesia primitiva” (es decir los maestros principales en los primeros siglos posteriores al tiempo apostólico), especialmente entre aquellos cuyos escritos han sido transmitidos hasta nosotros; descuidaron el evangelio y su simplicidad. En vez de enseñar la verdad, ellos abrazaron y enseñaron muchas cosas perversas y contrarias al evangelio que les había sido encomendado. No trataron los grandes misterios evangélicos con aquella reverencia y temor piadoso, lo cual era su deber. Mientras que sostenían los principios fundamentales del cristianismo, corrompieron y rebajaron la pura y santa doctrina de Jesús y sus apóstoles. Esto lo hicieron por medio de especulaciones ingeniosas, prejuicios filosóficos y presuposiciones, por exposiciones alegóricas de invención humana y por ideas u opiniones contrarias a la palabra de Dios. Entonces la primera advertencia llegó a ser una realidad.

2. Entonces entraron a la iglesia herejes de toda clase, a quienes yo considero como los “lobos rapaces” de los cuales Pablo advirtió.

Había aquellos herejes quienes a pesar del evangelio y en contradicción a él, cayeron en extravagantes imaginaciones paganas y tontas; en fantasías interminables e ininteligibles, y todo esto fue acompañado en su mayor parte por prácticas impías. Y aunque conservaban el nombre de “cristianos”, ellos apostataron total y completamente de Cristo y su evangelio. Pedro profetizó acerca de la venida de estos herejes (2Pe.2:1-2). A tales herejes pertenecían los gnósticos, marcionistas y maniqueos.

Había otro tipo de herejías y de apostasía real del misterio del evangelio, cuyos autores y seguidores todavía pretendían estar apegados a la fe cristiana y profesaban ser cristianos. Esas herejías concernían a las doctrinas de la persona y la gracia de Cristo.

Los arrianos negaban la deidad de Cristo. Los pelagianos negaban su redención, sus méritos y su gracia. El arrianismo se derramaba como un diluvio de la boca de la vieja serpiente, arrastrando todo como un torrente, mientras que el pelagianismo, como un veneno mortífero, se adhería a los órganos vitales de la iglesia. Pero, aunque el arrianismo ha sido barrido de la iglesia, el pelagianismo juega un

4. La última advertencia del Espíritu Santo fue respecto a la obra secreta del “misterio de iniquidad”. Esta fue aquella apostasía fatal llevada a cabo por los maestros falsos, los lobos rapaces, el cansancio de escuchar la sana doctrina y otros engaños innumerables de satanás, junto con la vanidad de las mentes y las concupiscencias de los corazones de los hombres. Bajo esta apostasía terrible, el mundo gemía y a través de ella fue arruinado. Esta terrible apostasía alcanzó su cenit en el papado. El vino puro del evangelio fue envenenado y la adoración pura del evangelio fue temiblemente corrompida, de tal modo que ya no refrescaba las almas de los hombres, sino más bien vino a ser amargo para sus almas. Y de igual manera como Cristo en la cruz después de probar el vinagre no lo bebió, así también los hombres rehusaron beber el evangelio amargo y envenenado.

Durante este tiempo la iglesia verdadera fue obligada a huir al desierto, en donde estaba nutrida secretamente por el Espíritu de la palabra de Dios y los pocos testigos que todavía permanecían, profeti-

zaron vestidos de cilicio y sellaron su testimonio con su sangre. (Apo.12:6, 11; 11:3, 7 y 8). Entonces Dios en su gracia, visitó al remanente de su heredad y levantó a muchos siervos fieles de Cristo, por quienes la obra de la reforma comenzó exitosamente y fue llevada a muchas naciones e iglesias.

El hecho de que la reforma fue una obra verdadera de Dios es manifiesto por las verdades siguientes:

1. La doctrina básica de los reformadores estaba de acuerdo con la Escritura.
2. Las conciencias de los hombres fueron libradas de la esclavitud de temor, de supersticiones e ideas necias por medio de la verdad y dirigidas a los caminos de la obediencia evangélica.
3. A muchos les fue concedido por Cristo, no solo que creyeran en El, sino que también sufrieran por El y sellaron su testimonio con su sangre. El martirio de ellos influyó a muchos que los vieron morir, a salir del Romanismo y a entrar a la luz gloriosa del evangelio de Cristo.
4. El fruto que la reforma produjo en muchas naciones, testifica que esta obra fue verdaderamente de Dios. Este fruto incluyó la verdadera conversión de multitudes a Dios, su crecimiento espiritual y obediencia santa, y su sólido consuelo espiritual en la vida y en la muerte, además de muchas otras bendiciones espirituales.
5. No puede ser negado que muchas iglesias se recuperaron de la enfermedad mortal bajo la cual habían yacido tanto tiempo. Pero para alcanzar la salud perfecta y completa, y para prevenir una recaída se necesita mucho cuidado y diligencia. Pero en vez de proceder adelante con la obra de la reforma, hasta que toda apostasía fuese barrida, el poder de la reforma perdió su fuerza, e iglesias que habían sido libradas de Roma, comenzaron a hundirse otra vez en la apostasía. Así pues, tenemos otra evidencia triste de la tendencia de los hombres a cansarse de las verdades del evangelio, después de haberlas recibido y por varias razones volverse atrás hacia los caminos de la apostasía.

Algunos regresan a la Iglesia Católica Romana porque su sacramentalismo les parece como un camino fácil para tratar con su conciencia de culpa, o porque creen que esa religión ocultará sus pecados. Siempre existen aquellos que, igual como los israelitas, prefieren que alguien les guíe nuevamente a Egipto, en vez de pasar por el desierto y llegar a la tierra prometida.

No obstante, desde la reforma, otras desviaciones del evangelio han surgido. No solo el arminianismo ha influido a mucha gente, pero también el socinianismo. El socinianismo tiene sus raíces en el tiempo de la reforma, en los pensamientos de Laelius Socinus y fue promulgado por su sobrino Faustus Socinus. El Socinianismo es en esencia, un intento por racionalizar la fe cristiana, haciendo que la razón humana caída sea la regla para determinar nuestras creencias. Como consecuencia, el socinianismo negó la Trinidad, la encarnación y la deidad del Señor Jesucristo y otras doctrinas fundamentales. El socinianismo en cualquier forma que aparezca, claramente involucra un rechazo completo del evangelio. (Nota: Una forma moderna del socinianismo se manifiesta en las doctrinas falsas sostenidas por los así llamados “testigos de Jehová”).

Tales ataques en contra del cristianismo genuino, pueden en ocasiones debilitar el testimonio de los creyentes verdaderos. Por lo tanto, es importante para nosotros hacer la pregunta: ¿Qué es lo que está detrás de estas manifestaciones de apostasía? Esto es lo que trataremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO 3 LAS RAZONES Y LAS CAUSAS DE LA APOSTASIA DEL EVANGELIO

Dar la espalda a la verdad del evangelio después de haberlo recibido, es un pecado que trae la culpa más grande posible y que produce los resultados más perniciosos.

Bajo el Antiguo Testamento, Dios se quejaba frecuentemente a través de sus profetas de que su pueblo “le había dejado” y se había alejado de El. Esto quería decir que ellos habían abandonado su doctrina y las instituciones de su ley, las cuales eran los medios de comunicación y compañerismo entre El y su pueblo. (Deut.28:20; 1Sam.8:8; 2Crón.34:25; Jer.5:7, 19 y 16:11).

Para convencerles de su horrible trato hacia El, Dios les pide que le muestren cual iniquidad habían visto en El, y cual daño les había hecho, como les había decepcionado de modo que se cansaran de sus leyes y de su adoración, rechazándolas a favor de dioses falsos y caminos malvados. Esto solamente les traería graves problemas tanto en este mundo como en el próximo. (Jer.2:5; Ez.18:25).

Si no había nada en las leyes y en la adoración de Dios para justificar sus quejas; si todas eran santas justas y buenas; si en observarlas había grande recompensa; si a través de ellas Dios les hacía bien y no mal todos sus días, entonces no existía pretexto para su necedad e ingratitud.

Pero todos aquellos que abandonan las doctrinas del evangelio, después de haberlas recibido y haber profesado abiertamente ser el pueblo de Cristo, son mucho peor de lo que los judíos jamás lo fueron. La culpa de aquellos que apostatan del evangelio después de haberlo recibido, es mucho más grande que la rebeldía idólatra de los judíos antiguos; porque el evangelio es una revelación más clara y mucho más gloriosa que aquella revelación dada bajo la ley.

¿Cuáles cargos pueden traer los apóstatas contra el evangelio para justificar su necedad e ingratitud?

¿Porqué es entonces que algunos rechazan y abandonan el evangelio después de haberlo recibido?

CAUSAS Y RAZONES DE LA APOSTASIA DEL EVANGELIO:

Los hombres abandonan el evangelio debido a la enemistad arraigada en sus mentes en contra de las cosas espirituales. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios” (Rom.8:7).

La mente inconversa no quiere someterse a la revelación dada de la mente y la voluntad de Dios en Cristo. El hombre natural (no espiritual) es un “enemigo de la cruz de Cristo” (Fil.3:18). El hombre natural profesa “conocer á Dios; mas con los hecho lo niega, siendo abominable y rebelde, reprobado para toda buena obra” (Tito 1:16).

Cuando el evangelio fue predicado por primera vez, muchos fueron convencidos de la verdad y lo recibieron con gozo, porque fue confirmado por milagros. Pero sus corazones y mentes no estuvieron reconciliados en lo más mínimo con las doctrinas del evangelio (Jn.2:23-24; Hech.8:13).

Después del milagro de la alimentación de los cinco mil con cinco panes y dos peces, el pueblo estaba preparado para recibir la doctrina de Cristo acerca del “pan de vida que descendió del cielo”. Le dijeron: “Señor, danos siempre este pan” (Jn.6:34). Pero su enemistad natural a las cosas espirituales permanecía en ellos. Entonces cuando Cristo comenzó a enseñarles los misterios celestiales, ellos inmediatamente “comenzaron a murmurar contra él” y “contender entre sí” y considerar lo que estaba diciendo como una “palabra dura” (Jn.6:41, 52 y 60).

Cristo da la razón de su incredulidad. Ellos no fueron capaces de recibir y creer su enseñanza hasta que el Padre se los concediera, quitando la enemistad de sus mentes carnales y trayéndoles a Cristo (Jn.6:64-65).

Lo que la multitud consideraba como duro e ininteligible, sus discípulos las entendieron como “palabras de vida eterna”(Vers.68).

LO QUE LAS VERDADES EVANGÉLICAS DEBERIAN LOGRAR EN LOS CORAZONES DE LOS HOMBRES:

El propósito de las verdades evangélicas es lograr que los hombres ya no se miren a sí mismos, ni a su justicia propia para obtener paz y gloria futura, sino a Cristo y su justicia.

Las verdades evangélicas tienen el propósito de renovar las mentes corruptas, las voluntades y deseos pecaminosos de los hombres. Esto es a fin de que sean conformados a la imagen y semejanza de Dios y así restaurados; en cuerpo, alma y espíritu, a una vida de entrega y obediencia santa a Dios.

Muchos hombres bajo convicción e impulsados por motivos y razones naturales reciben el evangelio como verdad. Pero cuando esa verdad es aplicada a sus conciencias, voluntad y deseos y son llamados al arrepentimiento de sus propios caminos, y a caminar en los caminos de Dios, entonces este viejo enemigo se levanta y se opone.

Las verdades evangélicas son fácilmente recibidas bajo los términos del arminianismo, donde le es permitido al arraigado enemigo retener el control de sus decisiones y permanecer como autosuficiente. Pero, cuando estas verdades argumentan la incapacidad humana de arrepentirse y creer sin la gracia de

Dios obrando primero en el corazón, entonces, esa enemistad alega a favor del libre albedrío y resiste con toda su fuerza la soberanía de Dios en la salvación de los hombres.

LA ENEMISTAD CONTRA LA REVELACION NATURAL

Pablo describe el curso que toma la enemistad del hombre en contra de la revelación natural (Romanos 1:18-32). Ellos no podían negar la revelación de Dios, su eterno poder y su divinidad manifiestos en la creación, debido a que ellos no podían negar la realidad de la existencia del universo, ni de su propia existencia como parte de la creación de Dios. Como no quisieron retener el conocimiento de Dios en sus mentes, ellos suprimieron la verdad con injusticia (vers.18). En vez de adorar a Dios, se entregaron a sí mismos a una idolatría abominable y a concupiscencias bestiales.

LA ENEMISTAD CONTRA LA REVELACION SOBRENATURAL

Pablo muestra también que ocurre lo mismo con la revelación sobrenatural. El misterio de la iniquidad pudo obrar debido a que los hombres “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tesalonicenses 2:10). Primero, ellos rehusaron permitir que la verdad tuviera algún efecto en sus vidas, y después la menospreciaron por los errores viles y groseros de la superstición.

Hay ejemplos de como toda clase de hombres que han recibido ideas falsas, vanas y necias (las cuales están arraigadas en sus mentes por intereses poderosos y prejuicios), no se arrepentirán de sus errores, aún y cuando la verdad les sea presentada en una forma poderosa, y sea acompañada por evidencias infalibles y advertencias de los peligros más temibles si no se arrepienten. Vemos ejemplos de esta clase de persona en los creyentes falsos, las sectas y las herejías que abundan hoy en día.

Hay dos grandes ejemplos de esto en la historia: Los judíos y la Iglesia de Roma. Hasta el día de hoy, los judíos continúan obstinadamente aferrados en la más irracional incredulidad y apostasía de la fe de su padre Abraham, a pesar de las dificultades más terribles y los desastres más horribles que han venido sobre ellos.

La Iglesia de Roma hasta el día de hoy sigue aferrada obstinadamente a sus errores, idolatría, blasfemia y supersticiones, aunque abunda en hombres sabios y eruditos. Aún reyes y gobernantes de naciones han apoyado neciamente sus errores, impiedades, supersticiones e idolatrías.

No importa cuán necia y reprochable sea una religión, siempre habrá aquellos que se aferran tenazmente a ella. Una vez que el error es recibido como verdad, se arraiga más firmemente en la mente carnal de lo que la verdad lo hace o puede hacer, esto ocurre mientras que la mente permanece como no renovada. La razón para explicar esto es que el error en alguna manera u otra es compatible con la mente depravada, y no existe nada en el error que despierte la enemistad natural hacia Dios y las cosas espirituales (esta enemistad natural está arraigada en los corazones de los hombres).

La mente, habiendo caído de la verdad y la bondad, vaga voluntariamente en los caminos torcidos de su propia invención, determinando por sí misma el bien y el mal, y lo que es verdadero y falso (Ecles.7:29). Esto es el porque “el misterio de la iniquidad” tuvo tanto éxito en levantar la gran apostasía, la cual alcanzó su colmo en la Iglesia de Roma.

El peligro de la apostasía siempre estará presente si los hombres solo reciben la verdad en sus mentes, pero no la aman en sus corazones, ni se someten de buena gana a ella en sus voluntades. A menos que esta enemistad sea conquistada y echada fuera; a menos que la mente sea librada de su depravación; a menos que la verdad obre poderosamente y eficazmente sobre el corazón y el alma; a menos que la verdad sea aprendida “como es en Jesús”, de modo que los hombres “se despojen de su comportamiento anterior, del viejo hombre” (el cual está viciado conforme a los deseos del error) y se vistan del nuevo hombre el cual es creado a la imagen de Dios en justicia y santidad de la verdad; a menos que amen la verdad y la estimen por la paz espiritual, poder y libertad de espíritu que les trae, entonces caerán y apostatarán en el tiempo de la persecución y abandonarán el evangelio a cambio de otras cosas.

Esta enemistad del corazón es la causa primera y la razón de porque muchos apostatan de la doctrina del evangelio después de haberla recibido. La única manera para prevenir esta apostasía del evangelio es amando la verdad y experimentando su poder en el corazón. La religión verdadera pudiera ser establecida por la ley y apoyada y defendida por las autoridades humanas, pero a menos que esta enemistad sea desarraigada de los corazones de los hombres, y el amor por la verdad sea plantado en su lugar, no habrá ninguna defensa real contra la apostasía.

¿Cómo es posible que después de una reforma tan gloriosa, los hombres pudieran caer nuevamente bajo la influencia del papado? (Nota: Aquí el autor se refiere a la reforma protestante en Europa, la cual libró a muchos pueblos del dominio del papado.) ¿Qué podrá prevenir que el papado vuelva otra vez a manchar esta nación (Nota: El autor se refiere a Inglaterra en el año 1676) y otras naciones en el mundo? ¿Acaso servirían severas leyes que prohíban su regreso? Nunca. Y de todas formas las leyes severas con sus sanciones terribles nunca traerán gloria a la religión verdadera. ¿Acaso los libros escritos para refutar sus errores servirían? Nunca. Muy pocos los leerán y los tomarán en serio.

La única cosa que lo hará es la comunicación eficaz del conocimiento de la verdad del evangelio

a los corazones de los hombres, por el Espíritu Santo. La doctrina evangélica debe ser entendida por la mente, amada por el corazón y obedecida voluntaria y gozosamente por la voluntad (Rom.6:17). Solamente cuando el poder y el amor de la verdad son implantados en los corazones del pueblo, solo entonces el papado será echado fuera de nuestra tierra nuevamente.

A menos que los hombres conozcan el verdadero valor del evangelio y el bien que el evangelio les traerá si lo reciben en sus corazones y lo ponen en práctica en sus vidas, es necio pensar que permanecerán fieles a él. Cuando surjan dificultades dirán “es necio servir a Dios en esta manera ¿cuál beneficio hay en guardar sus mandamientos?”.

Pero cuando Dios, por medio del evangelio, “resplandece en los corazones de los hombres para darles la luz y el conocimiento de su gloria en la faz de Jesucristo”; cuando encuentran que sus conciencias han sido libradas del yugo intolerable de la superstición y la tradición, y esto por la palabra de verdad la cual han recibido, entonces son nacidos de nuevo para una esperanza viva de vida eterna, su hombre interior es renovado y sus vidas transformadas. Entonces su esperanza de inmortalidad se encuentra bien fundada y ellos, por la gracia y la fortaleza del Espíritu, permanecerán en la verdad hasta el fin de sus vidas, cualquiera que fueran las cosas que les pudieran sobrevenir.

Ninguna forma meramente externa de la religión verdadera se mantendrá firme ante los avances de la apostasía romana. Solamente la predicación fiel del evangelio, con un ejemplo de celo y santidad en aquellos por quienes es predicado, ganando los corazones del pueblo a las verdades evangélicas proclamadas, engendrando en todos los oyentes un deleite que les conduzca a someterse voluntariamente a Cristo y a confiar solamente en Él para su salvación; mostrando por una santa obediencia a su voluntad que la palabra ha sido implantada poderosa y eficazmente en sus corazones, solamente estas cosas detendrán el avance insidioso de la apostasía romana.

Este es el único camino que Dios ha ordenado y el cual Él bendice (Hech.20:32). Pero alguno dirá: “Que sin duda los apóstoles tenían una gran ventaja que nosotros no tenemos, porque estaban equipados con dones extraordinarios, mientras que nosotros solamente tenemos dones ordinarios”.

Los apóstoles tenían dones extraordinarios porque fueron llamados a hacer una obra extraordinaria. Nosotros somos llamados a una obra ordinaria, entonces el Espíritu nos equipa con dones ordinarios. Pero el Espíritu Santo puede hacer que sus dones ordinarios sean igualmente eficaces como sus dones extraordinarios. No fueron los milagros lo que desarraigó la enemistad del corazón de los hombres e implantó el verdadero arrepentimiento y la fe, sino más bien la obra regeneradora del Espíritu Santo. Cristo hizo muchos milagros poderosos, y sin embargo no creyeron en Él (Jn.12:37).

Pablo dice al joven Timoteo que vendría tiempo cuando la sana doctrina ya no sería tolerada. Debido a esto, los hombres escogerían maestros quienes predicarían solo aquello que la gente quisiera escuchar, y como resultado se apartarían de la verdad y se volverían a las fábulas. (2Tim.4:3-4).

Entonces, ¿Qué debería hacer Timoteo para evitar que esto pasara? Pablo dice: “Requiero yo pues delante de Dios, y del Señor Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y los muertos en su manifestación y en su reino. Que prediques la palabra; que instes á tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende; exhorta con toda paciencia y doctrina...vela en todo, soporta las aflicciones, haz la obra de evangelista, cumple tu ministerio” (2 Timoteo 4:1-2, 5). Esta es la obra ordinaria a la cual somos llamados y para la cual el Espíritu nos equipa con dones ordinarios.

Así pues, Pablo describe a aquellos que fueron convertidos a Dios como aquellos que eran “esclavos del pecado”, pero habiendo obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fueron entregados, fueron librados del pecado y hechos esclavos de la justicia (Rom.6:17-18).

COMO LA IGLESIA APOSTATA PRESERVA Y AVANZA SU RELIGION

Primero por el uso de la fuerza

La Iglesia de Roma siempre ha defendido el uso de la fuerza para ambas cosas, la preservación de su religión y el avance de ella en el mundo. Pero, ¿Como pueden los creyentes tener paz y gozo en Dios a través de Jesucristo, mientras llevan el terror, la persecución, la ruina y la destrucción a otros en la mera defensa de su religión? ¿Hizo Cristo, el Príncipe de paz, uso de la fuerza para preservar y avanzar su causa en el mundo?

Segundo, acomodando su religión a los deseos pecaminosos y concupiscencias de los hombres.

La iglesia apóstata permite que los hombres continúen en pecado pero al mismo tiempo den la apariencia de ser verdaderos cristianos.

Los hombres por naturaleza son extraños y enemigos a Dios en sus mentes, haciendo malas obras (Col.1:21). “Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón: Los cuales después que perdieron el sentido de la conciencia, se entregaron á la desvergüenza para cometer con avidez toda suerte de impureza” (Efesios 4:18-19).

Con tal amor hacia el pecado y con la enemistad arraigada hacia Dios y hacia su evangelio, es imposible que no odien secretamente la verdad. Ellos aman las tinieblas más que la luz (Jn.3:19-20). Aman la alabanza de los hombres más que la alabanza de Dios (Jn.12:42-43). Ellos pudieran aparentar recibir la verdad, pero no la aman (2Tes.2:10).

Pablo advierte a Timoteo que “Esto también sepas, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos: Que habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes á los padres, ingratos, sin santidad, sin afecto, desleales, calumniadores, destemplados, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, arrebatados, hinchados, amadores de los deleites más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella” y Pablo dice: “á éstos evita” (2 Timoteo 3:1-5).

Entonces, la iglesia o tenía que obedecer este mandamiento apostólico o acomodarse a sí misma a las concupiscencias de los hombres. El gran propósito secreto del hombre pecaminoso es continuar viviendo su vida pecaminosa, con el menor número de problemas posibles en la vida presente; manteniendo la esperanza de evitar el castigo futuro en la próxima.

Hay dos maneras para hacer esto:

1. *Negar que Dios existe*. Esto es borrar por completo todas las ideas del bien y el mal, y todo sentido de recompensas y castigos futuros (Sal.14:1 y 10:4).

Pero es difícil ser un ateo, porque Pablo afirma en Rom.1:19 que la realidad de la existencia de Dios es evidente aún para ellos. El ateo no puede escaparse de la verdad de Dios, porque no puede escaparse de sí mismo, y tampoco de las evidencias del poder eterno de Dios y su divinidad, las cuales son manifiestas en la creación física (Rom.1:20). El ateo tampoco puede librarse del conocimiento del juicio de Dios (Rom.1:32). Entonces, la jactancia externa del ateo es una máscara falsa para ocultar sus temores internos.

2. *Dar a los hombres una religión la cual permite que continúen disfrutando sus concupiscencias pecaminosas y sin embargo guarden la apariencia de cristianos* (2Tim.3:5).

El pecado y la conciencia deben ser conducidos a vivir pacíficamente el uno con el otro. Pero el pecado resiste a la conciencia y la conciencia resiste al pecado, de tal manera que no puede haber paz mientras que ambos existan. Pero la naturaleza corrupta logrará que ambos vivan juntos pacíficamente (2Pe.2:18-19).

La primera cosa que se tiene que hacer es quitar la realidad de la regeneración y la renovación de la naturaleza corrupta en la imagen y semejanza de Dios, la cual desanima a muchos a que sigan la religión verdadera. Entonces la ordenanza externa del bautismo sustituye la obra interna regeneradora del Espíritu Santo.

La siguiente cosa que se tiene que hacer es proveer un sustituto de la obra interna y santificadora de la persona completa, de la mortificación espiritual del pecado y la obediencia sincera, a fin de que la conciencia quede satisfecha, mientras que el pecado sigue reinando y dominando a la persona. Entonces, las absoluciones, las misas cotidianas, las indulgencias y en el peor de los casos, el purgatorio, permiten que el pecador permanezca como no arrepentido y al mismo quitan su temor del castigo futuro. Las confesiones, las penitencias y las dádivas de limosnas permiten que los hombres sigan viviendo en sus pecados y al mismo tiempo apacigüen sus conciencias. Esta es la razón por la cual muchos regresan a la apostasía romana después de haber recibido el conocimiento del evangelio. Es debido a que en aquella iglesia la conciencia puede ser apaciguada, mientras que los hombres son dejados para continuar en sus caminos pecaminosos en paz.

CAPITULO 4 LAS TINIEBLAS Y LA IGNORANCIA UNA CAUSA DE LA APOSTASIA

El propósito del evangelio es traer las mentes de los hombres de las tinieblas del error a la luz del conocimiento de Dios en la faz de Jesucristo (2Cor.4:6).

La triste realidad es que hay tinieblas espirituales en las mentes de los hombres por naturaleza. Entonces, para poder discernir las cosas espirituales, se necesita la iluminación espiritual. En donde exista esta iluminación espiritual, ahí las tinieblas del error son disipadas. El propósito de la luz es disipar las tinieblas. Entonces, debemos reconocer que las tinieblas espirituales son parte de la depravación humana o la gracia iluminadora de Dios debe ser rechazada o no se necesita. La gran prueba de las tinieblas espirituales es vista en la negación de los hombres, de la necesidad de la luz espiritual. Sin embargo, aunque no es reconocido por aquellos que son ciegos espiritualmente, la iluminación espiritual es el don de aquel que “mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz” (2Cor.4:6).

Hay una gloria y belleza en las verdades espirituales del evangelio, que no pueden ser vistas por los hombres no espirituales. En las verdades espirituales del evangelio “la sabiduría de Dios en misterio” es revelada (1Cor.2:6-7). Esta sabiduría tiene muchas facetas y está más allá de la capacidad de la mente humana descubrirla (Ef.3:10; 1Cor.2:9-10).

En las verdades del evangelio pueden ser vistas la gloria divina y la excelencia de la sabiduría divina, como reveladas en la persona y la gracia de Cristo. El propósito de la sabiduría divina revelada en toda su gloria en el evangelio, es el renovar nuestra naturaleza en la imagen de Dios, a través de la vida divina de fe y obediencia. Pero ninguna de estas doctrinas espirituales puede ser entendida, ni espiritualmente discernida sin la obra iluminadora del Espíritu. Quizás un hombre puede conocer las doctrinas en su mente, y no obstante permaneciendo bajo el poder de las tinieblas espirituales, no puede discernir su verdadera naturaleza espiritual y gloria. La prueba de esto puede ser vista en las oraciones de los hombres santos de la Escritura; por la luz y la enseñanza espirituales; en las promesas divinas de iluminar salvíficamente a los hombres; y en las descripciones bíblicas de su obra iluminadora. Quienquiera que tenga iluminación espiritual y conocimiento de estas cosas, ciertamente ha experimentado esta iluminación y su mente será y está siendo transformada en su imagen (2Cor.3:18).

Sin esta iluminación, la mente no tiene un fundamento estable, ni fuerza perdurable, ni tampoco la capacidad de permanecer en la verdad contra las tentaciones, oposición y los engañadores, porque no tiene una seguridad sólida de la verdad de estas cosas.

Una seguridad externa y un entendimiento natural de las cosas espirituales no es suficiente, y el razonamiento humano no iluminado tampoco puede convencer nuestras mentes de que estas verdades son de Dios. Pero, estar plenamente seguros de que estas verdades nos son dadas por Dios, nos capacitará para permanecer firmes contra las tentaciones y la oposición. Pero esta seguridad surge solamente de una visión espiritual de ellas, dada a nosotros por el Espíritu Santo. Una vez que su realidad y poder son experimentados en nuestras mentes, entonces somos persuadidos plenamente de su origen divino y de su veracidad, y esto nos capacitará para resistir todas las tentaciones de apostatar de ellas.

Esto incluye la renovación de nuestras mentes a través de la iluminación espiritual y la fe; incluye el abrazar estas cosas con la voluntad como verdades que debemos conocer y creer, y todo esto acompañado por un amor santo, celestial e incontestable, aunado a una aprobación constante y alabanza de estas cosas como la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios. Esta seguridad, dada a nosotros por la iluminación espiritual, es mucho más grande que la seguridad que pudiéramos recibir por el entendimiento natural y la razón humana, y así pues la Escritura indica que debemos desearla más.

LA FALTA DE ILUMINACION ESPIRITUAL ES UNA DE LAS RAZONES POR LAS CUALES MUCHAS PERSONAS SE APARTAN DE LAS VERDADES EVANGÉLICAS.

¿Cómo ocurrió que los hombres bajo la apostasía papal abandonaran gradualmente las verdades principales del evangelio y toda la gloria espiritual de su adoración? Lo hicieron porque no tenían el discernimiento espiritual de la gloria divina y la belleza de las verdades evangélicas, ni tampoco la experiencia de su poder en sus mentes. Entonces, escogieron aquellas cosas que externamente tenían una hermosura que ellos podían ver.

Muchos que eran eruditos y capaces en las doctrinas del evangelio, y que fueron vistos como pilares de la verdad, no obstante han apostatado cayendo en el arrianismo, el pelagianismo, el socinianismo o en el papado.

Dos verdades que consuelan a los creyentes:

Algunos creyente verdaderos, viendo que grandes hombres del evangelio han caído en la apostasía, temen que a ellos les pudiera suceder lo mismo. Entonces, para su consuelo, las siguientes dos verdades deberían ser sostenidas:

I. Dios ha escogido a un pueblo en Cristo desde antes de la fundación del mundo. Estos han sido dados a Cristo, y el ha sido encargado de su salvación completa y final. Entonces, el propósito divino es

el de preservar a sus elegidos y guardarlos para que no se aparten de El jamás. Jesús dijo: “Y esta es la voluntad del que me envió, del Padre: Que todo lo que me diere, no pierda de ello, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:39-40).

2. Dios preserva a sus elegidos en la santidad. “Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor á los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2 Timoteo 2:19).

Podemos decir que, ninguno que abandona la verdad ha visto jamás la gloria de ella, ni tampoco ha experimentado su poder (1 Jn.2:19; Heb.6:9). Sin la iluminación salvadora de la verdad llevada a cabo por el Espíritu Santo, no tenemos la seguridad de que siempre nos “comportaremos varonilmente” y nos mantendremos “firmes en la fe”.

Escepticismo:

Sin la iluminación espiritual, las doctrinas del evangelio están sujetas al escepticismo. Los escépticos quieren dar la impresión de que no han renunciado a la verdad. Pero hablan y discuten respecto a la verdad con una actitud irreverente y escéptica. Son indiferentes en cuanto a si el evangelio es la verdad o no. La Escritura, La trinidad, los oficios de Cristo, la justificación por gracia y todas las demás grandes verdades del evangelio son pesadas y examinadas en la báscula manchada y desequilibrada de un escepticismo audaz e irreverente. Muchos de estos escépticos pudieran ser maestros de religión, pero en su forma de argumentar ponen de manifiesto su ignorancia fundamental de la diferencia entre la verdad y el error. Ellos no pueden ver la gloria, belleza y poder de la verdad, entonces no les importa si es considerada como verdad o como error.

La verdad espiritual y celestial está relacionada directamente al ser de Dios, a su sabiduría infinita, su amor y su gracia. Por lo tanto, la verdad tiene todas estas características divinas impresas en sí misma, las cuales la hacen gloriosa, atractiva y deseable a todos aquellos que son capaces de ver estas evidencias divinas en ella.

Por otro lado, el error está relacionado con satanás como la cabeza de la apostasía original, y esto distorsionada, deformada y causa confusión a la mente. La verdad tiene el poder de transformar el alma en la imagen de Dios y de llenarla con el amor de la verdad y con el poder para obedecerla.

Por otra parte el error, desvía la mente hacia las verdades torcidas de la superstición y las necesidades, o hacia el orgullo y el egoísmo. Si los hombres estuvieran conscientes de esta diferencia práctica entre la verdad y el error, abandonarían su escepticismo, especulación e indiferencia respecto a la verdad, y se pondrían a buscarla en su poder y en su vida.

La verdad, conocida verdaderamente, producirá la reverencia, el amor y una estima sagrada en las almas de los hombres, de tal modo que nunca se atreverían a prostituirla con el escepticismo, ni permitirían que fuera perturbada por cualquier imaginación necia de los hombres.

Las tinieblas impiden que la mente y el alma lleguen a una certidumbre de la verdad. Impiden que el alma ame la verdad y así no proveen ninguna defensa que proteja a la persona contra la apostasía. Cada persona, en su ignorancia de cual es la verdad y cual es el error, es dejada a determinar por sí misma, cual es la verdad. Pero, cada hombre tiene su propia idea u opinión respecto a cual es la verdad. Entonces, puesto que la opinión de cada persona es igualmente válida como la opinión de otras, se vuelve muy fácil cambiar la verdad por el error, lo cual es el camino del escepticismo.

De esta manera, la verdad fue perdida, y la gente, paulatinamente cayó en la apostasía papal. Hoy en día grandes multitudes están dispuestas a hacer lo mismo. La verdad es la única guía para pensar correctamente. Si la mente no es guiada por la verdad, sus pensamientos pronto caerán en el error. La verdad divina es la única guía para la mente en todos sus razonamientos acerca de Dios. Sin la revelación divina, el hombre nunca tendría pensamientos correctos acerca de Dios.

Muchos de aquellos que aceptan las verdades divinas con sus mentes (aún en su forma más pura y en sus revelaciones más sublimes), frecuentemente son tan malvados y pecaminosos como aquellos cuyas vidas son guiadas por el error y la superstición. Las vidas de muchos “protestantes” no son mejores y a menudo son peores, que las vidas de los papistas, los judíos o los musulmanes. A veces, los papistas, los musulmanes y los judíos (cuyas mentes son guiadas por el error y las supersticiones) a menudo son más amables, más generosos, más celosos en la mortificación de la carne y en la autonegación que muchos protestantes que profesan haber recibido verdaderamente el evangelio.

Todas las religiones falsas afirman que sus seguidores son más santos en sus vidas que aquellos que sostienen el evangelio de Cristo. Este es el argumento que utilizan cuando quieren ganar prosélitos para ellos.

Por lo tanto, las vidas de aquellos que profesan sostener la verdad no son el criterio para juzgar cual es la verdad y cual es el error. Pero en donde la verdad tiene un efecto poderoso sobre la mente, entonces la vida reflejará más perfectamente su gloria y su belleza para que todos la vean.

Pero es necesario afirmar que aquellos que no han recibido la verdad como el resultado de la iluminación del espíritu en sus mentes y que no han experimentado su poder transformador en sus

vidas, no son creyentes estables, firmes y capaces de resistir todas la tentaciones de apostatar. Un creyente verdadero está dispuesto a que sus creencias sean juzgadas imparcialmente por su vida, porque no pretende ser perfecto (algo que ningún creyente espera en este mundo), sino solo sincero.

Pero si las vidas son el criterio acerca de quien posee la verdad, entonces a veces el error saldrá victorioso. El evangelio no transformará las mentes a menos que primero comunique aquellos principios espirituales los cuales son necesarios, para que su obra de transformar la mente sea eficaz. Si ponemos vino nuevo en odres viejos todo se perderá, el vino y los odres. Si ponemos la doctrina del evangelio en una mente vieja, no renovada y corrupta, pronto se contaminará y se echará a perder; y debido a que no es capaz de producir santidad de vida, la mente se vuelve escéptica contra ella.

Muchos han visto cuán ineficaz es poner los misterios del evangelio en mentes carnales y por lo tanto han dejado de predicarles estos misterios, y se han apegado a aquellas doctrinas las cuales están adaptadas al entendimiento natural de los hombres, tales como el comportamiento moral y la obediencia a la ley.

La santidad la cual el evangelio exige es la transformación de nuestras almas en la imagen y semejanza de Dios. Esta es la nueva naturaleza que se somete voluntariamente a la “buena voluntad de Dios agradable y perfecta” (Rom.12:2). Pero esto no sucederá a menos que “miremos la gloria del Señor”, porque solamente así podremos ser “transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2Cor.3:18). Tampoco podremos “mirar aquella gloria” a menos que: “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz” resplandezca en nuestros corazones para dar iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.

(2 Corintios 4:6). Esto es el porque la doctrina del evangelio es ineficaz en los corazones y las vidas de muchos por quienes la verdad es abiertamente reconocida y profesada.

Las ventajas de la religión falsa:

Los motivos de la religión falsa para traer una reforma de vida y empujar a sus feligreses a cumplir sus deberes, son motivos adaptados al entendimiento natural o a las supersticiones, temores, deseos, orgullo y otros sentimientos depravados.

Los motivos los cuales la mente natural puede entender son muchos. Los filósofos paganos de tiempos antiguos trataban de lograr que sus seguidores respondieran a la “luz natural” que supuestamente había en ellos. La obediencia a la ley también les es requerida, pero no es la pureza de la obediencia de la ley moral la cual exige la obediencia del corazón, sino solo una moralidad externa la cual debe satisfacer las demandas de las tradiciones humanas. Estas tradiciones invalidan la ley disminuyendo sus exigencias y poniendo en su lugar las demandas inferiores de la tradición. Estos motivos naturales se encuentran en todas las religiones falsas, incluso en las sectas cristianas falsas.

Otros motivos, especialmente entre los Romanistas, son tales doctrinas como por ejemplo: La justificación por obras, indulgencias por el pecado, confesiones, penitencias y finalmente el purgatorio. Todas estas cosas despiertan un sentimiento de reverencia (un temor supersticioso) y así tienen cierta influencia sobre sus vidas las cuales los principios y motivos del evangelio no pudieron producir. La obediencia y la sujeción a los principios y motivos romanistas, frecuentemente producen la apariencia de grandes actos de devoción, grandes obras externas de bondad y caridad, grandes actos de austeridad y grandes actos de autonegación.

Entonces, ¿Porqué no produce la verdad del evangelio gloriosas obras de obediencia en todos aquellos por quienes es recibido y profesado?

Las desventajas de la verdad:

La verdad es más excelente que el error. La luz celestial es más excelente que la superstición. La fe es más excelente que los terrores inventados más temibles y los tormentos imaginarios. La paz verdadera es más excelente que la gloria y la reputación externas.

Hay una santidad, una vida fructífera de buenas obras, la cual es producida, preservada y mantenida por la verdad del evangelio. Esta santidad y frutos son producidos en aquellos que son verdaderamente regenerados y santificados por el Espíritu Santo, quienes reciben el poder de la verdad en sus mentes y en sus almas. Esta santidad es muy diferente de aquella que es producida por todos los principios y motivos de las religiones falsas, los cuales están diseñados para ajustarse a los deseos depravados de los hombres.

Pero en donde los hombres son ignorantes del poder del evangelio para regenerar y renovar sus mentes; sus vidas pueden ser tan malas (y es sorprendente que no sean peores) como las de los papistas y todas las sectas falsas o de todas las religiones paganas. Las religiones falsas tienen muchas supersticiones y principios falsos, los cuales refrenan hasta cierto punto las concupiscencias pecaminosas y los estimulan a hacer obras dignas de alabanza.

Los creyentes nominales, no conociendo nada del poder de la verdad evangélica en sus vidas, no pueden agradar a Dios y tampoco vivir vidas verdaderamente santas. No es meramente la profesión externa de la verdad, sino el poder interno de ella lo que es útil para el mundo y las almas de los hombres.

Así pues, la predicación la cual motiva a la gente en base a cosas las cuales el entendimiento natural puede recibir y aceptar (por ejemplo la obediencia externa a las leyes morales), es más eficaz que la predicación de los misterios del evangelio. El hombre natural está ciego en cuanto a los misterios del evangelio porque no puede ver su gloria, ni experimentar su poder. Sin embargo, los motivos espirituales, los cuales el evangelio revela, son los únicos motivos verdaderos de obediencia aceptable ante Dios. Solamente ellos son “El poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Rom.1:16-17).

Entonces, si queremos estar establecidos en la verdad; si queremos mantenernos firmes en la fe; si queremos ser guardados por el poder de Dios del peligro de apostatar, entonces nuestra obra principal debería ser la de tener un conocimiento verdadero y espiritual de la verdad del evangelio, y experimentar su poder en nuestras vidas. Las meras ideas superficiales de la verdad, o el mero hecho de poseer un conocimiento intelectual de sus doctrinas que nos capacite para hablar de ellas o discutir las con otros, no nos preservará de la apostasía. Aunque esta iluminación espiritual es el don de la gracia de Dios prometida a nosotros, sin embargo, debemos buscarla o no la tendremos (Mat.7:7-11).

Si queremos estar seguros de no caer en la apostasía, entonces deberíamos tomar en serio los siguientes principios:

Debemos orar fervientemente para que el Espíritu de verdad nos guíe a toda la verdad (1Cor.2:9-12; Ef.1:16-20; 3:14-19; Col.2:1-3).

Deberíamos asegurarnos de que hemos aprendido la verdad tal como es en Jesús (Ef.4:20-24).

Aprender la verdad como es en Jesús, significa experimentar su poder transformador en nuestras vidas, mortificando el pecado, renovando nuestras naturalezas y conformándonos a la imagen de Dios en justicia y verdadera santidad.

El propósito básico de la revelación de la mente y la voluntad de Dios en las Escrituras es para que obre en nosotros un poder espiritual y práctico, a fin de que hagamos las cosas reveladas a nosotros. En donde estas cosas son descuidadas y no son entendidas, entonces los hombres se contentan a sí mismos con un entendimiento superficial del evangelio y terminan rechazando “el consejo y la sabiduría divinas”.

Debemos aprender a estimar aún un poco de conocimiento que nos dé un entendimiento verdadero acerca de la salvación y la santificación, más que las especulaciones y las ideas más altas de la mente humana, aún cuando dichas especulaciones e ideas tengan reputación de sabiduría, elocuencia y erudición.

Aquel que ha aprendido a ser manso, humilde, paciente, autonegado, santo, celoso, apacible, buscando un corazón puro y deseando vivir una vida útil, es aquel que está más familiarizado con la verdad evangélica. Entonces, este conocimiento debería ser estimado por encima de aquel conocimiento intelectual hinchado y presuntuoso, que solamente busca engrandecer su reputación en el mundo.

Usted no debe contentarse hasta que haya descubierto por su propia experiencia la bondad, excelencia y belleza de las cosas espirituales.

Usted no debería estar satisfecho hasta que haya abrazado estas verdades con deleite y con un amor inconquistable. Sin esto, su fe no es mejor que la de los demonios (vea Stg.2:19).

LA IGNORANCIA, OTRA CAUSA DE LA APOSTASIA.

Los hombres pueden conocer intelectualmente las doctrinas de la Biblia, pero ser ignorantes de su origen divino y no tener experiencia del poder de estas doctrinas en sus vidas. Otros son ignorantes de las doctrinas de las Escrituras porque ellos son flojos y no harán ningún esfuerzo para conocerlas. Otros son ignorantes de las doctrinas de las Escrituras porque han sido enseñados por maestros falsos (Prov.29:18). Si los maestros son ciegos y la gente también, entonces ambos caerán en el hoyo del infierno eterno. Otros son ignorantes porque han rechazado el conocimiento del evangelio (Os.4:6).

Frecuentemente muchos hombres, en tiempos de avivamiento, aparentan recibir la verdad. Muchos bajo el Antiguo Testamento en el tiempo de la reforma de Josías, se volvieron para profesar la religión verdadera, pero “no se tornó á mí de todo su corazón, sino

mentirosamente, dice Jehová” (Jeremías 3:10), es decir lo hicieron en forma hipócrita.

La primera evangelización del mundo fue a través de la predicación de los apóstoles, evangelistas y otros acompañados por milagros, señales y maravillas, y una gran santidad de vida y mucha paciencia bajo las persecuciones. Ninguno fue recibido o admitido a la religión cristiana excepto aquellos que habían sido personalmente convencidos de su verdad, instruidos en sus misterios, conformados a sus mandamientos y fieles frente a la persecución.

Pero más tarde, reyes, gobernantes y potentados siendo enseñados por los papas y “los príncipes de la iglesia”, se volvieron cristianos en oposición al paganismo. Normalmente, sus aliados, familiares y súbditos les siguieron y se unieron a la iglesia. Estos no conocían del cristianismo, más que sus ritos externos y sustituyeron sus viejos ídolos por “nuevos santos”.

Por este medio, su profesión del cristianismo fue hecho con una profunda ignorancia de los principios, doctrinas y deberes más importantes del evangelio. Entonces, vino a ser muy fácil para aquellos que fueron considerados como guías, conducirlos a todas aquellas doctrinas necias, prácticas idólatras, supersticiones, devociones y una obediencia ciega a los sacerdotes de la iglesia. De esto provino la apostasía fatal la cual culminó en la Iglesia de Roma. Como conocían muy poco de lo que deberían haber conocido y no se preocupaban por vivir en santa obediencia a lo que realmente conocían, entonces ellos abrazaron los errores y supersticiones a los cuales Dios les entregó como castigo. Este fue el “poder engañoso” que les apartó completamente del evangelio (2Tes.2:11).

En una manera semejante, la mayoría de las personas de esta nación (el autor se esta refiriendo a Gran Bretaña) recibieron la religión protestante como la mejor alternativa al papado. Pero, debido a su negligencia y descuido, flojera, ignorancia, y una actitud de indiferencia hacia el evangelio, multitudes son ahora vergonzosamente ignorantes de los principios y rudimentos de la religión verdadera.

¿Puede alguien que conoce algo del evangelio o de la naturaleza de la incapacidad humana para discernir las verdades espirituales, suponer que la lectura de oraciones, la predicación de un sermón sin celo, sin vida, sin poder o una compasión por la almas, acompañado por un comportamiento libertino, necio y mundano, fue la manera como los apóstoles pusieron el fundamento de la Iglesia y edificaron a los hombres en la madurez espiritual por su continua instrucción?

Debido a esta negligencia, “tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad los pueblos” (Isaías 60:2). Algunos no quieren aprender. Otros no tienen quien les enseñe. Y otros más están llenos de concupiscencias mundanos, siendo amadores de los deleites más que de Dios.

Esto es lo que hizo fácil el surgimiento de la apostasía papal. La religión fue adaptada a las mentes carnales y supersticiosas, guiándolas a los errores y las fábulas, porque estaban ciegas y no sabían hacia donde iban. Entonces las verdades importantes del evangelio fueron abandonadas a cambio de los sueños de los monjes, las leyendas necias, los milagros mentirosos y otras supersticiones paganas. Fue la ignorancia lo que condujo a la gente a entregarse a estos engañadores. Esto ayudó a los arquitectos de la apostasía romana a acomodar sus ideas, sus caminos y prácticas a los intereses mundanos de aquellos que serían seducidos para unirse con su iglesia apóstata.

Cuando los hombres son ignorantes de la religión verdadera, especialmente de sus doctrinas principales y el fundamento sobre el cual descansan, entonces, se comportan como los antiguos samaritanos quienes adoraban “lo que no sabían” (Jn.4:22). Como resultado, no tienen capacidad alguna para defenderse en contra de los engaños que les son impuestos.

Juan nos habla de los medios para guardarnos de la apostasía. Debemos ser enseñados en la verdad, por el Espíritu de verdad (1Jn.2:19-20, 27). Muchos son engañados “con suaves palabras y lisonjas” (Rom.16:18). Por eso Pablo nos dice que debemos crecer en la madurez espiritual (1Cor.14:20; 6:2; Heb.5:14). No debemos ser espiritualmente débiles e ignorantes (Ef.4:14).

Roma envía a sus emisarios papales, que son simplemente “lobos vestidos de ovejas”. Su propósito es derrocar el protestantismo, especialmente en nuestra nación. Pero ¿Cuántos protestantes serían capaces de refutar a los romanistas y defender su fe contra ellos? Los protestantes siempre asisten al templo, pero nunca llegan a una plena certidumbre de la verdad.

Roma hipnotiza a los protestantes ignorantes con su reclamo de ser la verdadera expresión de la fe cristiana, y por su reclamo de haber existido antes del protestantismo, desde los días de los apóstoles.

Antes de que el Protestantismo trajera “la confusión y el desorden”, la iglesia romana existía en una unidad perfecta. A los sacerdotes romanos les ha sido concedido “el poder” de perdonar todo tipo de pecados. Los santos, los ángeles y la “bendita virgen” misma conceden misericordia, gracia y bondad a todos los católicos. Diariamente, la iglesia romana obra milagros, especialmente el milagro de la “transubstanciación” en las misas cotidianas realizadas en todas partes del mundo. Además, hay muchos ejemplos maravillosos de devoción santa en las vidas de muchos católicos. Con estas y otras “glorias” romanas, Roma logra embujar a muchos protestantes ignorantes para que crean que el papado es el camino más excelente.

Los protestantes inconversos y no espirituales, no pueden entender las grandes verdades del evangelio. Son para ellos “cosas extrañas” que no pueden entender. Ellos encuentran que el Romanismo es más compatible para sus mentes naturales, inconversas, mundanas y no espirituales.

El Romanismo está adaptado al hombre natural y no espiritual. Pero el evangelio de Dios y su verdadera adoración espiritual es aburrido e ininteligible para el hombre no espiritual.

Otro engaño es aquella religión que conduce a los hombres a mirar a “la luz interior” que está dentro de ellos. El hombre natural por su propia experiencia, encuentra que hay una luz interior en él, puesto que todos los hombres tienen la luz de su conciencia (Rom.2:14-15). No habiendo experimentado la verdadera iluminación del Espíritu Santo, ellos suponen que la luz natural de su conciencia es la luz de la cual estos engañadores les hablan. Así pues, se dejan guiar por impulsos vagos y sensaciones raras,

suponiendo que estas cosas son la voz de Dios hablándoles directamente.

La apostasía de las verdades que son tradicionalmente aceptadas pero no entendidas, es muy fácil. ¡Cuántos han perecido por falta de conocimiento!

Los protestantes espiritualmente ignorantes que sostienen las doctrinas protestantes tradicionales, pero no saben nada del poder de estas doctrinas en sus vidas, pueden perseguir y en ocasiones persiguen a los Romanistas, injuriándoles y tratándoles con desprecio. Tal como muchos romanistas persiguen a los protestantes injuriándoles y tratándoles con desprecio. Pero, si estos protestantes son llamados a dar una respuesta por la esperanza que hay en ellos, son incapaces de hacerlo. Tales protestantes están en gran peligro de apostatar y aún pudieran terminar nuevamente en Roma.

Los predicadores y maestros ignorantes entregan impíamente a su pueblo (atados de pies y manos) al poder de sus adversarios espirituales. Por otra parte, la predicación fiel y constante, y la enseñanza fiel en las doctrinas principales de la fe cristiana son una defensa segura contra la apostasía.

Las leyes externas y la observancia de formas externas y ceremonias, no son una defensa contra la apostasía. La instrucción en la verdad y la iluminación espiritual son los medios que Dios ha provisto para preservar a su pueblo de la apostasía, y son la única defensa segura contra el avance del papado. Debemos ser celosos de esto, o en realidad no creemos que la instrucción constante en las verdades del evangelio sea la única manera para proteger al pueblo del peligro de regresar a la apostasía romana.

La reforma trajo al pueblo de las tinieblas espirituales a la luz espiritual del evangelio. Ahora, el descuido de la enseñanza de las mismas grandes verdades ha traído al pueblo de regreso a las tinieblas espirituales, y lo ha convertido en una presa fácil para el papado.

La carga que Pablo dio a Timoteo es una que cada ministro debe obedecer y tomar muy en serio (2Tim.4:1-5). Los predicadores deberían estar preparados para predicar en todo momento. Ellos deberían redargüir, reprender y exhortar con toda paciencia y doctrina. No deben darse por vencidos, aún cuando sus oídos ya no soporten la sana doctrina sino que están dispuestos a escuchar a las fábulas. Pablo está diciendo a Timoteo que el ministerio evangélico es una labor dura. No hay descanso de “laborar en la palabra y la doctrina del evangelio”, apoyado por una vida santa. Para el ministro cristiano fiel solamente hay labor constante, continua y sin término.

Por otra parte, el ministerio romano es fácil. Es muy fácil para el sacerdote romano guardar al pueblo en el “redil” del romanismo. El clero tiene libertad para perseguir los placeres y honores de este mundo. No están obligados a cumplir con la labor fastidiosa, interminable y dolorosa. De hecho, entre más ignorante que sea su pueblo, es más fácil de mantenerlos sujetos a la autoridad de los sacerdotes.

Para impedir el avance del Romanismo, cada creyente necesita crecer en entendimiento espiritual, ser edificado en el conocimiento de los misterios del evangelio y así llegar a un entendimiento maduro de todo el consejo de Dios. Especialmente, el propósito de su amor y gracia en Cristo Jesús, a fin de que sea apto para ser usado por el Espíritu en “la salvación de las almas”.

Como ministros, será nuestra sabiduría el ser guiados y enseñados por el Espíritu Santo. Entre más que nuestra predicación sea acorde con el evangelio, y entre menos se mezcle con las ideas humanas y especulaciones, más difícil será instruir a los hombres en el conocimiento de él.

Las mentes de los hombres carnales y no espirituales son mucho más aptas para entender y recordar las fábulas, los errores y las supersticiones que las verdades evangélicas. Tales cosas son muy naturales para la mente depravada. Pero las verdades evangélicas, debido a la enemistad de la mente depravada contra Dios, son cosas que disgustan y son rechazadas (a menos que dicha enemistad sea quitada por la gracia de Dios).

Así pues, los hombres inconversos crecerán más rápidamente en cuatro o cinco días en los errores de la religión falsa, que lo que otros crecerán en cuatro o cinco años en el conocimiento de las verdades del evangelio.

Hemos conocido a muchos papistas “bien crecidos en un mes”, quienes son expertos en los misterios de la devoción papista. Pero el progreso y el crecimiento en la verdad de los misterios del evangelio es lento. Por lo tanto, una diligencia especial y una vigilancia constante son necesarias para instruir a la gente en las verdades espirituales, de lo contrario serán una presa fácil para la apostasía romana.

CAPITULO 5 EL ORGULLO, LA NEGLIGENCIA Y LA MUNDANALIDAD COMO CAUSAS DE APOSTASÍA.

La obra del evangelio es *“para la destrucción de fortalezas; Destruyendo consejos, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y cautivando todo intento á la obediencia, de Cristo;”* (2 Corintios 10:4,5).

Desde la caída, la mente del hombre se ha hinchado con pensamientos altivos acerca de sí misma. El hombre piensa que tiene libre albedrío sobre sus propios actos (Sal.12:4). Los hombres piensan que nadie, ni siquiera Dios, puede ser soberano sobre ellos y sobre su destino futuro. Piensan que nada debería ser requerido del hombre, salvo aquello que él es capaz de entender, obedecer o hacer. En todos los siglos de la iglesia, bajo el pretexto de varias supuestas doctrinas cristianas, los hombres han argumentado a favor de el libre albedrío y la autodeterminación.

Este argumento respecto a los poderes del hombre natural por una parte y la gracia soberana de Dios por la otra, se ha centrado en lo siguiente. Por una parte, muchos afirman que la mente y la voluntad del hombre son autosuficientes. Que el hombre tiene su propia capacidad para escoger el bien y de hacer todo lo necesario para asegurar su bienestar eterno. Por otra parte, otros han afirmado, que el hombre no tiene ninguna suficiencia en sí mismo, y que toda la suficiencia para su bienestar eterno, proviene de Dios. (2Cor.3:5; 9:8).

La mente humana se exalta a sí misma como suficiente para determinar, gobernar y guiar al hombre. El hombre determina por sí mismo el bien y el mal, lo que es el error y la verdad.

La mente corrupta exalta sus propias ideas. Ama, aplaude y se aferra tenazmente a sus propias ideas y opiniones. Este es el origen de todas las herejías (doctrinas falsas). Esto es lo que ha dado nacimiento, crecimiento y progreso a todo tipo de error (vea Ecl.7:29). El intento de determinar por sí mismo la verdad y el error en todos los asuntos espirituales y religiosos, es el principal y más dañino resultado de la caída. La caída del estado original en que el hombre fue creado por Dios, afectó nuestras mentes.

La mente corrupta se exalta a sí misma como el juez único y absoluto de la palabra de Dios. La mente corrupta determina por sí misma si la palabra de Dios es verdadera o falsa, buena o mala, digna de ser recibida o rechazada, sin ninguna guianza o ayuda sobrenatural. Y todo aquello que la mente rechaza como no de acuerdo con sus propias ideas y lógica, es menospreciado y escarnecido.

El evangelio viene a la mente corrupta con el sello de la autoridad divina sobre él, llevando su imagen y su firma. La sabiduría divina, bondad, gracia, santidad y poder son impresos sobre sus doctrinas, de tal manera que se manifieste claramente como “el glorioso evangelio del Dios bendito” (1Tim.1:11). Así pues, debería ser recibido con reverencia santa y con el reconocimiento de su origen divino y gloria y como la voz de Dios hablando desde el cielo. Por eso, el escritor de la Epístola a los Hebreos nos advierte: “Mirad que no rechacéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que en la tierra rechazaron al que advertía, mucho menos escaparemos nosotros si nos apartamos del que advierte desde los cielos” (Hebreos 12:25 RVA).

A menos que el evangelio sea visto como de Dios, no será recibido verdaderamente, ni entendido y tampoco creído firmemente. El evangelio debería ser recibido: “no como palabra de hombres, sino como lo que es en verdad, la palabra de Dios...” (1 Tesalonicenses 2:13 RVA). El evangelio debería ser recibido con aquella sumisión y sujeción del alma y la conciencia, las cuales nosotros, que somos polvo y ceniza, le debemos al grande y santo Dios (Gén.18:27). Así pues Jesús dijo: “De cierto os digo, que si no os volviereis, y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3).

A menos que nos neguemos a nosotros mismos y todas nuestras ideas y opiniones; a menos que seamos humillados y estemos dispuestos a ser enseñados, nunca podremos recibir el evangelio. Dios se compromete enseñar a los mansos y humildes (Sal.25:9, 14; Isa.28:9; Sal.131:2). Un espíritu orgulloso impide grandemente el aprendizaje de la palabra de Dios. La palabra de Dios inquieta y perturba el corazón y la mente de los que no han sido humillados.

La palabra de Dios es corrompida por los hombres que tienen una confianza carnal en sí mismos y en su propia sabiduría y capacidad para interpretarla correctamente.

El evangelio no es contrario a la razón, sino que está por encima de ella. El razonamiento corrupto no aceptará esta verdad y por lo tanto, no acepta nada que no pueda entender y creer. En el evangelio hay misterios divinos revelados los cuales podemos entender, pero la naturaleza misma de estos misterios divinos, no la podemos entender. La razón humana es finita y limitada, por lo tanto, no puede entender perfectamente las cosas que la sabiduría infinita ha propuesto (Job 11:7-9). La razón humana tiene que someterse humildemente a la revelación divina y aprender de ella.

En el evangelio, también hay cosas que la razón corrupta rechaza porque no le gustan. El hombre completo, incluyendo su mente y razón, es depravado, inhábil y corrupto; y como Cristo vino a restaurar al hombre completo, entonces también vino a restaurar y reparar su mente y su razón.

La razón corrupta no es capaz de discernir y juzgar los asuntos espirituales correctamente. Entonces, es propenso a inventar sus propias interpretaciones, de acuerdo con sus propios prejuicios y

presuposiciones, los cuales son contrarios a lo que el evangelio enseña y requiere. Por lo tanto, uno de los propósitos del evangelio es el cautivar la razón humana y llevarla a la obediencia de la fe (vea 2Cor.10:5).

La razón humana es finita y limitada. El evangelio requiere que el hombre crea cosas por encima de la capacidad de juzgar o descubrir. Requiere que el hombre crea cosas meramente por la autoridad de la revelación divina (1Cor.2:9-10). Pero, la razón corrupta considera las cosas de Dios como locura (vea 1Cor.1:18-25).

Hoy en día algunos exaltan la razón como el verdadero y correcto juez de todas las revelaciones divinas. Según estas personas, no deberíamos recibir nada salvo aquello que esté de acuerdo con la razón humana. Todo aquello que está por encima de la razón debería ser rechazado. Así pues, la razón humana se considera a sí misma como infinita e ilimitada, y deja la sabiduría y la razón divinas como si fueran finitas y limitadas.

Hay muchas cosas en el evangelio las cuales están completamente por encima del alcance de la razón humana finita y no pueden ser juzgadas por ella. Solamente puede ser el siervo de la fe y testigo de ellas (vea 1Cor.2:11).

Afirmar que no estamos obligados a creer lo que no podemos entender, o afirmar que podemos rechazar todo aquello que está por encima de la capacidad de la razón humana (bajo la suposición de que es contrario a la razón), significa renunciar al evangelio y a toda la revelación divina.

La razón como corrupta y depravada. La razón corrupta y depravada no recibirá mandamientos y leyes los cuales sean contrarios a sus concupiscencias e inclinaciones. La razón depravada siempre trata de justificarse a sí misma en base a sus buenas obras. Pero el pacto de la gracia y la justificación solo por la fe sin obras, son doctrinas contrarias a la razón corrupta, y por ello las considera como irracionales y dignas de ser rechazadas (vea Rom.11:6, 8:7).

En cuanto a los deberes naturales de la obediencia, el evangelio enseña que aún éstos no son aceptables a Dios, excepto por la mediación de Cristo y la gracia y fortaleza del Espíritu Santo. Pero puesto que la razón corrupta confía en su propia justicia, entonces rechaza esta mediación como irracional y falsas. La razón humana está de acuerdo con los deberes del evangelio hasta cierto punto, pero no está de acuerdo con el hecho de que estos deberes pueden ser aceptados solamente a través de Cristo y por la ayuda del Espíritu Santo.

También la razón juzga el evangelio en base a las tradiciones de su secta o su partido, cualquier cosa que no esté de acuerdo con las tradiciones o partido que la razón apoya, es rechazada. En Atenas, la predicación de Pablo fue resistida por los estoicos y los epicúreos (Hech.17:18). Los epicúreos negaban la providencia de Dios en el gobierno del mundo, la sobrevivencia del alma después de la muerte, y las recompensas y castigos eternos. Los estoicos sostenían la creencia fundamental de que el hombre debería buscar la felicidad solamente en sí mismo y en las cosas que podían ser logradas en base a su propio poder y capacidad.

La doctrina de Pablo estaba completamente en oposición a estas dos sectas, porque no apoyaba sus presuposiciones y prejuicios, por lo tanto la rechazaron. Y cuando, más tarde, estos filósofos profesaron aceptar el evangelio, lo corrompieron añadiéndole sus propias tradiciones y doctrinas.

La meta del evangelio es traer todo pensamiento a la sujeción y obediencia de la fe. Entonces Pablo dijo: "Nadie se engañe a sí mismo: si alguno entre vosotros parece ser sabio en este siglo, hágase simple, para ser sabio" (1 Corintios 3:18). A menos que los hombres renuncien a la sabiduría carnal y a sus propias presuposiciones y prejuicios, nunca podrán ser sabios con aquella sabiduría que es de arriba. Tienen que llegar a ser necios para ser sabios. Los hombres encuentran que el evangelio resiste el orgullo natural de sus mentes y la supuesta soberanía de su razón. Entonces ellos se vuelven del evangelio a la apostasía. Rehusando llegar a ser necios y menospreciando el volverse como niños humildes y dispuestos a aprender; ellos rechazan el evangelio y siguen a los maestros que son más aceptables a sus razonamientos orgullosos. Cuando el hombre corrupto exalta su razón como la norma absoluta en la religión, entonces es inevitable, que cada uno coloque su propia razón como la única norma de juicio que aceptará.

Entonces, podemos ver que en el evangelio hay muchas cosas que están por encima de la limitada razón humana y también cosas contrarias a la razón corrupta y depravada.

Doctrinas que están por encima de la razón humana limitada.

La Trinidad, la encarnación del Hijo de Dios y la morada del Espíritu Santo en todos los creyentes, son doctrinas que están por encima de la razón y por ello son rechazadas por la razón humana finita y limitada.

Doctrinas que son repugnantes a la razón corrupta.

Los atributos de Dios, sus decretos eternos, los oficios y la obra mediadora de Cristo, la justificación por la justicia de Cristo, la obra regeneradora y santificadora del Espíritu Santo en el corazón y la resurrección de los muertos, son todas doctrinas repugnantes a la razón corrupta y depravada y por ello, son rechazadas como falsas. Pero aún cuando dichas doctrinas son conservadas, la razón corrupta les impone interpretaciones absurdas, interpretaciones las cuales son destructivas a la fe. Así, la razón depravada, busca traer toda revelación divina cautiva a sus propias ideas y opiniones perversas.

Esta apostasía surge porque rehúsan aceptar las verdades evangélicas en base a la autoridad divina. Hoy en día hay muchos en la iglesia que sujetan la Escritura a la finita razón humana, limitada y corrupta. Según ellos, es la razón humana y no la revelación infalible de Dios, lo que determina lo que es verdad y lo que es falso, lo que es bueno y lo que es malo. Las cosas han sido así desde que este principio fue enseñado por primera vez al hombre en el jardín del Edén. El veneno de estos principios se ha difundido grandemente en el mundo y el evangelio ha sido corrompido grandemente. Las doctrinas tales como: la predestinación eterna, la total depravación del hombre, el poder de la gracia de Cristo en la conversión de los pecadores, la regeneración, la unión con Cristo, la imputación de la justicia de Cristo para justificación, la necesidad de la santidad evangélica, la necesidad de la gracia y la ayuda del Espíritu Santo y la autoridad divina de las Escrituras son todas rechazadas. La razón humana no puede ver ninguna lógica en todas estas cosas.

La razón se exalta a sí misma y rehúsa hincarse ante la autoridad de la revelación divina, porque quiere determinar por sí misma, lo que es verdad y lo que es bondad. De esta manera, el hombre necio es conducido hacia la apostasía. Solamente la sujeción humilde de la mente y la conciencia a la autoridad y la palabra de Dios, podrá guardarle a uno de la apostasía.

Una seguridad falsa y una autoconfianza vana

El descuido de las advertencias del Espíritu respecto a la apostasía conduce a un sentido falso de seguridad. Por lo tanto los creyentes fallan en “velar”, en “mantenerse firmes en la fe”, y en “portarse varonilmente” (vea Mat.24:11, 24; Apo.3:10). Aquellos que son llevados por la apostasía serán destruidos completa y eternamente.

El descuido de las advertencias del Espíritu quien anuncia que en el tiempo de la gran apostasía, los creyentes estarán dormidos bajo una seguridad falsa, es lo que conduce a un falso sentido de seguridad. Estarán diciendo: “Paz y seguridad” y entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina (1Tes.5:3).

El amor del mundo, la prosperidad y la comodidad, junto con los afanes de esta vida se combinan para conducir a muchos creyentes a descuidar estas advertencias, y así se sujetan al peligro de caer en tiempos de gran apostasía. Los hombres escuchan de este mal y de su peligro, pero como Gallo “no se preocupan por ninguna de estas cosas”. Ellos no se preparan a sí mismos para contender por la fe en los tiempos de apostasía. Y es el descuido de este deber lo que ha resultado en la corrupción de la religión verdadera.

Una indiferencia impía y una carencia de preocupación por la defensa del evangelio, conduce a muchos hacia la apostasía. “Todas las religiones son iguales”. “Todos adoramos al mismo Dios”. “¿Qué es la verdad? ¿Quién es capaz de decir lo que es la verdad y lo que es el error?”

Aquellos que se levantan para defender el evangelio en tales tiempos, son perseguidos. Los creyentes necesitan estar advertidos de este peligro (vea Gál.5:2-6; 2Tes.3:12; 2Pe.2:1-2).

La seguridad falsa conduce a la autoconfianza necia.

Pedro confiaba neciamente en sí mismo cuando dijo que no negaría a Cristo. Los creyentes también confían neciamente en sí mismos confiando en que no apostatarán, y así descuidan los medios que Dios ha dado para guardarlos. Ellos no ven la necesidad del poder de Dios, la intercesión de Cristo y la gracia del Espíritu Santo para guardarlos de caer en la apostasía. No ven la necesidad de velar y orar para no caer en la tentación.

Esta autoconfianza necia pronto arrastra a muchos hacia la apostasía.

EL AMOR DEL MUNDO Y SUS PLACERES PASAJEROS SON OTRA CAUSA DE LA APOSTASIA.

Pablo se quejaba de que Demas le había dejado porque había amado este mundo presente (2Tim.4:10). Demas abandonó al apóstol y el ministerio y probablemente la fe cristiana. “La semilla que fue sembrada entre espinos, fue ahogada y no dio buen fruto” (Mar.4:7,18-19).

El amor del mundo se pone de manifiesto en los tiempos de persecución (Mat.13:20-21). Cuando los intereses seculares; es decir, la prosperidad, las casas, los terrenos y las posesiones están en peligro, entonces muchos abandonan a Cristo.

Este amor del mundo también se manifiesta cuando el error y las supersticiones dominan en un país. Cuando el honor mundano, la prosperidad y el empleo les son negados a todos aquellos que se identifican con la verdad, entonces muchos sucumben ante la apostasía.

Por una parte, el calor del sol conduce a muchos a despojarse de la vestimenta de la verdad; por otra parte, los vientos fríos conducen a otros a abrigarse más cuidadosamente con esta prenda de verdad. Muchos creyentes sucumben ante la apostasía en tiempos de popularidad y aceptación, pero jamás lo harían en los tiempos de persecución severa. Cuando el mundo está entronizado en los corazones de los hombres, los honores y los favores tienen más atractivo que sufrir con el pueblo de Dios.

TAMBIÉN SATANAS ARRASTRA A MUCHOS HACIA LA APOSTASIA.

Satanás causó la primera apostasía de Dios. El mismo fue el primer apóstata. Ahora, él es la cabeza de las multitudes de ángeles caídos que ahora están reservados “ debajo de oscuridad en prisiones eternas hasta el juicio del gran día” (Judas 6).

La gran meta de satanás es: Primero, impedir que la gente reciba el evangelio y segundo, conducir a todos los que lo han recibido, a la apostasía. Satanás ha levantado persecuciones sangrientas y feroces para desanimar a las personas a convertirse en cristianos. Cegando los ojos de los hombres y llenándoles de prejuicios en contra de la verdad, ha logrado conducir a miles fuera del camino de Cristo (2Cor.4:4).

La meta de satanás es corromper la mente de los hombres (2Cor.11:3). Esto lo logró introduciendo un evangelio falso (Vers.4). Entonces, él levanto a maestros falsos para ser sus emisarios (vers.14-15). Y tal como engañó a Eva por su interpretación falsa de la palabra de Dios, así también engaña a muchos hoy en día, mediante sus interpretaciones falsas del evangelio.

Dios nos da muchas promesas maravillosas en el pacto de la gracia. Pero satanás trata de pervertir estas promesas, oponiéndose a la gracia y la sabiduría divinas en ellas. De este modo, espera arrastrar a los hombres fuera de la simplicidad que está en Cristo, y de la plena declaración de la voluntad de Dios, hacia un evangelio falso y las necias ideas humanas. Cuán grande fue la parte que él desempeñó en la gran apostasía (2Tes.2:9-11). (Nota del Traductor: Aquí el doctor Owen se refiere a la gran apostasía que comenzó con el nacimiento de la Iglesia Católica en 313 D.C. y la subsecuente apostasía de dicho grupo). En esa apostasía satanás jugó un papel, introduciendo un poder engañoso y conduciendo a muchos a creer en sus mentiras. Y así los hombres se apartaron de la fe, escuchando a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios (1Tim.4:1). La gente escuchó a satanás y a sus emisarios, en vez de escuchar a Dios y a sus ministros.

Satanás siempre está tratando de conducir a los creyentes hacia la apostasía. El ciega sus mentes, inflama sus concupiscencias, derrama sus tentaciones, les engaña con falsos y corruptos razonamientos, se transforma a sí mismo en un ángel de luz y usa señales y prodigios mentirosos, todo esto para apoyar sus mentiras. Satanás nunca descansa y nunca toma vacaciones.

DIOS NO ES UN ESPECTADOR DESPREOCUPADO.

Dios no está sentado allí sin hacer nada. El no es “tentado por el mal, ni el tiente a nadie” con pecado o error. Pero, El gobierna sobre todo y encamina todos los eventos para su propia gloria.

El no permitirá que los hombres menosprecien y luego rechacen y abandonen las grandezas de su misericordia, su verdad y su palabra, sin castigar a los apóstatas impíos con los juicios más severos. Entonces, cuando los hombres impiamente apostatan de su verdad, Dios en su santo y justo juicio les entrega a otros errores, para que ellos entren en una completa y final apostasía, y se endurezcan para su destrucción eterna.

Cada creyente y cada iglesia cristiana debería tomar la advertencia de 2Crón. 15:2. Dios abandona judicialmente a aquellos por quienes El ha sido deliberadamente abandonado. La manera en que Dios castiga y toma venganza de los apóstatas del evangelio es entregándolos a la apostasía y endureciéndoles para su destrucción eterna.

Esto lo hace primero, quitando su candelero de en medio de ellos (Apo.2:5). Cristo advirtió a la Iglesia de Efeso que si ellos no se arrepentían, entonces vendría y les quitaría su candelero. Dios privará a los apóstatas de la luz y de los medios para conocer la verdad, a fin de que las tinieblas y la ignorancia les sobrevengan. Entonces Dios les envía operación de error para que crean la mentira, porque no amaron la verdad (vea 2Tes.2:11). Les entrega irrevocablemente a creer las mentiras.

El envío de este espíritu de error incluye tres cosas:

1. Primero, Dios entrega a los apóstatas al poder de satanás. No limita, ni impide a satanás, sino que permite que les conduzca a los peores errores que pueda inventar. Este fue el estado de las cosas bajo la apostasía papal, cuando satanás logró guiar a la mayor parte de la iglesia a este error. Y para mostrar su éxito, satanás llegó hasta el extremo de “divertirse” (si así podemos llamar), con las almas engañadas de los hombres. No había nada tan necio y estúpido que no impusiera a su credulidad infantil.

2. Segundo, Dios entrega a los apóstatas a los maestros falsos y engañosos. Estos maestros falsos, engañados y enseñados por satanás, son usados por Dios para llevar a cabo su justo desagrado sobre los impíos apóstatas, quienes son entregados a su poder. La gente engañada exalta a estos maestros falsos y engañosos a los puestos más altos en la iglesia, y entonces se someten implícitamente a ellos. Diciendo que son “el templo de Dios”, ellos vienen al pueblo en lugar de Dios, afirmando que hablan las mismas palabras de Dios. Con tal poder entregado a ellos en la “iglesia”, ellos ejercen poder sobre las conciencias de los hombres y los sujetan en temor, debido a las mismas posiciones de autoridad que les han sido dadas y que han reclamado para sí mismos. (Nota del traductor: Evidentemente, el autor se refiere a la jerarquía en la iglesia católica y a la autoridad del papado sobre las conciencias de los hombres).

3. Tercero, Dios entrega a los apóstatas a la ceguera espiritual y a la dureza de sus corazones (Isa.6:10; Jn.12:39-41; Hechos 28:25-27; explicado en Rom.11:7-8).

Bajo estos juicios, es decir: satanás, los maestros falsos, la ceguera espiritual y dureza de corazón, la condición de los apóstatas es miserable e irrecuperable.

Entonces, tengamos cuidado de no tomar a la ligera las advertencias del Espíritu.

CAPITULO 6

LA APOSTASÍA DE LAS DOCTRINAS DEL EVANGELIO

Muchos que han recibido las grandes doctrinas del evangelio, después las abandonan, diciendo que no encontraron nada en ellas. Entonces para impedir que esto nos suceda, debemos considerar porqué estas personas no encontraron nada satisfactorio en el evangelio y porqué dieron la espalda a las grandes doctrinas de la gracia.

LA IGNORANCIA DE SU NECESIDAD DE JESUCRISTO PARA SALVACION.

La primera razón principal por la cual muchos abandonan las doctrinas de gracia del evangelio es porque ignoran su necesidad de Jesucristo y de su gracia para vida y salvación. Esto es lo que les ha conducido a perder interés en El.

Tales personas nunca han experimentado un profundo sentido de su necesidad personal de Cristo, tal como fue experimentado por los oyentes del día de pentecostés y por el carcelero de Filipos (vea Hech.2:37; 16:30).

Si ellos han experimentado una verdadera convicción de su necesidad de Cristo y si han experimentado su poder para satisfacer su necesidad, entonces ¿Porqué le han abandonado? Una persona que ha sido verdaderamente convencida de su necesidad de Cristo para perdón y salvación, y como resultado le ha recibido por la fe, jamás le abandonará.

Para ser verdaderamente convencidos de nuestra necesidad de Cristo, debemos ser convencidos, primero, de la naturaleza, la culpa, la contaminación, el poder y el castigo del pecado, puesto que El vino para salvarnos de nuestros pecados. Nadie se hubiera preocupado por mirar hacia la serpiente de bronce, si no hubiera sido mordido primero por las serpientes y fuera consciente de su peligro de muerte. Entonces, ninguno mirará a Cristo, salvo aquellos que están conscientes de que han pecado y de que seguramente perecerán, si Cristo no les salva.

Es la obra de satanás excusar el pecado y hacer que la práctica de él sea más aceptable. Su meta es hacer que parezca que nosotros no necesitamos de Cristo y su sacrificio. Los hombres están muy dispuestos a creer que no están bajo el poder del pecado original y que son esencialmente buenos, aunque no perfectos. Los pecados espirituales contra el evangelio, son considerados como nada y como cosa de risa. Las inmoralidades contra la ley son tratadas a la ligera y fácilmente pasadas por alto.

Hoy en día, la persona y los oficios de Cristo no son considerados como de gran importancia y por lo tanto, son poco enseñados y predicados. Solamente la convicción de nuestra desesperada necesidad de Cristo de salvarnos de la culpa, el poder, la corrupción y el castigo del pecado, nos impulsará a Cristo y nos guardará del peligro de alejarnos de El.

Para ser verdaderamente convencidos de nuestra necesidad de Cristo, debemos primero ser convencidos de que nuestra mejor justicia es insuficiente para prepararnos para estar en pie delante de Dios en el día del juicio. Una comprensión solemne de nuestra total incapacidad para hacer algo bueno y aceptable a Dios sin Cristo, la completa insuficiencia de nuestros mejores hechos para pasar la prueba del juicio divino, nos mantendrán siempre conscientes de nuestra necesidad de Cristo y su justicia.

¡Considere cuán lejos quedamos en la realización de todos nuestros deberes, de la norma de santidad requerida, y como nuestras mejores justicias son como un trapo de inmundicia! (Isa.64:6).

La carencia de un sentido correcto de la pecaminosidad de nuestras mejores obras, conduce al sueño de la autoperfección, la autojusticia y la autojustificación. Tales sueños conducen al menosprecio de Cristo y su justicia. ¿Quién buscaría por otra justicia, cuando está convencido de que puede ser justificado ante Dios en base a su propia justicia?

Antes de que las personas vengan a Cristo y permanezcan con El, necesitan saber que son pecadores perdidos, condenados y malditos ante los ojos de Dios. Ellos necesitan ver que solamente Cristo ha hecho la propiciación perfecta para el perdón de sus pecados y su liberación del castigo eterno. Las personas necesitan saber que sin Cristo no tienen ninguna justicia para mantenerse en pie delante de Dios, y que solamente Cristo les puede revestir con aquella justicia perfecta la cual es aceptable a Dios, puesto que El ha cumplido todas las demandas de su santa ley.

Esta es la fe de los elegidos de Dios contra la cual todas las obras y engaños de satanás no pueden prevalecer. La unión de la revelación divina con la experiencia verdadera, es invencible. Pero aquellos que nunca han visto su desesperada necesidad de Cristo para estas cosas, jamás perseverarán creyendo en El, y tampoco permanecerán en la fe en los tiempos de persecución y de tentaciones fuertes.

LA CARENCIA DE UNA VISION ESPIRITUAL DE LA GLORIA DE CRISTO EN SU PERSONA Y OFICIOS.

Bajo el Antiguo Testamento, Cristo fue revelado en los símbolos de las ceremonias de la adoración veterotestamentaria y en las promesas de Dios. Estas cosas eran la vida de la fe de los creyentes bajo el Antiguo Testamento. Abrahán vio el día de Cristo y se regocijó (Jn.8:6). Estas cosas eran estudiadas diligentemente y consideradas junto con las demás promesas divinas dadas en las profecías. (1Pe.1:11;

Mat.13:17). Ellos esperaban ver al Rey Mesías en toda su gloria (Isa.33:7). La gloria y la vida de toda la religión veterotestamentaria y de todo el compañerismo con Dios, descansaban en estos símbolos, sacrificios y servicios, junto con las promesas dadas en las profecías. Y todas las promesas descansaban en la primera promesa dada a Adán y Eva en el jardín del Edén.

Cristo era el “todo” para ellos tal como lo es para nosotros. Si quitamos a Cristo y sus oficios del Antiguo Testamento, entonces éste queda sin valor y significado. La razón por la cual los judíos rechazaron a Cristo en su venida, fue porque ellos le vieron “sin atractivo para desearle” (Jn.1:11; Isa.53:2). Entonces, nadie permanecerá fiel a Cristo, si no tiene la capacidad de discernir la gloria de su persona y de sus oficios.

El fundamento de la fe apostólica fue una visión personal y espiritual de su gloria, la gloria del Hijo unigénito de Dios (Jn.1:14). Y lo que los apóstoles habían experimentado personalmente, trataron de compartirlo con otros, para que ellos también creyeran y tuvieran compañerismo con El (1Jn.1:3). Esta es la piedra fundamental de la iglesia (Mat.16:16-18). Y cualquiera que no edifique sobre esta roca, edifica sobre la arena y no permanecerá cuando sobrevenga la tormenta. Entonces, aquellos que no conocen a Cristo personalmente como su cabeza, serán engañados y vanamente hinchados por sus propias mentes carnales, cayendo en muchos errores necios (Col.2:18-19). El fundamento completo de toda la fe evangélica, descansa en la gloria de la persona y los oficios de Cristo (Heb.1:2-3; Col.1:15-16). Es solamente este conocimiento de El, lo que nos conducirá a menospreciar todas las demás cosas en comparación con El (Fil.3:8-10).

Entonces, solamente una visión espiritual de la gloria de Cristo nos preservará de la apostasía de las doctrinas de gracia en el evangelio. La obra impía de satanás consiste en permitir la enseñanza de la plena doctrina acerca de la persona de Cristo, pero al mismo tiempo en hacer que parezca que El es de muy poca ayuda en el asunto de nuestra salvación. (Nota del traductor: Esta es la manera en que la doctrina de Cristo es tratada en la Iglesia Católica). Esto es pelear contra el Rey de Israel.

LA AUSENCIA DE UNA EXPERIENCIA PERSONAL DEL PODER DEL ESPIRITU Y LA GRACIA DE CRISTO PARA LA MORTIFICACION DE PECADO.

Se necesitan la sabiduría espiritual y la fe para buscar la ayuda del Espíritu y la gracia de Cristo, para mortificar el pecado, por el poder de su muerte. La razón humana no iluminada no puede entender nada de este asunto. De hecho, éste y todos los demás misterios del evangelio le son locura.

La mortificación del pecado es un deber cristiano al cual la naturaleza corrupta se opone. “Si por el Espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis” (Rom.8:13-14). Cuando los hombres están conscientes del gran poder del pecado que mora en ellos, o se entregarán a su poder como “esclavos del pecado”, proveyendo para satisfacer los deseos de la carne; o por otra parte, buscarán algún medio para mortificar y refrenar el pecado que está en ellos.

Muchos comienzan confiando en la ayuda y la fortaleza del Espíritu Santo, pero terminan confiando en sí mismos y en sus propios esfuerzos. Entonces, puesto que ya no luchan contra el pecado con la ayuda y la fortaleza del Espíritu, encuentran que el pecado es demasiado poderoso, y así terminan entregándose a sí mismos al servicio de él.

¿Porqué se someten tantas personas a las penitencias, a las disciplinas severas y las autoflagelaciones en la Iglesia Católica? Ellos lo hacen porque ignoran el verdadero y el único camino de mortificación del pecado. Este verdadero y único camino es a través del Espíritu de Cristo morando en los verdaderos creyentes. Aquellos que ignoran el camino divino para mortificar el pecado, están en peligro de no hacerlo del todo y así terminarán entregándose como siervos del pecado.

LA IGNORANCIA DE LA JUSTICIA DE DIOS.

Fue debido a la ignorancia de la justicia de Dios que los judíos trataron de establecer su propia justicia (vea Rom.10:3). Los judíos procuraron justificarse a sí mismos por la obediencia de la ley (Rom.9:31-32). Ellos pensaban que eran los únicos que sabían más acerca de la justicia de Dios, porque eran los maestros de la ley (Rom.2:17-20).

La justicia de Dios puede significar tres cosas. Puede significar la justicia de Dios mismo, puede significar la justicia que la ley de Dios requiere o puede significar la justicia que Dios ha provisto para la justificación de los pecadores. Es esta última justicia la que es predicada en el evangelio.

Pero antes de que podamos tener una apreciación verdadera de la justicia que Dios ha provisto para nosotros para nuestra justificación, debemos tener una comprensión verdadera de la justicia de Dios mismo y de la justicia requerida por su ley.

La justicia de Dios mismo.

Un entendimiento correcto de la pureza infinita y gloriosa santidad de la naturaleza divina, y de la absoluta y eterna justicia de Dios como el Señor y Juez de todos, nos enseñará cual concepto deberíamos

tener de nosotros mismos, y de nuestra necesidad de una justicia perfecta para estar en pie delante de El (Heb.12:29; Ex.34:7; Rom.1:32; Jos.24:19).

Cuando los hombres ven la justicia del carácter de Dios, y le tienen reverencia y temor, entonces no confiarán tan fácilmente en su propia justicia. Las Escrituras enseñan que hay dos clases de personas que entienden correctamente la justicia y el carácter divino. Estas son primeramente, los pecadores culpables convictos; y segundo, los creyentes santos y humildes.

Los siguientes ejemplos muestran lo que los pecadores convictos piensan de sí mismos y de su propia justicia: Adán (Gén.3:10); y otros (Isa.33:14; Miq.6:6-7). Ellos piensan en huir y esconderse de la presencia de Dios o tratan de propiciar sus pecados (lo cual no es posible), o son vencidos por la desesperación. Recomiéndeles en tal estado a que confíen en su propia justicia y ellos pensarán que usted se está burlando de ellos para incrementar su sentido de miseria y su horrible desesperación.

Los creyentes humildes y sinceros, todos reconocen que la santidad y justicia de Dios son tan altas, que nadie puede comparecer ante El con su propia justicia (Job 4:17,19, 9:2; Sal.130:3; 143:2). Es la

falta de meditación en esta verdad lo que ha conducido a muchas ideas presuntuosas acerca de la justificación de los pecadores.

Cuando las Escrituras hablan de la justificación, nos enseñan que no debemos tratar de entenderla, mientras que no nos hayamos visto como Dios nos ve (Sal.143:2; Rom.3:20). Solamente entonces podremos considerar lo que se necesita para estar en pie delante de El.

Pero los hombres, ignorando el carácter justo de Dios, piensan que Dios es como ellos, es decir, que no es tan santo en sí mismo, o que no exige una norma tan alta de santidad en nosotros. Ven a Dios como alguien que no está tan preocupado acerca de sus obligaciones y mucho menos acerca de sus pecados. Entonces, no es sorprendente que los hombres piensen que pueden ser aceptados por Dios en base a su propia justicia.

Algunos enseñan que no hay tal severidad en Dios contra el pecado, ni tal santidad en El como para provocar su ira contra el pecado. Así es que todas las ideas basadas en una justicia propia o en la justificación por obras, siempre han producido vidas caracterizadas por una norma moral muy baja.

Cuando la justificación por obras fue entronizada por el papado, antes de la Reforma, las vidas de las personas eran particularmente brutales y crueles en su impiedad. La mayoría de sus buenas obras eran simplemente un intento de aplacar a Dios y sus conciencias debido a su inmoralidad y horribles vicios.

La justificación por obras servía supuestamente para producir santidad y justicia entre los hombres, pero solamente tuvo éxito en producir injusticia e impiedad en sus vidas. La razón fue debido a que, las mismas ideas erróneas de Dios, las cuales les permitían suponer que podían ser justificados ante sus ojos por sus buenas obras, también les permitían cumplir sus concupiscencias, porque creían que Dios no sería tan duro, como para tratar sus pecados con gran severidad.

La autojusticia y la baja moralidad siempre han ido juntas. Solamente la gracia y la justificación por la fe sola en la justicia imputada de Cristo, pondrán fin al pecado. El que por una parte, conduce a los hombres a confiar en su propia justicia, en la misma manera abre la puerta para sus pecados.

La justicia la cual la ley de Dios exige de nosotros.

Si las personas estuviesen familiarizadas con la pureza, la espiritualidad y la severidad de la ley, jamás se engañarían con el sueño de que su propia justicia pudiera satisfacer sus demandas.

Pero cuando los hombres piensan que la ley de Dios se preocupa solo por el comportamiento externo y los “pecados mayores”, entonces fácilmente se excusan a sí mismos con muchas distinciones y exposiciones farisaicas de la ley. Cuando no reconocemos que el propósito verdadero de la ley es para examinarnos, a fin de ver si alcanzamos las normas de la imagen de Dios en nuestros corazones, nuestras almas, mentes y comportamiento externo (la imagen en la cual fuimos creados originalmente) es entonces que podemos estar satisfechos con nuestra propia justicia. Pero la verdad es que la ley castigará la más pequeña desviación de aquella imagen.

La justicia que Dios ha provisto para nosotros en el evangelio. (Rom.10:3-4).

Esta es la justicia “que es por fe” (Rom.9:30). La justicia de Dios es aquella justicia la cual Cristo realizó a favor de nosotros, en su vida perfecta de obediencia a la ley. También es la satisfacción perfecta que El dio a las demandas de la infinita justicia divina, a través de sus sufrimientos y muerte en la cruz. Aquellos que ignoran esta justicia, siempre tratarán de establecer la suya propia y confiarán solamente en ella. Pero cuando una persona es convicta de sus pecados, su boca es cerrada y permanece como culpable delante de Dios. Entonces, el evangelio de la justicia de Dios le es predicado (Rom.3:21-26; 5:18-19).

La persona que verdaderamente ha confiado en Cristo, como aquel que ha cumplido toda la ley en su lugar, y le ha librado de todas sus demandas para justificación delante de Dios, jamás tratará a la ligera o menospreciará la justicia de Cristo imputada en su cuenta. Cuando los hombres menosprecian, descuidan o rechazan la justicia de Cristo que fue realizada por nosotros, entonces “le crucifican de nuevo y le exponen a vituperio”.

Cuando personas dicen que ya han probado la justicia de Cristo y no encontraron nada en ella, y que ahora están confiando en su propia justicia, ellos le deshonoran grandemente y acarrearán sobre sí mismos todo el juicio y la ira de Dios, debido a su apostasía perversa.

LA FALTA DE VOLUNTAD PARA SOMETERSE A LA SOBERANÍA DE DIOS.

La soberana e infinita sabiduría y gracia de Dios, es el único fundamento del pacto de la gracia, en el cual Dios promete la salvación eterna, a todos aquellos que ponen su fe en Jesucristo para justificación. La soberanía de la sabiduría divina se manifiesta a través de todo el misterio del evangelio y es la razón para la encarnación del Hijo de Dios, y el porqué El haya sido lleno de toda gracia, para ser el Salvador de los pecadores (Jn.3:16; Col.1:19; Jn.1:16).

La sabiduría soberana y gracia de Dios, enviaron a Cristo para ser nuestro sustituto y dar el pago por nuestros pecados, siendo castigado en nuestro lugar (Isa.53:6,10; 2Cor.5:21). La elección eterna también surge de la soberanía de la sabiduría y gracia divinas (Rom.9:11,18). De igual manera, el llamamiento interno y eficaz del Espíritu, que trae a los pecadores al arrepentimiento y la fe, a través de la predicación del evangelio, también está fundado en la soberanía de Dios (Mat.11:25-26).

La justificación por la fe, es también el efecto de la sabiduría infinita y la gracia soberana de Dios (Rom.3:30). Y se puede decir lo mismo respecto a todos los demás misterios del evangelio. El amor soberano, la gracia y bondad, son derramados sobre aquellos que Dios escoge para ser salvos. Y por medio del evangelio nos es propuesta esta verdad como algo que debería ser recibido y creído.

Pero la mente inconversa, carnal y no espiritual, no se agrada con ninguna de estas cosas y se levanta en oposición a ellas. No puede tolerar la idea de que deberíamos someternos a la voluntad, sabiduría y beneplácito de Dios, aún cuando no podamos entenderlos. Entonces, para la mente carnal, la encarnación y la cruz de Cristo le son locura (1Cor.1:23-25). Los decretos de Dios respecto a la elección y reprobación son considerados como injustos y contrarios a toda religión (Rom.9:17-21). La mente carnal considera que la justificación por la imputación de la justicia de Cristo, pervierte la ley y hace que nuestra justicia sea innecesaria. En la misma manera, la mente carnal se levanta en oposición a todo el misterio del evangelio. Se opone a sus doctrinas, mandamientos y promesas porque se encuentran fundadas en la soberanía de Dios. Resiste a aquella fe que descansa en darle toda la gloria a Dios, y en creer las cosas que están por encima de la razón humana, finita y limitada. Todo el evangelio es repulsivo a la razón humana corrupta y egoísta (Rom.11:18-21).

Entonces, en oposición a la soberana voluntad y sabiduría divinas, los hombres establecen su propia “luz” interna, como la norma por la cual las verdades del evangelio deberían de ser medidas. En vez de llegar a ser “necios” y someter sus razonamientos y sabiduría a la soberanía de Dios (para ser verdaderamente sabios), ellos se han desviado en sus propios razonamientos y se han vuelto orgullosos de su necesidad.

No hay un camino más ancho hacia la apostasía que el de rechazar la soberanía de Dios en todas las cosas que conciernen a la revelación de sí mismo y nuestra obediencia. Pero los hombres rechazan el traer todo pensamiento “cautivo a la obediencia de Cristo”. De este rechazo a someterse a la soberanía de Dios en todas las cosas (incluso en nuestra salvación eterna), surgió el Pelagianismo, el Arminianismo y toda herejía que existe hoy en día.

LA AUSENCIA DE EVIDENCIAS EN SI MISMOS DE LA AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS.

Quien no ha experimentado por sí mismo las evidencias divinas que Dios ha puesto en las Escrituras, como prueba de su origen divino, no puede permanecer firme cuando surjan los problemas y la persecución. Dios solo se fija en aquellos que tiemblan ante su palabra y que reconocen su autoridad en ella. Pero en donde se carece de la experiencia personal de la autoridad divina en las Escrituras, los “indoctos e inconstantes” se atreven a “torcer las Escrituras para su propia destrucción” (2Pe.3:16); o como sucede en muchos otros, prefieren otras cosas tales como las tradiciones o los razonamientos humanos, en lugar de las Escrituras, o colocan estas cosas al mismo nivel de autoridad que las Escrituras.

Por lo tanto, no es suficiente que solo asintamos a la verdad de la palabra de Dios, a menos que hayamos experimentado también su poder y nos hayamos sometido a sus reclamos hechos en el nombre de Dios, sujetando nuestras almas y conciencias completamente a ella. Contra de esto, toda imaginación de la mente carnal se exalta a sí misma, y reclama el mismo derecho y autoridad que posee la santa palabra de Dios. El resultado de todo esto es que Dios entrega a los hombres a “un poder engañoso para que crean la mentira”, porque “no recibieron el amor a la verdad para ser salvos” (2Tes.2:10-11). Y cuando las cosas llegan a este punto, entonces satanás les conduce a un sin número de errores, que les vuelven obstinados y tercos en sus herejías.

Esta es la primera forma en que los hombres apostatan del evangelio. Ellos no encuentran ningún beneficio personal en sus doctrinas, y así rechazan aquello que fue planeado por la sabiduría infinita de Dios, y realizado por su glorioso Hijo. Ellos “crucifican de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, exponiéndole a vituperio”.

CAPÍTULO 7 LA APOSTASÍA DE LOS MANDAMIENTOS DEL EVANGELIO

La apostasía de los santos mandamientos del evangelio es en muchos sentidos, más temible y peligrosa que la apostasía parcial de la verdad. Baja tal apostasía es fácil ser endurecidos por el engaño del pecado, y al mismo tiempo pensar que no hay mucho mal y peligro en ello. Un error en cuanto a la doctrina del evangelio se nota de inmediato, y los hombres pueden advertirlo. Pero, cuando todo el mundo se está ahogando en concupiscencias y placeres, entonces, las vidas de los hombres pueden ser tan contrarias a las normas del evangelio, como las tinieblas a la luz, y mientras que no abandonen la adoración externa y sigan siendo “buenos” católicos o protestantes, nadie dirá nada para advertirlos.

Se reconoce generalmente la posibilidad de que los hombres puedan agradar a Dios y ser aceptados, a pesar de que sostengan muchos errores y malas interpretaciones acerca de la doctrina del evangelio. Pero nadie enseña que sea posible disfrutar la comunión con Dios, y al mismo tiempo vivir y morir no arrepentidos, y desobedientes a los santos mandamientos del evangelio. Pretender que los hombres pueden vivir vidas pecaminosas, sin intentar, con la ayuda del Espíritu, mortificar sus pecados y sin desear el arrepentimiento, equivale a negar la religión cristiana. Entonces, la apostasía de los santos mandamientos del evangelio, es tan peligrosa y digna de ser resistida, como lo es la apostasía de las doctrinas del evangelio. Por lo tanto, deberíamos ser advertidos más fuertemente con respecto a este peligro. La apostasía de la santidad del evangelio, deshonor a Cristo, tal como lo hace la apostasía de sus doctrinas. Pablo advirtió a Timoteo respecto a esta apostasía (1Tim.4:1) “Empero el Espíritu dice manifiestamente, que en los venideros tiempos alguno apostatarán de la fe escuchando á espíritus de error y á doctrinas de demonios” (1 Timoteo 4:1). Creo que esta advertencia dada a Timoteo, tuvo su cumplimiento en el papado, pero no se refiere solamente a ellos, sino también a los tiempos en que vivimos.

Pablo también advierte que “en los postreros tiempos”, bajo una profesión externa del evangelio, los hombres se entregarían a sí mismos a las concupiscencias más viles y a la práctica de los más abominables pecados (2Tim.3:1-5).

Puesto que esta apostasía nos amenaza a nosotros, deberíamos mantenernos firmes y en guardia para no ser sorprendidos, ni vencidos por ella. Debemos pasar “lo que resta de nuestro tiempo” con temor. No es tiempo de descuidarnos y de sentarnos bajo una seguridad falsa, si deseamos sinceramente ser protegidos de esta maldad fatal. Ninguno de nosotros pudiera decir que no ha sido advertido para velar y buscar con diligencia la ayuda de Dios.

Si estamos viviendo fielmente en obediencia al evangelio, entonces no es necesario que seamos muy sacudidos o “turbados en nuestra mentes” cuando veamos que estas cosas llegan a ocurrir. Nuestra fe está basada en la infalibilidad de la Escritura. Sus profecías y predicciones nos han advertido de antemano acerca de estas cosas. Entonces, cuando vemos que comienzan a suceder, podremos saber que estamos en “los últimos tiempos” (Mat.24:9-13,24; Hech.20:29-30; 2Tes.2:3; 1Tim.4:1-3; 2Tim.3:1-5). No hay nada más pernicioso para un creyente o para una iglesia, que el pensar que estas cosas no les pueden suceder a ellos y que por lo tanto, no tiene necesidad de velar, ni de orar por la ayuda divina.

Cuando los judíos cayeron en el error de confiar excesivamente en su templo y adoración, Dios les hizo recordar lo que pasó en Silo (cuando el tabernáculo fue establecido por primera vez al entrar a Canaán). Les advirtió de que lo que había ocurrido una vez, podría volver a ocurrir. También vemos lo que sucedió a las primeras iglesias cristianas y que tan pronto cayeron en la apostasía (Apo.2:4-5; 3:1-3, 14-17). Podemos mirar a ellos, y aprender que tan necios son todos aquellos que confían en los privilegios externos.

La doctrina del evangelio es una doctrina que conduce a la santidad.

El evangelio enseña, requiere y manda la santidad. Enseña que “sin santidad, nadie verá al Señor”.

La santidad requerida por el evangelio, es una obediencia muy distinta en su naturaleza, que aquella obediencia requerida por cualquier otra doctrina o enseñanza.

La ley natural sugiere muchos deberes importantes hacia Dios, hacia nosotros mismos y hacia los demás hombres. La ley escrita (en la palabra de Dios), nos presenta todos los deberes morales, los cuales Dios requería del hombre cuando éste fue creado. Pero hay una santidad requerida por el evangelio, la cual aunque incluye todas las demandas de la ley moral, sin embargo, es diferente en la naturaleza de la obediencia requerida, y en los motivos de esta obediencia santa. La obediencia santa, que el evangelio exige, surge de la gratitud por la salvación recibida, y no de aquella obediencia servil, la cual proviene de la búsqueda de méritos.

Junto con la doctrina de la predicación del evangelio, existe la obra del Espíritu, la cual convence a los hombres de pecado, de justicia y del juicio venidero (vea Isa.59:21; Jn.16:7-11). El Señor Jesucristo, por medio de su Espíritu, realiza esta obra dondequiera que la palabra de Dios es predicada, de acuerdo con su propósito y voluntad. A través de esta obra en sus almas, los hombres son llevados a la santidad de corazón y la santidad de vida. Por la palabra de Dios y el Espíritu de Cristo, multitudes han sido santificados y multitudes están siendo llamados fuera de la corriente del mundo y hacia la santidad de vida. Estos jamás caerán completa y finalmente de la verdadera santidad, sino que serán preservados por

el poder de Dios por medio de la fe, para salvación. No obstante, aún estos pueden caer de la obediencia de corazón a los mandamientos del evangelio y llegar a ser infructuosos en sus vidas por algún tiempo. En cada retroceso espiritual, hay una apostasía parcial la cual trae mucha deshonra a Cristo. Y nadie sabe cuando el retroceso espiritual terminará en un apostasía total.

Así también sucedió con las iglesias. Cuando las iglesias fueron recién plantadas en el mundo por los apóstoles, ellas estaban en un estado puro respecto a su doctrina, santidad externa y adoración de evangelio. Ellas fueron todas al principio, vides nobles de semilla pura, pero más tarde, se convirtieron en “una planta degenerada, de una vid silvestre”. Habiendo sido vírgenes puras desposadas a Cristo, cayeron en el adulterio espiritual. Y por su caída, dejaron de glorificar a Cristo y ya no manifestaron su poder y su eficacia en el mundo. Todas las bendiciones que deberían haber llevado a las naciones del mundo, fueron renunciadas y perdidas.

Cuando la verdadera santidad existe, y en donde su poder es manifiesto por sus frutos, es entonces que Cristo es glorificado y honrado en el mundo. Es verdad que otras cosas son requeridas de nosotros, por nuestro Señor y Rey para traerle gloria, tales como un testimonio de la verdad y la observancia de la adoración evangélica. Pero, si estas cosas no son acompañadas por una vida santa, entonces no pueden promover en ningún sentido la gloria de Cristo.

Pero en donde las iglesias y las personas que profesan el evangelio son cambiadas y renovadas en la imagen de Dios; en donde sus corazones son purificados y su conducta externa es fructífera; en donde están bajo la influencia del Espíritu de paz, de amor, de mansedumbre, de bondad, de autonegación y una mentalidad celestial, en donde son fructíferos en las buenas obras (las cuales cosas son la sustancia de la verdadera santidad), entonces verdaderamente manifiestan al mundo la gloria del evangelio y de su autor. Por estas cosas, ellos demuestran el poder, la pureza y la eficacia de su doctrina y gracia, y entonces Cristo es glorificado. En este testimonio fiel Cristo ve “el fruto de la aflicción de su alma y será satisfecho” (Isa.53:11).

Pero en donde los hombres y las iglesias son llamados por su nombre, profesan su autoridad, esperan misericordia y bendiciones de El, y al mismo tiempo quedan cortos de esta santidad o andan contrario a ella, entonces el Hijo de Dios es “crucificado de nuevo y expuesto a vituperio”.

DOS CLASES DE APOSTASIA DE LA SANTIDAD DEL EVANGELIO

Algunos rechazan la clase de obediencia que el evangelio requiere por otra clase de obediencia y otra clase de leyes. Otros aceptan las leyes y los deberes del evangelio, pero rechazan los motivos evangélicos. Esta es una clase de apostasía de la santidad del evangelio.

Otros caen totalmente de la santidad del evangelio y se entregan a sí mismos completamente a vivir pecaminosamente. Esta es aquella apostasía bajo la cual el mundo gime hoy en día, y la cual es de temerse, pudiera traer el juicio de Dios sobre el mundo. La verdadera profesión del cristianismo está perdida y puesta en ridículo por muchos. Los deberes santos, el comportamiento disciplinado, el crecimiento en la gracia y el conocimiento del Señor no solamente son descuidados, sino también menospreciados.

En muchos lugares resulta inútil buscar el cristianismo entre los cristianos.

LA APOSTASIA DE LA IGLESIA DE ROMA

Los romanistas son el ejemplo supremo de aquellos que han dado la espalda a los caminos santos de la obediencia evangélica, para andar en los caminos que ellos mismos han inventado.

Nadie se jacta de su santidad más que la Iglesia Católica Romana. Ellos reclaman que su iglesia es la verdadera debido a su santidad. Pero, debido a las vidas no santas de la mayoría de los católicos romanos (y también las vidas impías de la mayoría de sus líderes y guías principales), ellos solo señalan a algunos miembros de su iglesia como ejemplos de la santidad. Es decir, fijan la atención en los que han tomado votos de pobreza, castidad y obediencia y que se han dedicado a la vida monástica, y se han sujetado a las normas y deberes más estrictos de lo que otros pudieran alcanzar o cumplir. Solamente éstos han obtenido el nombre de “personas religiosas” entre ellos. Pero, muchos ya han descubierto la vanidad, superstición e hipocresía de las rutinas cotidianas en las cuales malgastan su tiempo. Esta no es la obediencia santa la cual es requerida y mandada en el evangelio.

Los votos romanistas de santidad no manifiestan la libertad espiritual de la santidad evangélica.

La primera cosa que la verdad hace en nuestras mentes es librarlas de todos los errores y los prejuicios (Juan 8:32). La verdad es el principio de toda santidad, ensanchando la mente y el espíritu. Y así es llamada “santidad verdadera” y “santidad de la verdad” (Ef.4:24). Entonces “donde hay el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17).

Desde la caída, los hombres son “esclavos del pecado”, se entregan voluntariamente a sí mismos a su servicio, satisfaciendo sus concupiscencias y obedeciendo sus mandamientos. En tal estado ellos son “libres de la justicia” (Rom.6:20). Ellos rehusan servir y obedecer las demandas de la justicia. Pero, donde

el Espíritu Santo obra con la palabra de verdad, los hombres son librados del dominio del pecado y llegan a ser siervos de Dios y producen frutos santos en sus vidas (Rom.6:20, 22). Entonces, se dice de los creyentes que “no habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez en temor; mas habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos, Abba, Padre” (Romanos 8:15). Ellos no han recibido “el espíritu de temor, sino el de fortaleza, y de amor, y de templanza” (2 Timoteo 1:7).

La enseñanza de toda la Escritura es que los corazones de los creyentes, por la gracia de Dios, son librados del temor del juicio, y les es concedido un espíritu libre, voluntario y gozoso que ama cumplir con todos los deberes que la santidad exige, motivados por la gratitud de las misericordias recibidas. Ellos no son motivados por el temor a cumplir sus deberes con un espíritu de servidumbre, sino con deleite y verdadera libertad de voluntad, obedeciendo gustosamente. Porque ellos han recibido el “espíritu de adopción”, entonces viven como hijos de Dios, honrando a su Padre, haciendo gustosamente su voluntad, en base a la gratitud por la gran salvación que El nos ha traído en y a través de Cristo.

Hay pruebas muy fuertes de que aquellos que se someten a los votos romanistas y a las estrictas normas de una vida monástica, y pasan sus días cumpliendo muchos deberes religiosos externos (los cuales la Iglesia Romana llama “santos”), no son libres sino gobernados por un espíritu servil de esclavitud. Ellos son obligados a comprometerse a sí mismos y a ser comprometidos por sus votos, si desean vivir en aquella comunidad monástica. Pero esto es contrario a toda comunión verdaderamente cristiana. Al obedecer estos votos, ellos no son dueños de sí mismos, libres para disciplinarse y gobernarse a sí mismos, sino que están bajo la disciplina rigurosa de otros quienes administran castigos externos cuando fallan en obedecer. *Aquellos que son siervos de hombres en sus deberes religiosos no son “libertos de Dios”* (1Cor.7:22). Tampoco tienen a Cristo como su Señor aquellos que en los asuntos religiosos se sujetan a los hombres.

Los votos y las normas religiosas que impulsan a estas personas a vivir la vida monástica y a cumplir con las estrictas reglas religiosas inventadas por los hombres, no son votos y normas requeridas por Dios o por nuestro Señor Jesucristo en el evangelio. Y la razón principal por la cual estas personas continúan en esta vida monástica, es la obediencia a su propio voto, la cual han prometido a sus superiores.

Es fácil ver que tan opuesto es este camino a la verdadera libertad espiritual, la cual es la raíz de la verdadera santidad evangélica. Los votos romanistas y sus normas para una vida religiosa son motivados por el deseo de obtener méritos, lo cual les estimula a cumplir con más disciplinas religiosas. También el deseo de lograr méritos produce un espíritu servil de esclavitud en todo lo que hacen. Y esto es debido a que ellos saben que todo lo que se haga para lograr méritos, debería ser probado, no solo por la regla estricta y rigurosa de sinceridad perfecta, sino también pesado en la balanza de la perfección absoluta. Este pensamiento destruye completamente aquella obediencia libre, voluntaria y gozosa, que nace de la gratitud por el don gratuito de la justificación y la vida eterna. Aquellos que están bajo los votos romanistas, son impulsados a obedecer por el pensamiento atormentador de que, *ellos nunca tendrán la seguridad de haber sido aceptados por Dios en esta vida y tampoco en la próxima*. Entonces, en todos sus deberes ellos son dominados por el “espíritu de temor” y no “por el espíritu de poder y dominio propio”.

Los votos romanistas y sus reglas para una vida religiosa obligan a los hombres a observar aquello que no es mandado por el evangelio, sino que es un sistema de leyes y normas inventadas por los hombres.

Algunos obedecen las reglas de Benedictino, otros de Francisco, otros de Dominico, algunos de Ignacio, etc.. Esto comprueba que todo lo que hacen, no tiene nada que ver con la santidad del evangelio, porque aquella santidad es una conformidad a las reglas del evangelio, la cual es la voluntad de Dios. Así pues, igual como los fariseos antiguos, los cuales Cristo regañó, ellos añaden deberes no ordenados por Dios. Entonces “en vano me honran, Enseñando doctrinas y mandamientos de hombres” (Mateo 15:9). No importa cuán numerosos sean los deberes inventados por la religión, ni tampoco cuán exacta y rigurosamente sean realizados, ellos solamente sirven para desviar las mentes de los hombres fuera de aquella obediencia la cual el evangelio exige. Como toda planta que mi Padre celestial nunca plantó, ellos a su tiempo, serán desarraigados y echados en el fuego (Mateo 15:13).

Uno puede cumplir con todas las reglas y votos prescritas por estos maestros y sus discípulos, sin ninguna fe en Cristo y sin ningún sentido de su amor por nuestras almas.

Por otra parte, la obediencia que el evangelio requiere es “la obediencia de la fe”. La santidad evangélica crecerá solamente de esta raíz. Y la naturaleza principal de la santidad evangélica es “el amor de Cristo”, el cual “nos constriñe” hacia ella (2Cor.5:14).

Pero ¿qué hay en todos estos votos monásticos y reglas de vida, que resulta en que sean realizados o motivados por el amor hacia Cristo? La respuesta es que nada. Los hombres pueden levantarse a la media noche para repetir un sin número de oraciones, pueden andar descalzos o vestirse de saco, pueden abstenerse de comer carne en ciertas ocasiones, pueden someterse a sí mismos y a otros a una disciplina rigurosa, y si son fuertes pueden aguantar otras cosas duras y ridículas, sin ni siquiera una gota de amor hacia Cristo o de fe salvadora en El. Todas las religiones falsas siempre han tenido algunos

feligreses entre ellos, que amaban divertir a otros con castigos y penitencias autoimpuestas.

Todo el bien que estos votos y reglas romanistas pudieran hacer, es completamente corrompido por el pensamiento orgulloso de ganar méritos y hacer obras de “super erogación” (es decir, obras que van más allá de lo que es requerido, las cuales pueden ser usadas para ayudar a otros a alcanzar la norma de méritos requeridos). Toda la idea de méritos y obras de super erogación, debilita completamente el pacto de la gracia y trata con desprecio la sangre y la mediación de Cristo y es completamente inconsistente con los principios fundamentales del evangelio.

Y cuando añadimos a estos votos todas la superstición absurda y la idolatría a las cuales los romanistas se entregan en sus devociones, entonces podemos ver, que a pesar del hecho de que Roma reclame tener una santidad y una obediencia estricta a los deberes que otros no tienen, en realidad sus mejores obras quedan muy cortas o por debajo de la norma de santidad requerida por el evangelio y sin la cual nadie verá al Señor.

LA APOSTASIA BAJO EL PRETEXTO DE LA MORALIDAD

Algunos apostatan de los mandamientos del evangelio bajo el pretexto de la moralidad. Estas personas se burlan de cualquier moralidad que va más allá de lo que ellos consideran como un comportamiento decente, tomándolo como un “fanatismo necio”.

Algunos afirman que la única obediencia que el evangelio requiere es una vida recta, decente y moral, en la cual cada persona

hace “lo mejor que puede”, pero que no tiene necesidad alguna de la ayuda de la gracia de Dios.

Aún otros, dicen que esta clase de compartimiento moral queda muy corto de la verdadera santidad la cual el evangelio requiere. La obediencia evangélica consiste del cumplimiento de todos los deberes morales, con el poder y la gracia de Cristo, para la gloria de Dios. Entonces, todos aquellos que no hacen un buen uso de las virtudes morales y los deberes morales, son desobedientes al evangelio y sus leyes.

Pero los hombres pueden hacer lo que es moralmente bueno y sin embargo, nunca hacer nada aceptable a Dios, porque no lo hacen por amor y gratitud hacia Dios (ni agradecidos por su gracia y misericordia), sino más bien, motivados por el amor propio y la alabanza de sí mismos.

La moralidad se convierte en apostasía, cuando es gobernada y dirigida por la luz de la conciencia y no por los principios del evangelio. La luz de la conciencia solo puede dirigir a los hombres hacia las virtudes morales, las cuales por la ley de la creación, son obligatorias para toda la humanidad. La sola conciencia jamás puede dirigir a los hombres hacia aquella obediencia espiritual la cual el evangelio exige.

La moralidad que nace solamente de la convicción y es realizada solamente por la fuerza de la razón, sin la ayuda especial y sobrenatural del Espíritu y la gracia de Dios, no es la obediencia que el evangelio enseña. Todo aquello que no es obrado en nosotros por la gracia de Dios, no es la obediencia evangélica y por lo tanto, no es aceptable a Dios.

La moralidad que no proviene de la regeneración espiritual y la renovación de nuestras almas, no es la santidad evangélica. Primero es necesario hacer que el árbol sea bueno y entonces también su fruto será bueno. Toda la moralidad que proviene de la naturaleza vieja (aún cuando se ore a Cristo pidiendo ayuda y afirmando que se hace para la gloria de Dios), nunca será aceptable a Dios. A menos que una persona sea regenerada y su naturaleza renovada en la imagen y semejanza de Dios, a menos que sea engendrada con la vida espiritual del cielo, que le capacite a vivir para Dios, ella no podrá hacer nada aceptable a Dios. Cualquier moralidad que no surja de este principio de gracia en el alma renovada, no es la santidad evangélica.

La moralidad reclamada por aquellos que están realmente destituidos de la iluminación interna del Espíritu (la cual les capacitaría para discernir las cosas espirituales y conocer los misterios del reino de Dios), no es la santidad del evangelio.

La moralidad que está separada de aquellas gracias evangélicas sobrenaturales y fundamentales (es decir, la gracias que son nacidas de la verdad divina revelada en las Escrituras) no es la santidad del evangelio. Las verdades sobrenaturales tales como: La mediación de Cristo y la morada del Espíritu en la iglesia como su consolador, son verdades sobre las cuales la verdadera moralidad del evangelio está basada. La moralidad separada de las doctrinas del evangelio, no es aquella santidad la cual el evangelio requiere.

Entonces, si alguien se vuelve de la verdadera moralidad evangélica a la moralidad natural, ellos han caído de la santidad evangélica y están en peligro de una irremediable apostasía.

LA APOSTASIA BAJO EL PRETEXTO DE LA PERFECCION

Algunos caen de la verdadera santidad evangélica afirmando que tienen una santidad perfecta (diciendo que su comportamiento ya es perfecto). Tal reclamo es destructivo para el pacto de la gracia, y contrario a la necesidad de la mediación de Cristo. Esto es contrario a la necesidad continua de ser limpiados por la sangre de Cristo, y a los testimonios innumerables de la Escritura y de la experiencia de todos los creyentes (vea 1Jn.1:8-10).

LA SANTIDAD LA CUAL EL EVANGELIO REQUIERE

La santidad evangélica requiere que mantengamos un combate espiritual continuo. El diablo, la carne y el mundo se esforzarán para desviarnos de la verdadera santidad evangélica hacia algo menor, lo cual no es aceptable a Dios.

Entonces, debemos “resistir” al diablo (1Pe.5:8-9). Para hacer esto, debemos vestirnos de toda la armadura de Dios (Ef.6:12-13).

Debemos “huir” de los deseos carnales que combaten contra el alma (1Pe.2:11).

“No debemos amar el mundo, ni las cosas que están en el mundo” (1Jn.2:15). Antes bien, somos llamados a vencerlo por medio de la fe, aquella fe que cree que Jesús es el Hijo de Dios (1Jn5:4-5).

Dios no aceptará un cumplimiento flojo y negligente de algunos deberes y la abstinencia de solo algunos pecados. Crucificar el pecado, mortificar las concupiscencias rebeldes, resistir al diablo, huir de los deseos carnales y no amar al mundo; son todos deberes evangélicos que deberían ser mantenidos continuamente entre tanto que estemos en este mundo.

Tal como los israelitas fueron descorazonados y desanimados por los diez espías, cuando apenas habían llegado a las fronteras de la tierra prometida, así también, muchos que no están lejos del reino de Dios son desanimados y descorazonados cuando escuchan acerca de esta guerra espiritual de por vida (Núm.13:32; Mar.12:34). Si no son cuidadosos, ellos verán a los gigantes espirituales esperándolos, pero no podrán ver el poder y la gracia de Cristo. Solamente aquellos que son verdaderamente “nacidos de nuevo” entrarán al reino de Dios y a la batalla.

Algunos tratan de entrar al reino de Dios, quienes no son regenerados, y por lo tanto no tienen la fortaleza espiritual para contender con los enemigos de la santidad. Piensan que pueden ganar tan solo por la fuerza de la carne.

Pero la carne se cansa muy pronto y pone pretextos para no continuar en algunos deberes. La carne recibe mucho apoyo de la mente inconversa, carnal y no espiritual. Primero se omite un deber, después otro, hasta que por fin se omiten todos. El deber de mantener el cuerpo en sujeción es descuidado (1Cor.9:27).

Los creyentes verdaderos serán humillados por el descuido de sus deberes y por la gracia de Dios serán restaurados a su diligencia anterior (Sal.119:176). Pero los hipócritas no serán preocupados por el descuido de los deberes evangélicos.

El pecado que mora en nuestros corazones peleará en contra de la santidad y frecuentemente prevalecerá. Tiene éxito en cansar la mente con sus continuas plegarias en favor de su viejo dominio. El hipócrita se da por vencido ante la oposición del pecado, mientras que el creyente verdadero echa mano de la promesa de que “el pecado no tendrá dominio” sobre él (Rom.6:14).

La persona inconversa ignora la verdadera forma de acudir a Cristo por la gracia y la ayuda del Espíritu, que le guardará en un estado de santidad evangélica. Entonces, tiene que pelear por sí mismo y pronto queda satisfecho con aquella santidad la cual la carne puede producir. Pero el creyente verdadero no está satisfecho con una santidad la cual pueda ser producida sin Cristo y sin su Espíritu. El creyente verdadero sabe que sin Cristo no puede hacer nada, mucho menos producir una santidad que sea aceptable a Dios (Jn.15:5).

Tal como la ignorancia de la justicia de Cristo es la razón por la que los hombres tratan de establecer su propia justicia, así también la ignorancia de como vivir continuamente por la gracia y la fortaleza de Cristo es la razón por la cual muchos aceptan una norma más baja de santidad, la cual no es ninguna santidad.

Las personas inconversas no conocen y no pueden producir el verdadero arrepentimiento evangélico. El arrepentimiento es el don de Dios (Hech.5:31, 11:18; 2Tim.2:25). Es esta gracia del arrepentimiento verdadero lo que sostiene a los creyentes a través de todas sus fallas, debilidades y pecados. El arrepentimiento es la puerta hacia la santidad y el guardián que conserva a los creyentes verdaderos en el camino de la santidad. El arrepentimiento hace esto manteniendo a los creyentes en una continua autohumillación, que nace de un sentido de la santidad y la majestad divinas, y de un reconocimiento de cuán lejos están sus mejores deberes de la gloria de Dios. Aquellos que no están conscientes de la utilidad y la dulzura del arrepentimiento verdadero, no conocen lo que significa caminar con Dios. Aquellos que no pueden saborear ningún consuelo espiritual de la gracia del arrepentimiento en sus tristezas, y aquellos que piensan que el arrepentimiento tiene que ver solamente con la ley y el temor del juicio, no vivirán en la práctica del arrepentimiento cotidiano.

La santidad evangélica requiere una obediencia constante y habitual en todos los deberes, y prohíbe cualquier concupiscencia de la mente o de la carne.

Deberíamos “perfeccionar la santidad en el temor de Dios” (2Cor.7:1). Ninguna provisión debería ser hecha para cumplir las concupiscencias de la carne (Rom.13:14). Estos son los términos de la santidad evangélica. Ni un solo deber debería ser descuidado, ni un solo pecado debería ser abrigado.

El evangelio provee alivio piadoso y perdón para todos aquellos pecados cotidianos, los cuales nos vencen a causa de nuestra debilidad (1Pe.4:1-2). Sin embargo, no permitirá que ni un solo pecado sea consentido, apapachado y amado. Una vida habitual de pecado es completamente inconsistente con la obediencia evangélica (1Jn.3:6-9).

La perfección requerida en el Nuevo Pacto consiste de: La sinceridad, la integridad, una conciencia libre de remordimiento y andar según el Espíritu en novedad de vida y no conforme a la carne (Gén.17:1; 1Jn.3:7-10).

Este es el porqué tantas personas apostatan del evangelio. Ellos no pueden ver el pecado como el evangelio lo ve, ni juzgar aquellas cosas como pecado y maldad, que el evangelio juzga como tales. Bajo estas tinieblas e ignorancia, todo tipo de sucias concupiscencias son abrigadas en los corazones de los hombres. Ellos tienen una insensibilidad voluntaria respecto a la culpa de algún pecado no mortificado. El joven rico que vino a Cristo, no tomaría su cruz para seguirle, porque el amor a las riquezas estaba en su corazón.

La bruja con la cual el Rey Saúl consultó, tenía un “espíritu de adivinación” (Nota del traductor: La versión en inglés KJV dice “espíritu familiar”). Al principio, el diablo es temido, pero cuando es bienvenido y apapachado cotidianamente, se convierte en un “espíritu familiar”. La persona engañada piensa que tiene al diablo bajo su poder, cuando la realidad es lo contrario y es él quien está bajo su dominio. Es lo mismo con cualquier concupiscencia no mortificada, se convierte en una “concupiscencia familiar”. El hombre piensa que puede controlar aquella concupiscencia y echarla fuera cuando quiera. Pero, en realidad, la concupiscencia tiene el control sobre él.

Algunas personas ignoran voluntariamente el alcance espiritual e interno de los mandamientos del evangelio. Piensan que una mente liberal, que ha sido librada por una buena educación de los temores supersticiosos, también librarán de una mala conciencia y de todos sus sentimientos de culpa. Entonces la persona educada, llega a creer que la culpa respecto a los pecados pequeños sirve solamente para promover los intereses de los predicadores. Muy pocos pueden entender la corrupción y la contaminación de pecado.

Se preguntan a sí mismos ¿Porqué debemos perturbarnos respecto a las fallas menores y triviales? Cuán fácilmente es engañada la gente por sus propias corrupciones, cuando no tiene ningún sentido de la santidad de Dios, ni de su ley. El orgullo, la ambición, la codicia, el amor del mundo, la impureza, la avaricia y la flojera, todas claman por la indulgencia de alguna forma de pecado.

Tales personas no son aprobadas por Dios y no tienen base alguna para esperar su bendición o ayuda. Un solo pecado hace que el hombre sea culpable de transgredir toda la ley (Stg.2:10). El salmista dijo que si abrigara el pecado en su corazón, entonces Dios no le escucharía (Sal.66:18).

La indulgencia de un solo pecado abre la puerta para otros pecados. La indulgencia de un solo pecado desvía el alma del uso de los medios, por los cuales todos los demás pecados deberían ser resistidos.

Muchas personas apostatan de la santidad, porque las gracias del evangelio no son altamente estimadas.

Los filósofos moralistas proclamaron su amor de la virtud, porque iba de la mano con su propio honor, gloria y reputación. Las virtudes que consideraban como las más grandes, eran aquellas que eran vistas y alabadas por los hombres. Los fariseos cumplían con su religión para ser vistos de los hombres. El amor propio y el amor de la alabanza humana era el motivo principal de toda su religión.

Pero, la mansedumbre, la bondad, la autonegación, la pobreza de espíritu, el lloro por pecado, el hambre y la sed de justicia, la misericordia y la compasión, la pureza de corazón, la honestidad y simplicidad de espíritu, la disposición para soportar y perdonar las ofensas, el celo por Dios, el desprecio del mundo, el temor del pecado y los juicios divinos sobre él, no son virtudes alabadas por los hombres.

Pero estas virtudes son las joyas preciosas del corazón que agrada a Dios.

Sin embargo, el mundo considera que son débiles, supersticiosas, tontas y triviales. El mundo no se percata de que la santidad evangélica trata con la mente y el corazón, lo cual ningún ojo mortal puede ver y por la cual muy pocos se preocupan. Las virtudes del evangelio son rechazadas en favor de aquellas virtudes las cuales el mundo tiene en alta estima.

Cuando la gran apostasía comenzó (aproximadamente en 313 D.C. con el nacimiento del Catolicismo), las iglesias se desviaron del poder y la pureza del evangelio. La primera cosa que hicieron fue conducir a la gente a descuidar las gracias principales del evangelio, tales como: La necesidad de la regeneración y la necesidad de un principio celestial de vida espiritual, animándoles a fijar su atención en obras espléndidas de amor y caridad. No importaba que sus mentes estuvieran contaminadas, sus concupiscencias no mortificadas, sus corazones orgullosos y obstinados, y sus almas destituidas de las

gracias espirituales y celestiales. Estas “gloriosas” obras externas serían vistas y alabadas por los hombres, y seguramente les traerían la inmortalidad bendita en la gloria eterna.

Ahora, habiendo hecho pedazos este velo para la hipocresía, tengamos cuidado de no descuidar los deberes externos, bajo el pretexto de fijarnos solamente en las gracias internas. Los deberes externos también son para la gloria de Dios y el beneficio de la humanidad. La verdadera santidad evangélica, no solamente purifica al hombre interior, sino que también conduce a estas buenas obras “las cuales Dios predestinó de antemano, para que anduviésemos en ellas” (Ef.2:10).

CAPITULO 8 LA APOSTASIA Y LOS MINISTROS

La pureza o la apostasía de una iglesia depende en gran parte de sus ministros, líderes, maestros y predicadores; tal como el pueblo de Israel en el Antiguo Testamento dependía de la fidelidad del sacerdocio levítico para mantener su pureza (vea Mal.2:1-9).

El ministerio santo, humilde, laborioso el cual Cristo instituyó en su iglesia fue grandemente usado para convertir a los hombres y mantenerlos en la obediencia evangélica. Su doctrina, su espíritu, su ejemplo, su vida y sus oraciones, su predicación y su dura labor fueron bendecidos y prosperados por Dios. Las vidas de estos cristianos respaldaron y demostraron el poder y la verdad del evangelio que predicaban.

Pero debido a la degeneración en los siglos subsecuentes, las fuentes de la religión cristiana fueron contaminadas por maestros corruptos, quienes fueron ejemplos tristes de pleitos, divisiones, ambiciones y mundanalidad.

Bajo el Antiguo Testamento, los sacerdotes guiaron al pueblo hacia dos distintos tipos de apostasía:

Primero, guiaron al pueblo hacia la superstición y la idolatría (Jer.23:9-15). Esta apostasía desembocó en la cautividad babilónica, en donde todos sus ídolos fueron enterrados en la tierra de Sinar (Zac.5:11).

Segundo, después del regreso de la cautividad, los sacerdotes, por su descuido, su negligencia, ignorancia y mal ejemplo, condujeron al pueblo hacia el desprecio de Dios y de las cosas sagradas. Esto comenzó en los días del profeta Malaquías (el último de los profetas bíblicos), y terminó en el rechazo de Cristo y la destrucción de aquella "iglesia" y nación. Cuando Cristo fue rechazado por el pueblo, fueron los líderes religiosos quienes les animaron a gritar: "Crucifícale, Crucifícale".

De manera similar, la primera apostasía de la iglesia cristiana fue por la superstición y la idolatría, la cual llegó a su colmo en la iglesia de Roma. Esta superstición e idolatría fue acompañada inevitablemente por un incremento de la maldad en la vida de toda clase de personas.

Muchas iglesias, que habían sido libradas de la superstición y la idolatría, cayeron en la mundanalidad, la sensualidad y un comportamiento profano, debido a que el ministerio en aquellas iglesias era mundano, sensual y profano.

Entonces, podemos ver cuán importante es el oficio del ministerio, en conservar la pureza de la iglesia y prevenir que caiga en la apostasía.

La pureza y bienestar de una iglesia, depende de la pureza y la fidelidad de sus ministros (Ef.4:11-15).

La iglesia florece o va a la decadencia en la proporción directa en que el ministerio florece o decae. Si los ministros son descuidados y corruptos, la gente caerá en la apostasía del evangelio. Las personas débiles no serán preservadas en donde los pastores son descuidados. Si los ministros no cuidan de ellos continuamente, los campos serán invadidos con toda clase de hierbas, espinos y maleza.

DEBERES IMPORTANTES DEL MINISTERIO.

Es un deber señalado para el ministerio mantener puras las doctrinas del evangelio, especialmente las que conciernen a la santidad. "Porque los labios de los sacerdotes han de guardar la sabiduría" (vea Malaquías 2:7 y Ef.4:11-15). Este fue el encargo principal que Pablo dió a los líderes de las iglesias de Efeso (Hech.20:28-30). Pablo también encargó a Timoteo que guardara la pureza del evangelio (vea 1Tim.6:13-14, 20; 2Tim.2:14-15). Y esta misma doctrina del evangelio, debe también ser encomendada a otros hombres llenos de fe y que sean capaces de enseñarla a otros (2Tim.2:1-2).

La Escritura, las mentes y los corazones de los creyentes, así como el ministerio ordenado, son los tres depósitos de la verdad sagrada.

La Escritura es guardada a salvo en contra de la oposición y los ataques del mundo y del infierno, por la providencia de Dios.

La verdad sagrada es guardada en la mente y corazón de los creyentes por medio del Espíritu de Cristo y de su gracia (vea Jn.14:16-17, 26; 16:13; 1Jn.2:20-21; Jn.6:45; Heb.8:10-11). Es la obra del Espíritu Santo preservar la verdad en la mente y el corazón de los creyentes, aún en tiempos difíciles como los de la apostasía Romanista. Así lo hizo en los días de la apostasía de Israel, cuando le parecía a Elías que solamente él quedaba de parte de la religión verdadera. Pero Dios había guardado siete mil hombres que no habían doblado su rodilla ante Baal (1Rey.19:18).

Toda la predicación y enseñanza de la verdad sagrada es confiada a los que son señalados para el ministerio. La imaginación de la Iglesia de Roma, de que la verdad sagrada se guarda en las escondidas celdas de la tradición o en tesoros fantásticos e invisibles, los cuales no requieren cuidado, ni sabiduría, ni honestidad para mantenerla pura, y que sólo ella tiene la llave para abrirlos, fue una manera por la cual la verdad y la santidad fueron echadas fuera del mundo.

El evangelio verdadero es la única raíz de donde puede crecer la santidad evangélica. Si la raíz es corrupta, el fruto también será corrupto. Es imposible mantener el poder de la santidad y la piedad,

cuando la doctrina de donde éstas provienen es desconocida, corrupta o despreciada. Por otro lado, donde los hombres están cansados de la santidad, ellos no continuarán por mucho tiempo creyendo la verdad divina. La gran oposición hecha hoy en día, en contra de toda doctrina del evangelio, es debido a que a los hombres no les gusta la santidad.

Es el deber de los ministros enseñar todo el consejo de Dios. Cualquiera que no esté dotado con la sabiduría para ver lo que es útil y benéfico para sus oyentes, de acuerdo con la necesidad de su presente estado espiritual; no sabe lo que es ser un fiel ministro de Cristo.

Es el deber de todos aquellos que son designados para el ministerio, predicar todo el consejo de Dios, como Pablo lo hizo (Hech.20:27).

Ellos deben predicar todo el consejo de Dios con cuidado, diligencia y fidelidad (2Tim.4:1-2). Como en Timoteo, estas palabras deberían sonar en los oídos de todos los ministros que desean cumplir fielmente sus deberes. ¿Acaso las almas de los hombres serán preservadas, edificadas y salvadas con menos esfuerzo que en los días de los apóstoles?

Los ministros deben predicar todo el consejo de Dios con todas sus fuerzas (Hech.6:4; 1Tim.5:17; 1Cor.16:16; 1Tes.5:12).

Los ministros deben predicar todo el consejo de Dios con oración constante (Hech.6:4). El ministerio de la Palabra que no está respaldado con la oración para su éxito, probablemente no tendrá ninguna bendición sobre él. Pablo es el ejemplo supremo de un hombre de oración (Rom.1:9-10). Es inútil vestirnos de toda la armadura de Dios, a menos que lo hagamos respaldados por la oración (Ef.6:18-19). Un ministro que predica la palabra de Dios sin orar constantemente para su éxito, probablemente está abrigando un ateísmo secreto en su corazón, y es muy improbable que su predicación produzca santidad en la vida de otros.

Es el deber de los ministros representar, a través de su vida y su ministerio, el poder y la verdad de las grandes y santas doctrinas que ellos predicán.

Es el deber de los ministros demostrar en sus vidas la mansedumbre, la humildad y el celo por la causa de Dios. Ellos deberían demostrar la moderación, la autonegación y una disposición para llevar la cruz. Sobre todas las cosas, ellos son llamados a mortificar por el Espíritu sus deseos corruptos. El rechazo hacia el mundo, la bondad y la paciencia para con todos los hombres, así como una mente celestial, deberían ser las características de un ministro de Cristo y del evangelio.

Cualquier vicio y corrupción que los hombres ven en las vidas de los ministros, no serán atribuidos a la corrupción de la naturaleza vieja que todavía permanece en ellos, sino más bien al evangelio. Entonces, en todas las cosas, los ministros deberían ser un ejemplo de buenas obras (Tito 2:7). Deberían ser ejemplos que todos los hombres puedan seguir (2Tes.3:9; 1Tim.4:12). Este es el honor al cual Cristo ha llamado a sus ministros.

Es el deber del ministerio, atender diligentemente a aquella norma y disciplina santa, la cual el Señor Jesucristo ha señalado para la edificación de la iglesia, y la preservación de su pureza, santidad y obediencia.

Muchos ministros son grandemente ignorantes de todo el consejo de Dios. Ellos no han sido fieles en guardar la verdad, la doctrina y los misterios del evangelio puros e incorruptibles. No tienen el deseo ni tampoco la capacidad de escudriñar los misterios de la doctrina de Cristo. Ellos menosprecian la difícil tarea de exponer fielmente las Escrituras. Entonces, multitudes perecen por falta de conocimiento. Ellos morirán en sus pecados, pero su sangre será demandada de las manos de los ministros infieles (Ez.3:16-21).

La mayoría de los sacerdotes en el Romanismo, son tan ignorantes como una bestia. Pero esto no les importa, porque parte de su trabajo consiste en mantener al pueblo en la ignorancia de las doctrinas de la Escritura. La situación no es mejor en la Iglesia Ortodoxa Griega. Como resultado de esta tonta ignorancia, naciones enteras que se llaman a sí mismas “cristianas”, han degenerado en un menosprecio y un rechazo hacia las cosas santas, y han tolerado inmoralidades abominables, peores que las que son toleradas por los paganos.

Puesto que la predicación del evangelio es el único medio eficaz que Dios ha designado para regenerar y renovar la naturaleza interior de los hombres, y hacer una reforma de sus vidas (negar esto sería negar el cristianismo mismo), entonces, es en vano esperar que estas cosas sean logradas, y que la belleza y gloria de la religión sea restaurada en el mundo; a menos que un ministerio capaz sea provisto para enseñar al pueblo.

Pero a través de un ministerio infiel y corrupto, tal como el que encontramos en la Iglesia de Roma, la verdad ha sido degradada, corrompida y pervertida. Y aún más, hoy en día no hay ninguna doctrina que promueva la obediencia evangélica, que no haya sido menospreciada y corrompida.

Para que la verdad sea guardada pura, debemos orar a Dios. Solamente a través de su gracia, el ministerio será capacitado para mantener la Palabra de Dios, libre de corrupción.

Muchos ministros son flojos, fríos e indiferentes en cuanto su obra. Muy pocos se entregan diligentemente, de todo corazón y con toda su fuerza y capacidad a la obra del ministerio. Muy pocos tienen celo por la gloria de Dios y una compasión sincera por las almas de los hombres.

¿Acaso puede alguien imaginarse que los deberes cotidianos del oficio sacerdotal en la Iglesia de Roma sean los medios que Dios nos ha dado en su palabra, para mantener el poder y la belleza del cristianismo? Estos deberes cotidianos de los sacerdotes consisten de cosas tales como: Permanecer en sus oficinas durante el horario canónico, escuchar las confesiones y conceder absoluciones, sin el esfuerzo más mínimo para trabajar en la palabra y la doctrina. Lo que estas prácticas romanistas hacen en realidad, es mantener a la humanidad en una seguridad falsa y en el pecado, y a los hombres les complace que sea así.

Muchos ministros son abiertamente ambiciosos, implacablemente codiciosos, orgullosos, sensuales, aborrecedores de aquellos que son buenos, y compañeros de los hombres más malvados; de esta manera manifiestan los hábitos depravados de su mente.

Cuán grande es la diferencia que vemos, al comparar a estos hombres con los apóstoles y los primeros predicadores del evangelio.

Ojalá que Dios vuelva a hacer lo que dijo en Jer.3:15 “Y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten de ciencia y de inteligencia”.

Solamente un poderoso avivamiento del ministerio evangélico, servirá para volver a la iglesia de su actual apostasía, y restaurarla a aquel estado glorioso, que verdaderamente traerá gloria a Dios en el mundo.

CAPITULO 9 OTRAS CAUSAS DE APOSTASIA

En los días de Jeremías, cuando los israelitas fueron reprendidos por sus pecados y advertidos acerca de la proximidad de un juicio de Dios, ellos clamaban: “Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste” (Jeremías 7:4). Como si dijeran: “Jeremías, tu puedes decir lo que quieras, pero nosotros somos la única posteridad de Abraham, la única iglesia de Dios en el mundo. Dios nunca permitirá que su templo y su adoración sean destruidos y que su pueblo sea echado fuera de su tierra.

La respuesta de Jeremías fue: *“Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré morar en este lugar. No fiéis en palabras de mentira, diciendo: Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es éste.... He aquí vosotros os confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. ¿Hurtando, matando, y adulterando, y jurando falso, é incensando á Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis, Vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos: para hacer todas estas abominaciones?... Andad empero ahora á mi lugar que fué en Silo, donde hice que morase mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel.”* (Jeremías 7:3,4,8-10,12, RV).

Los Israelitas fueron engañados al pensar que no importaba como se comportaban. Creían que mientras que eran el pueblo de Dios y tenían el templo y su adoración, ningún juicio podría alcanzarles. El diluvio de los juicios divinos pudiera caer sobre el resto del mundo, pero ellos pensaban que estaban fuera de peligro, en el arca de la única iglesia verdadera del mundo.

También Juan el Bautista tenía que enfrentarse con este problema. Los fariseos y saduceos decían: “A Abraham tenemos por padre” (Mat.3:9). Ellos pensaban que puesto que eran los descendientes físicos de Abraham, ellos poseían un derecho automático a todos los privilegios del pacto, sin importar cuán pecaminosos fueran en sí mismos.

Resulta claro de estos ejemplos, que entre más cerca que las iglesias o los individuos se encuentren al juicio de Dios (a causa de sus pecados), más dispuestos están a jactarse de sus relaciones eclesíasticas y sus privilegios espirituales, simplemente porque no tienen ninguna otra cosa en la cual confiar.

Si los hombres fueron capaces de excusar sus pecados en el Antiguo Testamento, bajo el pretexto de considerarse los favoritos de Dios (a pesar del extraordinario ministerio profético de Jeremías, que les advertía a no confiar en tales mentiras, y les llamaba a arrepentirse de sus pecados y a vivir vidas santas), cuánto más serán capaces de excusarse con engaños semejantes, aquellos que son enseñados a hacerlo.

Cuando hombres malvados, mundanos y esclavizados por sus concupiscencias, son recibidos y bienvenidos como miembros de la Iglesia de Cristo, y hechos participantes de todos los privilegios externos; estos solamente les hace sentirse seguros de sí mismos e impide cualquier intento para lograr que se arrepientan. Esto también anima a otros a no ser tan diligentes y celosos en la vida cristiana. Después de todo, si uno puede recibir el privilegio de tener todas las promesas del amor y el favor divinos, bajo términos tan fáciles, sin ningún esfuerzo para arrepentirse verdaderamente y mortificar el pecado, entonces ¿Para qué preocuparse por vivir una vida santa?

Cuando la iglesia de Sardis estaba realmente muerta, la mejor manera para mantenerla así, era dándole un nombre de que “vivía” (Apo.3:1).

Puesto que la iglesia de Cristo es la única sociedad en el mundo que es el objeto del amor y la gracia especiales de Dios, y si la razón principal para la administración de sus ordenanzas, es para asegurar a los hombres de que son partícipes de los beneficios de la mediación de Cristo; entonces, la forma más fácil para solapar y consentir las concupiscencias de los hombres es permitiendo que ellos participen de estos privilegios externos, mientras que permanecen como no arrepentidos y aferrados a su maldad.

El Señor Jesucristo ha establecido la obediencia evangélica como la evidencia externa de que uno es un verdadero miembro de su iglesia. La obediencia a los mandamientos del evangelio es la única condición indispensable para poder participar de los privilegios del evangelio. Todo lo que se requiere de nosotros para que seamos salvados eternamente, se encuentra en el mandato del evangelio que dice: “Arrepentíos y creed”. Los hombres no pueden tener ninguna otra seguridad externa del bienestar de sus almas, salvo la que reciben cuando son aceptados como verdaderos miembros de la iglesia, con el derecho de participar de todos sus privilegios externos.

Entonces, cuando los hombres encuentran que fácilmente pueden obtener esta seguridad, y todos los privilegios externos de la iglesia, simplemente sometiéndose a las ordenanzas, sin ninguna fe o arrepentimiento verdadero, y mientras que permanezcan todavía en sus vidas pecaminosas, entonces ¿Cuál esperanza existe de traerles al verdadero arrepentimiento y fe, los cuales resultan en una vida santa?

Esta es la forma en que satanás tuvo tanto éxito, provocando la apostasía general de la obediencia evangélica, la cual llegó a su colmo en la gran apostasía de la iglesia de Roma. Innumerables multitudes fueron traídas a una profesión externa y nominal del cristianismo, no a través de la convicción y una experiencia personal de su verdad, poder y santidad; que resulta en la paz y la seguridad de vida eterna, sino simplemente porque querían quedar bien con los gobernantes de su nación, y preservar su propio

bienestar temporal, el cual estaría en peligro si no se unieran con la iglesia. En esta manera, multitudes de ignorantes fueron rápidamente conducidos a sentir que su eternidad estaba segura, a pesar del hecho que sus vidas no alcanzaban el nivel de santidad requerida por el evangelio. Ellos fueron engañados a creer que, aunque sus vidas fueran peores que las de los paganos, y no importando cuán impura y pecaminosamente vivieran, no obstante, mientras que permanecieran en la iglesia de Roma (la cual era supuestamente la única iglesia verdadera de Cristo), estarían eternamente seguros y no perecerían. Creyendo esta mentira, ellos no veían ninguna necesidad de preocuparse con la mortificación de pecado, la autonegación, la pureza de corazón y de manos, y todos los demás deberes del evangelio. Entonces ¿Cuál esperanza existe para esperar jamás, una obediencia santa de tal tipo de personas, quienes han recibido todos los privilegios del cristianismo en unos términos tan fáciles?

La seguridad falsa a la que aquellas multitudes ignorantes fueron conducidas, fue confirmada cuando vieron a otros condenados al infierno eterno y consumidos por el fuego y la espada en este mundo, simplemente porque no eran como ellos (como lo católicos), seguros dentro del arca de la Iglesia de Roma. Cuán felices eran y cuán dignos de ser felicitados. Bajo términos tan fáciles, ellos estaban libres de peligro en el presente y libres de las llamas eternas. Y además, para satisfacer y apaciguar su culpa, encontraban alivio en las confesiones, penitencias, absoluciones y perdón de pecados, a través de hacer obras externas de gran piedad y caridad (las cuales beneficiaban al clero). Y también contaban con el purgatorio como una medida de emergencia, si uno fuese a morir sin haber hecho lo suficiente para propiciar algún pecado. Entonces, no debería maravillarnos que la mayoría de las hombres dijeran “adiós” a la santidad evangélica.

A través de estas cosas “el misterio de la iniquidad” obró hasta que alcanzó su colmo en el papado.

Por lo general, la doctrina del evangelio fue perdida, a causa de la ignorancia y los errores. Y muy pronto quedó manifiesto, cuán difícil es mantener la vida y el poder de obediencia, cuando la raíz de la santidad y las doctrinas del evangelio se secan y se corrompen. La ignorancia de la verdad y el aborrecimiento de la santidad trabajaron juntos para promover la gran apostasía.

El terreno ganado por medio de la pérdida de la verdad, fue asegurado a través de dar el nombre, el título, los privilegios y las promesas de la iglesia a toda clase de hombres, quienes jamás se habían arrepentido de sus pecados. A los hombres inconversos, les fue dada la seguridad de estar efectivamente en el estado y la condición que el Señor Jesucristo requiere, a pesar de que continuaban viviendo vidas pecaminosas. Eran verdaderos cristianos y miembros de la verdadera iglesia de Cristo, aunque no daban ninguna evidencia de ser regenerados. Cuando a uno le dicen estas cosas, entonces, ¿Porqué debería preocuparse por buscar la regeneración y la santidad de vida? Aquellos que están enamorados de sus pecados, concupiscencias y placeres, no estarán inclinados a apartarse de ellos, cuando reciben la seguridad eterna de su salvación por el simple hecho de ser miembros de la Iglesia de Roma. Y para conducirlos a confiar más en este falso sentimiento de seguridad, se les enseña que los sacramentos, solamente en virtud de ser administrados por un sacerdote, automáticamente les dan toda la gracia que necesitan para su salvación eterna. En particular, se les enseña a creer que todos aquellos que tienen boca (no importando la maldad que esté arraigada en sus corazones y vida), pueden comer la carne y beber la sangre de Cristo y así, tener vida eterna con base a las palabras de Cristo (Jn.6:53-54). En éstas y otras maneras, los pecadores más viles fueron asegurados de que recibirían gloria e inmortalidad. Tal fue la gran apostasía de la Iglesia de Roma.

Pero la Iglesia de Roma fue aún más allá. Con el fin de incrementar más el sentimiento de seguridad y confort, el pueblo fue enseñado a creer, que el infierno y la destrucción eran solo para aquellos que estaban fuera de la iglesia. “Fuera de la Iglesia de Roma” no había salvación. Entonces, puesto que ellos estaban en la iglesia, no importaba cuán malvados fueran, la salvación eterna les pertenecía. La iglesia era como el arca de Noé. Todos los que estaban dentro del arca eran salvos y todos los que quedaban fuera, serían ahogados. Por lo tanto, siempre deberían permanecer en la iglesia, porque solo ella les podía preservar.

Nunca fue inventada, en contra de la gloria del evangelio y la obediencia evangélica, una maquinación tan malvada. Supuestos creyentes perseguían, hacían daño y destruían a otros, quienes también profesaban ser creyentes. Y esto, simplemente porque eran más santos y justos, y porque no estaban de acuerdo con algunos puntos de la fe cristiana profesada por la Iglesia de Roma. ¿Qué pudiera hacer sentir más seguros a los hombres en sus pecados, que el hecho de asegurarles que son justificados y más excelentes a los ojos del evangelio, que aquellos que los exceden grandemente en santidad y moralidad? Cuando los maldicientes, borrachos, profanos y personas impías persiguen cruelmente a aquellos que son verdaderamente santos, sobrios, templados, inclinados a la oración y a las buenas obras, entonces el cristianismo no es bien visto ante los ojos del mundo.

Pero, si alguno sintiera las punzadas de la convicción y la culpa atravesando sus mentes y conciencias e inquietándolas, entonces las confesiones, las penitencias y buenas obras apaciguarían estos sentimientos. Y si esto no fuera suficiente para aliviar su culpa, entonces, seguramente el purgatorio lo haría. Entonces, por medio de estas doctrinas impías, la mayoría de la cristiandad fue conducida a menospreciar el evangelio y a despreciar la verdadera santidad evangélica. No la entendían y tampoco la

buscaban. En cambio, una devoción ciega, deformada por múltiples supersticiones, sustituyó la santidad evangélica. Entonces, bajo el nombre de la iglesia y sus privilegios, el evangelio de Cristo fue casi perdido por completo entre los hombres.

Los mandamientos del evangelio son muy santos, sus promesas muy gloriosas y sus amenazas muy severas. Sin embargo, bajo una profesión de sumisión a este evangelio, los hombres viven peores que cualquier pagano que jamás ha conocido el evangelio. Suponer que el evangelio promueve una vida pecaminosa, es tratar el evangelio con la rebeldía más alta y desafiante posible.

Toda esta apostasía nace de la creencia de que, mientras que yo permanezca como miembro de la Iglesia Romana, no importa cuán pecaminosamente viva; estoy dentro del arca y jamás seré llevado a la perdición eterna por el diluvio.

La única manera para volverse de esta apostasía es ordenando las cosas en la iglesia, de tal manera que nadie pueda jactarse a sí mismo de ser un creyente verdadero, justificado y seguro de la vida eterna, a menos que viva en sujeción y en completo acuerdo con los mandamientos del evangelio. Pero, si el único requisito para hacerse cristiano consiste de haber nacido en cierto lugar o nación y de ser miembro de la Iglesia de Roma, entonces, tendremos que aguantar todas las maldades de esta apostasía bajo la cual el mundo gime.

LA APOSTASIA CAUSADA POR PERSONAS QUE OCUPAN ALTAS POSICIONES EN LA IGLESIA Y QUE VIVEN VIDAS PECAMINOSAS Y MALVADAS (Jer.23:15).

Las vidas escandalosas de muchos papas y prelados, han arrastrado a muchos al ateísmo. Si los líderes religiosos no son ejemplos de santidad, sino que viven vidas irreligiosas, inmorales y malvadas, descuidando sus deberes, rehusando reprender los pecados flagrantes y aún peor, alabando a aquellos que los cometen, entonces, una generación completa de supuestos cristianos, pronto serán corrompidos y depravados. ¿Qué sucederá con los siervos cuando los mayordomos son malvados? (Mat.24:48-51).

Puesto que los miembros de la Iglesia Romana son advertidos a no ser más sabios que sus maestros, y a obedecer fielmente a sus sacerdotes siguiendo su ejemplo, entonces, en la mayoría de los casos no pueden y no quieren ver ninguna razón por la cual deberían ser mejores que ellos, o caminar en otros caminos diferentes de aquellos usados por sus líderes.

Bajo el Antiguo Testamento los hijos de Elí, el sumo sacerdote, vivieron vidas inmorales y profanas y como resultado, la mayoría de la nación fue pronto corrompida y los juicios de Dios sobrevinieron (1Sam.2:12-17).

Después de quedar bajo la protección del imperio romano, la gran apostasía de la Iglesia de Roma fue promovida por el orgullo abierto, la ambición, los pleitos y la mundanalidad por parte de sus prelados y papas.

Los hombres compraban para sí mismos los privilegios de la iglesia, dando riqueza y honor a personas que no eran mejores que ellos, pero que poseían el nombre y el título del “clero” o “guías de la iglesia”. Y cuando las cosas se empeoraron en la Iglesia Romana, las vidas inmorales e impías de los papas, prelados y otros (pecados agravados aún más debido a la alta posición de poder y dignidad que poseían), condujeron a la gente a toda clase de corrupción y degradación.

El mundo juzga a la iglesia por sus líderes y guías, por lo tanto éstos deberían ser ejemplos eminentes de santidad. Deberían manifestar en sus vidas, la gracia del evangelio con toda humildad y mansedumbre. Deberían manifestar el desprecio hacia el mundo, incluso hacia sus placeres sensuales y la soberbia de la vida. Deberían predicar la palabra con todo celo y diligencia. De lo contrario, la apostasía del poder y la santidad del evangelio continuará de mal en peor.

LA APOSTASIA PROMOVIDA POR LA PERSECUCION

No tengo en mente aquella persecución contra la cual los creyentes son advertidos a esperar del mundo, la cual nunca ha sido la causa de la apostasía, sino más bien ha redundado para la gloria de la iglesia. Más bien me refiero a las horribles y crueles persecuciones de los humildes y piadosos creyentes, a manos de la Iglesia de Roma. Esta persecución fue profetizada en el libro de Apocalipsis. En este libro está profetizado que una iglesia apóstata y cruel, perseguiría, destruiría y mataría a todos aquellos que no se sometieran a su apostasía. Debido tanto a su idolatría y a su crueldad, esta iglesia apóstata es llamada Babilonia. Se nos dice que cuando Babilonia es destruida: “En ella fué hallada la sangre de los profetas y de los santos, y de todos los que han sido muertos en la tierra” (Apocalipsis 18:24). Entonces, cualquiera que persigue a una persona debido a su fe en el evangelio de Cristo (no importando el pretexto que pudiera usar), se une a aquella iglesia apóstata la cual está destinada a ser completamente destruida.

Nuestro Señor Jesucristo vino a restablecer aquel amor hacia Dios que se había perdido de nuestra naturaleza humana. Vino a salvar las vidas de los hombres, no a destruirlas. El vino a librarlos de un estado de enemistad y de aborrecimiento mutuo y a conducirlos a un estado de paz y amor. Entonces ¿Puede algún hombre en su sano juicio, imaginarse que haciendo daño, encarcelando, multando, desterrando, matando y destruyendo a los hombres, por la simple razón de su fe en Cristo, o porque adoran a Cristo en una forma distinta (puesto que están convencidos de que así deben adorarlo), manifiesta verdaderamente la gloria de Cristo, el Príncipe de paz y amor? ¿No estará manifestando por el contrario, que el cristianismo es feroz, cruel, opresivo, vengativo y sangriento?

Entonces, cuando la humanidad (basándose en lo que vieron y escucharon) fue convencida de que ésta era la verdadera religión, y de que enseñaba a los hombres a perseguir y destruir a aquellos que no estaban de acuerdo con ella, entonces ya habían perdido el evangelio y todos sus beneficios. Pero esta religión perseguidora, en vez de manifestarse como la verdadera religión de Cristo, se manifiesta más bien como la religión del anticristo. Y cuando en cualquier tiempo, esta clase de persecución prevalece entre los “cristianos”, entonces, no se deja ninguna sombra o apariencia del cristianismo entre los hombres. Todo el amor, la caridad, la paz, la mansedumbre, la misericordia, la compasión y la bondad hacia toda la humanidad, las cuales son las verdaderas credenciales de los creyentes evangélicos, desaparecen y en su lugar surgen la ira, los pleitos, la venganza, las malas sospechas, las falsas acusaciones, los tumultos, desórdenes, la fuerza y todas las cosas malas.

Cualesquiera que sean las ventajas que algunos afirman que han sido traídas a la iglesia a través de estas persecuciones, ciertamente han sido mil veces más ventajosas a las fuerzas del error, para romper la moralidad cristiana.

LA APOSTASIA APOYADA Y PROMOVIDA POR LOS PECADOS NACIONALES

“¡Todo el mundo lo hace!” La mejor evidencia de que la predicación del evangelio ha sido generalmente aceptada en una nación, puede ser vista por el éxito que ha tenido en refrenar los pecados nacionales. Si los pecados nacionales no son refrenados hasta cierto punto, si las mentes de los hombres no son conducidas a volverse de ellos y a velar en contra de ellos; si la culpa de estos pecados no es reconocida, y si pretextos son inventados para excusarlos (como por ejemplo: “todo el mundo lo hace”); entonces, cualquier profesión que la nación hiciera de ser cristiana vendría a ser vana e inútil.

Pablo declaró que el pecado nacional de los cretenses, era el de decir mentiras (Tito 1:12-13). Entonces, no importando la profesión que los cretenses hicieran de ser una nación cristiana, si ellos continuaban mintiendo, su profesión de fe sería falsa y el evangelio no podría ser recibido en su poder vivificador. No importa su profesión del cristianismo, si el pueblo no es librado de los pecados nacionales, entonces no permanecerán sanos en la fe por mucho tiempo, ni tampoco serán fructíferos en la obediencia.

El pecado nacional de los judíos era la dureza y la obstinación de la cual Dios se quejaba continuamente. Entonces el buen rey Josías fue alabado “porque su corazón era tierno” (2Crón.34:27). Josías no estaba bajo el poder del pecado común de su pueblo. La alabanza fue aún mayor, porque era difícil encontrar a uno con el corazón tierno. Y ¿Qué podemos decir de los pecados comunes de nuestra nación? ¿Acaso no es la gratificación de los apetitos sensuales, comiendo, bebiendo y regocijándose? Y así como el rico insensato en la parábola enseñada por Cristo ¿No es toda nuestra labor para satisfacer nuestras concupiscencias y placeres? (Luc.12:13-21).

¿Nos ha librado el evangelio de este pecado? Solamente vistiéndonos de toda la armadura de Dios, podremos defendernos contra este pecado nacional.

En los días de Isaías, era difícil para los creyentes individuales, mantenerse en pie en contra de la marea de la opinión pública. La gente temía permanecer sola, defendiendo lo que sabían que era correcto. Pero los pocos que lo hicieron, tales como Isaías y su familia, fueron tratados como objetos de desprecio y de burla, como “señal y presagio en Israel” (Isa.8:11-18). Solamente haciendo de Dios su temor (vea Isa.8:13), pudieron vencer el temor de ser burlados y rechazados por la multitud.

Algunos son conducidos a los pecados nacionales por la educación corrupta, otros por la flojera, la negligencia y un sentido falso de seguridad. Algunos sucumben ante los pecados nacionales debido a que “todo el mundo lo hace”.

Los pecados nacionales vuelven a la gente en contra de la obediencia del evangelio. Y si los pecados nacionales son excusados y solapados por aquellos que profesan ser cristianos, entonces el cristianismo, con respecto a las costumbres, hábitos, vanidades, vicios y la vida cotidiana, es rebajado al nivel del paganismo. Los pecados nacionales corroen el corazón y el poder del cristianismo, permitiendo solamente un “show” externo y tan solo la forma de piedad.

El evangelio cristiano fue designado para hacer renunciar a los hombres: “de la impiedad y los deseos mundanos, y a vivir en este siglo templada, y justa, y píamente” (Tito 2:12). Entonces, en donde esto no es realizado, se debe a que por lo general, el evangelio no ha sido recibido o porque los hombres han apostatado de él.

El evangelio viene a una nación como un campesino trabajando en un campo silvestre o en un bosque lleno de espinos y abrojos. El evangelio comienza a desarraigar y a quemar los espinos y abrojos, plantando en su lugar semillas buenas y nobles. Pero, muy pronto, la tierra silvestre y estéril, se convierte en un campo fructífero. Pero después de un tiempo, si no hay un cultivo continuo y cuidadoso, la tierra producirá otra vez por sí misma, la maleza, los espinos y los abrojos que naturalmente producía. Y éstos, brotando abundantemente, ahogan las plantas buenas, y después de un tiempo, el campo fructífero se torna nuevamente en un campo silvestre.

Entonces, todo lo que se necesita para promover la apostasía, es permitir que los vicios nacionales (que por un tiempo fueron refrenados por el poder del evangelio), vuelvan a apoderarse de los corazones del pueblo y así, impidan y ahoguen las gracias del evangelio.

LA APOSTASIA CAUSADA POR LOS ERRORES ACERCA DE LA BELLEZA Y GLORIA DE LA RELIGION CRISTIANA

Bajo el Antiguo Testamento, la gloria de la religión verdadera estaba en el templo, los sacrificios y las vestimentas del sumo sacerdote. Todas estas cosas eran visibles ante sus ojos.

Bajo el Nuevo Testamento, la gloria de la religión verdadera descansa en la obra interna del Espíritu Santo, renovando nuestras naturalezas, transformándonos en la imagen y semejanza de Dios,

produciendo los frutos de su gracia en una vida justa y santa. La mansedumbre, la humildad y la benignidad son las marcas de un comportamiento verdaderamente cristiano. Pero, muy pocos son capaces de discernir la belleza, la gloria y el honor de estas cosas. Y en donde la gloria espiritual del evangelio no es vista, entonces, inevitablemente, es menospreciada y abandonada, poniendo alguna otra cosa en su lugar. Generalmente, lo que es puesto en su lugar es algo inventado por el hombre, y de esta manera es promovida la apostasía de la santidad evangélica.

Por naturaleza los hombres no pueden ver más belleza en el poder espiritual del cristianismo, que lo visto por los judíos en la persona de Cristo cuando lo rechazaron (Isa.53:2). Entonces, dejando la sabiduría de Dios declarada en la Escritura, ellos la han sustituido con sus propias invenciones.

El ministerio de la iglesia en vez de ser humilde, santo, laborioso, lleno de las gracias y los dones del Espíritu, y que no busca el honor y el respeto del mundo, sino solamente el honor que proviene de Dios; éste se volvió pomposo, ambicioso y se vistió de vestimentas mundanas y ostentosas que no fueron prescritas por la palabra de Dios. Y en vez de una adoración simple, sin ostentamientos y espiritual (cuya vida y excelencia descansa en la obra invisible y eficaz del Espíritu Santo, manifestándose en la mansedumbre, la autonegación, la mortificación del pecado y los frutos de justicia), ellos lo sustituyeron por formas externas y por una adoración visible la cual era más aceptable al mundo, pero la cual no era aprobada por Cristo.

Así entonces, la gloria del cristianismo fue corrompida por la grandiosidad pomposa de los sacerdotes de la iglesia, junto con una adoración ceremonial y ostentosa, bañada con supersticiones e idolatría. La gente continuaba viviendo en pecado y tranquilizaban sus conciencias a través de enriquecer a la iglesia, y de esta manera beneficiando al clero con edificios espléndidos y ofrendas generosas.

Una vez que el mundo fue persuadido de que la verdadera gloria de la religión cristiana consistía en estas cosas, y que ellas les permitían en la indulgencia de sus concupiscencias y pecados, entonces la verdadera santidad y obediencia fue cada vez más descuidada y menospreciada. Pero aún vendrían cosas peores. Entre el clero surgieron celos y pleitos de ambición acerca de quienes deberían obtener las mejores posiciones de importancia en la iglesia, y todo esto condujo a los paganos a menospreciar el cristianismo como una religión corrupta y depravada.

LA APOSTASIA PRODUCIDA POR SATANAS MISMO (el gran apóstata).

El diablo, el más grande de todos los apóstatas, tiene como su meta principal, destruir a la iglesia de Cristo en la tierra, y si no puede lograr esto, entonces tratará de corromperla totalmente y convertirla en “su” iglesia.

Como un león, el diablo rugía furiosamente contra la iglesia con sangrientas y violentas persecuciones. Pero al fallar en sus intentos de destruirla, entonces se introdujo en la iglesia como una serpiente venenosa. Y una vez dentro, secreta y gradualmente envenenaba las mentes de muchos con pensamientos vanos de poder y ambición, y con amor por la alabanza y los honores mundanos, y supersticiones. De este modo, les volvió del poder espiritual y la simplicidad del evangelio, engañándoles tal como había engañado a Eva en el principio (2Cor.11:3). A veces se transformaba como un ángel de luz (2Cor.11:14-15). El diablo no solamente envenenaba e inflamaba las concupiscencias de los hombres, sino que también los desviaba del evangelio con sugerencias y pretensiones de mayor piedad y devoción. En esta forma, “el misterio de iniquidad” obraba y tenía éxito (2Tes.2:7).

Esta obra del diablo fue tan exitosa que los cristianos fueron entregados al poder de las concupiscencias sensuales o hundidos bajo el poder de la superstición. Pero cuando los hombres se entregaron a sus engaños, rechazando la verdad y la santidad del evangelio, entonces Dios les entregó al poder del diablo, para ser engañados y endurecidos para su ruina eterna (2Tes.2:11-12). Entonces la apostasía llegó a su cumplimiento final bajo el papado. Y bajo los mismos engaños, satanás obra todavía en las iglesias de hoy, conduciéndolas nuevamente a la gran apostasía de la cual habían sido libradas en la Reforma.

LA APOSTASIA CAUSADA POR LAS DIVISIONES EN LA IGLESIA Y POR LA INUTILIDAD DE LOS CREYENTES

El Señor Jesucristo dijo a sus discípulos que todos podrían saber que eran sus discípulos, si se amaban los unos a los otros (Jn.13:35). Este sería un gran testimonio a la realidad de su fe en Él, en su doctrina y de la sinceridad de su obediencia. Cristo oró por esta unidad genuina y amor entre sus discípulos (Jn.17:20-21).

Entre aquellos que profesaban el evangelio, los efectos felices y los frutos de estos mandamientos fueron grandes por un tiempo. Su amor mutuo era un argumento convincente, que apoyaba el poder, la santidad y la doctrina que profesaban. Donde hay unidad y amor, hay paz, orden, utilidad y toda buena obra. Pero en donde estas cosas faltan hay pleitos, envidias, confusión, desorden y toda mala obra.

Algunos de los creyentes primitivos pelearon entre sí, pero estos fueron pronto sanados por el espíritu de la autoridad apostólica y el amor que prevalecía entre ellos (Hech.11:1-18; 15:1-29).

Pero más tarde las cosas empeoraron y las primeras señales visibles de la degeneración en el

cristianismo fueron vistas en pleitos, divisiones y desacuerdos, especialmente entre sus líderes. Estas divisiones y pleitos fueron realizados con un espíritu tan malo de orgullo, ambición, envidia y malicia, que aún los paganos bromeaban acerca de ellos diciendo que de todas las personas en el mundo, los cristianos eran las personas más dispuestas a discutir y a no hacer caso de los puntos de vista de otras personas.

Entonces, cuando un partido ascendió al poder, ellos arrebataron la espada de la violencia de manos del paganismo (la cual ya se había manchado con la sangre de muchos mártires santos), y comenzaron a perseguir con gran crueldad a los cristianos que no estaban de acuerdo con ellos. Y fue solamente debido a la providencia y misericordia de Dios, que el evangelio no fuese aborrecido por todos los hombres como la causa de estos conflictos y maldad.

Pero ¿Acaso no es lo mismo hoy en día, entre aquellos que reclaman una estricta adherencia a la verdad del evangelio? ¿No es cierto que, pareciera que hay algunos que no tiene nada que hacer, salvo andar creando divisiones? Algunos parecen deleitarse solamente en meterse y participar en las llamas de estas divisiones. Las divisiones surgen en base a las diferencias teológicas más pequeñas entre los cristianos. Debido a esto, el cristianismo ha perdido una gran parte de aquella autoridad en el mundo, y su capacidad para refrenar las mentes y las conciencias de los hombres, quienes nunca han gustado el poder verdadero del evangelio.

También, una gran ofensa es hecha al mundo, por la inutilidad de muchos cristianos. Los cristianos deberían ser una bendición para todos, pero no lo son. Hay un espíritu de egoísmo en muchos creyentes. Se contentan a sí mismos con abstenerse de algunos pecados y con la adoración de Dios, pero hacen muy poco para ayudar a otros. Algunos serán benignos, serviciales y bondadosos hasta cierto punto. Ellos se preocupan por los de su propia casa o su propia iglesia. Pero en cuanto al amor, la preocupación, la generosidad y una disposición para ayudar a todos de acuerdo a su capacidad, aún a los peores hombres, esta clase de amor no se encuentra entre los cristianos. Toda clase de excusas son antepuestas para justificar esta falta de amor cristiano. Pero si somos cristianos, debemos “abundar en amor para con todos” (1Tes.3:12).

Haciendo bien a todos, siendo útiles en todo, mostrando bondad hacia todos, es la forma principal a través de la cual podemos mostrar nuestra obediencia sincera al evangelio. Un solo cristiano de esta clase tiene más valor para la causa del evangelio, que miles que viven solo para sí mismos.

Si los hombres del mundo no pueden ver ningún bien proveniente de los cristianos, sino solamente odio y pleitos, entonces, no es sorprendente que no tengan ningún deseo de tener comunión con nosotros. Si los hombres vieran que cuando alguien se convierte a Cristo, que inmediatamente se vuelven tiernos, misericordiosos, amables y buenos para con todos, esto dejaría una impresión favorable del cristianismo.

EN RESUMEN:

Todos los que profesan ser cristianos pero no viven vidas santas, en realidad están renunciando la obediencia a los mandamientos de Cristo y despreciando sus promesas, y prefiriendo en su lugar los placeres del pecado. Tales personas declaran que no han encontrado nada atractivo en los mandamientos de Cristo, tampoco ninguna felicidad en guardarlos, ni seguridad en sus promesas, ni valor en las cosas prometidas en comparación con el mundo y los placeres del pecado.

Entonces, algunos mandamientos del evangelio, tales como el amor mutuo son rechazados y reemplazados con una pasividad inofensiva, “yo no hago daño a nadie”. Pero cuando aquella vigilancia de los unos por los otros, con amor, ternura, junto con la mutua amonestación, con exhortaciones y consuelos (cosas las cuales el evangelio enfatiza frecuentemente) no solamente son descuidadas, sino tan grandemente menospreciadas; cuando aún la mera mención de estos deberes es tratada con desprecio y desdén, como si fuera pura hipocresía. ¿Cómo pudiéramos causar a Cristo más deshonra y menosprecio?

Continuando su profesión externa del cristianismo, los hipócritas falsamente representan a Cristo y al evangelio ante el mundo, y así “le exponen a vergüenza y a vituperio”. Continuando en el pecado y pretendiendo obedecer a Cristo, y diciendo que en Cristo han puesto su esperanza de vida eterna, ellos declaran que Cristo aprueba sus pecados y que su evangelio permite y excusa su forma de vida pecaminosa.

CAPITULO 10 LA APOSTASIA DE LA ADORACION EVANGELICA

Nuestro Señor Jesucristo instituyó una solemne adoración de Dios la cual debe ser continuada sin alteración hasta el fin del mundo. La principal razón de porqué creó y preservó a su iglesia es la de que esta adoración sea celebrada. Esta es aquella gloria pública la cual Dios requiere de los creyentes en este mundo. Todos los demás deberes pudieran ser realizados por los hombres por sí mismos, aún si no existiera tal cosa como una iglesia. Por lo tanto, aquella iglesia que no tiene cuidado para que la adoración que Cristo ha mandado sea realizada, no ha entendido una de las razones principales de su propia existencia.

La apostasía de la adoración evangélica sucede en dos formas. Sucede por descuidar y rehusar la observancia de lo que Cristo ha señalado, o por añadir formas de adoración inventadas por nosotros.

Algunos han apostatado de la adoración del evangelio por hacer solamente algunas cosas que tienen la apariencia de lo que Cristo ha mandado. Ellos son conducidos por lo que consideran conveniente y por una supuesta luz interior. Pero las ordenanzas del bautismo y la cena del Señor, las cuales son una gran parte de la adoración espiritual de la iglesia, las rechazan.

La razón principal de que algunos hayan rechazado las ordenanzas, es debido a que no representan aquella fe falsa y la obediencia fingida que ellos han sustituido, en lugar de la verdadera fe y la obediencia evangélica. Las ordenanzas del evangelio representan para nosotros (a través de símbolos externos y visibles), las doctrinas del evangelio que creemos. El bautismo representa la regeneración. Pero si no creemos que existe tal obra espiritual como la regeneración, y si no vemos la necesidad de tal obra, entonces el bautismo se vuelve sin ningún significado y será abandonado.

La ordenanza de la cena de Señor representa para nosotros (a través de símbolos externos y visibles), la muerte de Cristo. Ella nos llama a recordar su sufrimiento como nuestro sustituto por nuestros pecados, el sacrificio que el hizo de sí mismo, la propiciación y reconciliación con Dios que El hizo, sellando el Nuevo Pacto con su sangre. Pero si rechazamos estas doctrinas, entonces esta ordenanza

carece de significado y es también rechazada.

Solamente cuando las doctrinas del evangelio son verdaderamente creídas, estas ordenanzas serán un deleite y un gozo, y llegarán a ser los medios principales por los cuales Cristo tiene compañerismo con su pueblo, trayéndoles consuelo, paz y seguridad a sus corazones.

Otra razón por la cual las ordenanzas del evangelio son descuidadas, es la falta de iluminación espiritual, para ver más allá del velo de los símbolos externos y visibles, hacia la realidad espiritual que representan; además de la falta de fe para tener comunión con Dios en Cristo, a través de ellas.

La adoración evangélica es puramente espiritual. Pero en las ordenanzas hay elementos los cuales son externos y visibles, y hay motivos para temer que muchos no van más allá de lo visible y externo, y no participan de la adoración espiritual de Dios por medio de ellas. Las ordenanzas fueron mandadas por Cristo para conducir el alma a la comunión íntima con Dios.

Por lo tanto, si queremos recibir provecho espiritual del uso de las ordenanzas, debemos someter nuestras almas y conciencias a la autoridad de Cristo en ellas. Debemos confiar en la fidelidad de Cristo para que traiga a nuestras almas, la gracia y la misericordia representadas visiblemente por los símbolos de estas ordenanzas. Las ordenanzas no aprovecharán a aquellos que no han recibido por la fe aquellas promesas que Cristo ha relacionado con ellas. Y a menos que nos sometamos a la autoridad de Cristo en las ordenanzas, entonces, no podemos decir que realmente creemos en sus promesas. Pero debemos entender hasta cierto punto, la relación mística que existe entre los símbolos externos y visibles, y el Señor Jesucristo mismo, si queremos beneficiarnos de ellos y continuar conscientemente en su práctica.

Pero en donde no existe el entendimiento y la fe en las doctrinas que las ordenanzas representan, entonces no es sorprendente que sean abandonadas y la gente deje la verdadera adoración espiritual del evangelio, trayendo gran deshonra al Hijo de Dios, quien es el autor y Señor de toda adoración evangélica.

Hay otra manera en que los hombres apostatan de la adoración evangélica, y esto es rechazando su simplicidad y pureza, por una adoración supersticiosa e idólatra (2Cor.11:3). Hay grados de apostasía de la pura y verdadera adoración evangélica. Pero en la Iglesia de Roma la verdadera adoración evangélica ha sido totalmente corrompida y pervertida. No hay ni siquiera una sola ordenanza o institución de Cristo la cual ellos no hayan corrompido, y la mayoría de ellas están tan corrompidas como para destruir por completo su naturaleza y su propósito original.

Al dar a su iglesia tales ordenanzas, el Señor Jesucristo manifiesta que es su religión y que solo el tiene autoridad sobre ella. Entonces, cambiar las ordenanzas de Cristo e introducirlas en una forma distinta, para un propósito completamente diferente, es declararse a uno mismo un anticristo, y exponer a Cristo a vergüenza pública. Esto es lo que la Iglesia Católica de Romana ha hecho, y así se ha declarado a sí misma como un anticristo.

Cuando los hombres se volvieron carnales, habiendo perdido el espíritu, la vida y el poder del evangelio, ellos se vieron obligados a introducir una adoración carnal, visible, pomposa y externa. Tal

como los israelitas lo hicieron en el desierto, cuando dijeron a Aarón: “Haznos dioses que vayan delante de nosotros” (Ex.32:1).

Así pues, la gran apostasía cristiana, encontrando que todas los símbolos visibles y externos de la adoración veterotestamentaria fueron quitados, y ahora siendo dejados sin imágenes visibles de la presencia de Dios, entonces becerros idólatras y supersticiosos fueron puestos en su lugar, siendo todo adaptado a una adoración carnal y no espiritual. Tal es la adoración instituida e inventada por la iglesia de Roma.

Pero debido a que muchos en aquellos días eran verdaderamente espirituales y santos, quienes adoraban a Dios en espíritu y en verdad, esta adoración idólatra tenía que ser introducida lentamente durante un largo período de tiempo. Entonces así, “el misterio de la iniquidad” obraba para destruir la verdadera y pura adoración evangélica.

CAPITULO 11 LOS PELIGROS DE UNA APOSTASIA EXTENDIDA Y GENERALIZADA

“Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga” (1 Corintios 10:12).

Pablo recuerda a los creyentes en Roma de la apostasía judaica, la cual resultó en que Dios les cortara. Ahora, los gentiles habían sido injertados en lugar de los judíos, y como consecuencia de esto estaban comenzando a jactarse contra ellos, debido a que estaban orgullosos de ocupar su lugar.

Pablo dice: “No te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron quebradas para que yo fuese ingerido. Bien: por su incredulidad fueron quebradas, mas tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, antes teme. Que si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco no perdone.”(Romanos 11:18-21).

Algunos piensan que la preservación de la religión verdadera es la obra del ministerio ordenado. Entonces, no se preocupan porque piensan que no es su responsabilidad.

Pero, cada creyente es responsable de ver que el poder y la santidad de la verdad sean mantenidos en su propio corazón y vida. Solamente así, la apostasía será refrenada. Si el pueblo no es santo, entonces las iglesias no serán santas y tampoco la nación.

Otros no niegan que la apostasía actual es algo muy extendido, pero están seguros de que ellos no apostatarán del evangelio. Piensan que otros necesitan ser advertidos, pero no ellos.

Estos, se olvidan del ejemplo de Pedro. El jamás pensó que negaría a Cristo, pero estuvo completamente equivocado. Más tarde, en su primera epístola, Pedro advierte a los creyentes a no vivir presuntuosamente, como si nunca pudiesen apostatar. No solamente deberían vivir con temor, sino también santificar al Señor en sus corazones, y siempre estar dispuestos a dar una respuesta de la esperanza que está en ellos, con mansedumbre y temor (1Pe.1:17; 3:14-15).

PRIMERA ADVERTENCIA

Considere qué tan extendida está, esta apostasía. La ignorancia, profanidad y la mundanalidad, manifiestan como la gente ha abandonado al Señor, cuán pecaminosa es la nación, cuán cargado está el pueblo de iniquidad y cuánto han provocado a ira al Señor (Isa.1:4-6).

Si se nos advirtiera de que hay una epidemia en el país, y que algunas personas ya han muerto por esta causa, estaríamos justamente preocupados y tomaríamos precauciones para no ser contagiados. Pero si la epidemia estuviese esparcida por todas partes y miles fueran muertos por ella, entonces seríamos muy necios si viviéramos presuntuosamente, creyendo que nosotros seríamos protegidos sin tomar ninguna precaución.

Muchos están siendo endurecidos por “el engaño del pecado”. ¿Acaso no estamos nosotros en peligro de ser endurecidos también? Nuestras almas tienen en sí mismas, los mismos principios de amor hacia el mundo y el pecado, igual como aquellos que han apostatado de Cristo. ¿Acaso somos mejores o más fuertes que ellos para resistir las tentaciones hacia la apostasía? Somos necios si no nos despertamos a una vigilancia más cuidadosa en este tiempo de gran peligro espiritual.

SEGUNDA ADVERTENCIA

La apostasía actual está acompañada por un gran peligro.

Cuando una epidemia está desapareciendo, el peligro de contraer la infección ya no es tan grande. Pero cuando la epidemia se está extendiendo rápidamente, entonces el peligro es muy fuerte.

Hoy en día, todos están de acuerdo en que el estado del mundo se está volviendo cada vez peor. ¿Cuáles evidencias existen de grandes avivamientos que estén volviendo a las naciones al evangelio, y a los pueblos a vivir santamente?

La mayoría de nuestra nación, rechaza el evangelio verdadero. La influencia de Roma se está incrementando mucho. La verdad bíblica pierde terreno cada día, mientras que las sectas heréticas crecen y se aumentan.

¿Es este un tiempo para estar seguros y descuidados? ¿No podemos encontrar acaso una incipiente apostasía en nosotros mismos? ¿No hay evidencias de un decaimiento del celo y el amor en nuestros corazones? ¿Podemos decir que nunca hemos descuidado nuestros deberes cristianos? ¿No existe ninguna tibieza en nosotros o en nuestra iglesia? (Apo.3:15-17). ¿Acaso tenemos nombre de que vivimos, pero en realidad estamos espiritualmente muertos o cerca de la muerte? (Apo.3:1).

El gran peligro de esta apostasía es que viene en una forma tal, que hace pensar a los creyentes y a las iglesias, que no se está esparciendo ni incrementando, sino más bien menguando.

TERCERA ADVERTENCIA

No sabemos cuán lejos llegará esta apostasía, ni qué altura alcanzará. Dios puede poner fin a ella en cualquier momento. Pero, habiendo sido provocado por la ingratitud de un mundo malvado, ninguno de nosotros sabe cuánto tiempo detendrá Dios las poderosas influencias de su Espíritu. El mundo entero (hasta donde sabemos) pudiera convertirse a la religión del papado, y esto pudiera suceder bajo la ayuda y la guianza de aquellos que dicen adherirse a la verdad bíblica. Por otra parte, el mundo pudiera volverse tan corrupto, que ya no habría diferencia en la religión que se profesara.

Pero, hay dos verdades que nos pueden traer consuelo en este tiempo de apostasía generalizada:

La primera verdad es: “Conoce el Señor a los que son suyos” (2Tim.2:19). Sus elegidos serán preservados y jamás será permitido que caigan en una apostasía permanente y final.

La segunda verdad es que Dios ha señalado un tiempo cuando El pondrá fin a toda apostasía. “Porque la tierra será llena de conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren la mar” (Hab.2:14).

Algún día, El derramará sus plagas de juicio contra Babilonia, y los reinos de este mundo vendrán a ser los reinos de nuestro Señor Jesucristo, y El reinará para siempre jamás (Apo.11:15). Pero cuándo serán estas cosas y que ocurrirá antes de que sean cumplidas, no lo sabemos. Por lo tanto, debemos velar para que no seamos alcanzados por esta gran apostasía.

CUARTA ADVERTENCIA

Considere cuán insidiosamente y engañosamente esta apostasía se introduce en las vidas de la gente, conduciéndoles a apartarse del evangelio.

La apostasía tiene muchas formas sutiles e insidiosas para engañar a las almas inestables. Puede alcanzarnos en nuestro trabajo, en nuestro hogar, a través de la familia, en nuestras diversiones o por medio de nuestras posesiones.

La incredulidad, la naturaleza engañosa del pecado, las concupiscencias y los deseos corruptos, la flojera espiritual, el amor del dinero y el afán de este siglo, todas estas cosas están allí, dispuestas a seducirnos a abandonar el evangelio y caer en la apostasía. Por lo tanto debemos: “Dejar todo el peso del pecado que nos rodea” (Hebreos 12:1). Debemos cuidar “Que en ninguno de vosotros haya corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo: Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice Hoy; porque ninguno de vosotros se endurezca con engaño de pecado” (Hebreos 3:12-13). Debemos también “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor: Mirando bien que ninguno se aparte de la gracia de Dios, que ninguna raíz de amargura brotando os impida, y por ella muchos sean contaminados; Que ninguno sea fornicario, ó profano, como Esaú, que por una vianda vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue reprobado (que no halló lugar de arrepentimiento), aunque la procuró con lágrimas” (Hebreos 12:14-17).

Satanás está listo para corromper nuestras mentes y envenenar nuestros deseos. El es como un león rugiente, buscando a quien puede devorar (2Cor.11:3; 1Pe.5:8).

Algunos han caído en la apostasía “creyendo herejías de perdición y negando al Señor que los rescató” (2Pe.2:1). Algunos han sido conducidos a la apostasía por la superstición y la idolatría y otros por el desprecio a los misterios del evangelio. La ambición, el orgullo, el amor del mundo, el descuido de los deberes espirituales y morales, la sabiduría carnal, las concupiscencias sensuales, las dudas y la indiferencia hacia las cosas divinas y sobrenaturales, la alabanza y la popularidad del mundo con su espectáculo y pompa vana (lo cual conduce a las personas a amar los placeres más que a Dios), todas estas cosas son los caminos por los cuales la apostasía infecta peligrosamente y engaña a la gente.

Entonces, nosotros no debemos ser engañados. “No erréis, las malas compañías corrompen las buenas costumbres” (1 Corintios 15:33).

Serpientes y escorpiones yacen por todas partes cerca de nuestros pies. Trampas y artimañas han sido preparadas para que caigamos en ellas. Todos aquellos que escapan de algún mal, están en peligro de caer en otros. ¿Cómo escaparemos de caer en una apostasía tan grande, si somos descuidados en un solo deber?

QUINTA ADVERTENCIA

Hay una apostasía la cual es irrevocable y que termina en la ruina eterna del alma.

Nadie, de acuerdo con la regla del evangelio, puede estar en un estado del cual no pueda ser salvado. Dios no permite a ningún hombre que sea el juez soberano y absoluto de sí mismo. Tal cosa le quitaría la prerrogativa divina de juzgar y colocaría al pecador en el lugar de Dios mismo. La persona que se desespera diciendo “Yo soy mi propio dios en este asunto. He pecado gravemente y me he juzgado a mi mismo. He perdido eternamente la salvación. No veo como la bondad de Dios pudiera jamás mostrar

gracia y misericordia hacia mí”. Esta mala actitud ha sido reprendida por Dios en ocasiones salvando de ella a grandes apóstatas. Pensemos por ejemplo en el caso del Rey Manasés (2Crón.33:10-13).

Sin embargo, hay una apostasía de la cual es imposible que la persona sea restaurada y recuperada. Existe aquella clase de apostasía en donde los medios de gracia solamente pueden producir los espinos y abrojos de la incredulidad y el desprecio del evangelio (Heb.6:4-8). Y existe aquella clase de apostasía en donde la gran salvación es voluntariamente rechazada y menospreciada en sus ordenanzas (Heb.10:26-29).

Todo los retrocesos, si no somos cuidadosos, pueden conducirnos a este estado de apostasía irrevocable. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no solapar ningún pecado, y tampoco abrigar ni una sola concupiscencia pecaminosa.

SEXTA ADVERTENCIA

Considere la naturaleza y la culpa de la apostasía total y la severidad de Dios contra tales apóstatas.

La apostasía total de Cristo y su evangelio es un pecado más grande que el de los judíos que crucificaron a Cristo. A los judíos que crucificaron a Cristo, el evangelio les fue predicado y muchos de ellos se arrepintieron y fueron salvados. Pero Dios no tiene otro evangelio que ofrecer a aquellos que lo rechazan totalmente; tampoco tiene otro Cristo para propiciar el pecado de su apostasía. Por lo tanto, no existe posibilidad alguna de salvar a tales apóstatas.

EVIDENCIAS QUE ADVIERTEN RESPECTO AL PELIGRO DE UNA APOSTASIA TOTAL

Primera evidencia: La pérdida de toda apreciación de la bondad, la excelencia y las glorias de la verdad del evangelio, es la primera señal de peligro. Tal como los judíos no vieron nada en Cristo que les motivara a desearlo, así también la persona que va en camino hacia la apostasía total, comienza por no ver nada en el evangelio como para desearlo. Junto con esta señal, existe también el amor por el pecado y los placeres de este mundo. El deleite en Cristo y su evangelio se disminuye, si no es que se pierde totalmente.

Segunda evidencia: La primera señal muy pronto da lugar a la pérdida de la convicción de que el evangelio es verdadero y de origen divino. Las evidencias que Dios ha puesto en su evangelio para probar la verdad de su origen divino, y todos los argumentos a favor de la verdad, ya no hacen ningún impacto ni tienen autoridad. Ahora el evangelio es visto como “fábulas artificiosas”. La persona ya no da asentimiento a la verdad y se convierte en un incrédulo. Ya no siente ningún respeto por la Escritura.

Tercera evidencia: Enseguida viene el desprecio hacia las cosas prometidas por el evangelio. Motivado por el odio hacia Cristo, el apóstata rechaza y menosprecia las promesas y priva eternamente a su alma de ellas. Prefiere más bien no tener a Dios, que tenerlo a través de Cristo. Este es uno de los pecados más provocativos. No es posible hacer un reproche mayor a Cristo que éste, no dándole el honor por su verdad y su poder. Los judíos que crucificaron a Cristo no pudieron ser acusados de ninguno de estos pecados.

Cuarta evidencia: El apóstata puede rechazar totalmente la religión cristiana a cambio de otra, o pudiera rechazar el evangelio y la pureza de su adoración a cambio de la doctrina supersticiosa y la adoración idólatra de Roma. Esto trae gran deshonra a Cristo, quien por su gracia nos libró de estas maldades en la época de la Reforma. Por otra parte, el apóstata puede rechazar totalmente a Dios, ya no buscando agradarle en ningún sentido, ni viviendo para El. Ahora, sus propias concupiscencias y deseos son su “dios”. El vive solamente por los placeres del mundo, prefiriéndolos en lugar de Cristo y sus promesas, y menosprecia así con desdén todas las advertencias (Fil.3:18-19).

Quinta evidencia: Al despreciar a Cristo y la pureza de su religión, el apóstata desprecia y rechaza también al pueblo fiel de Cristo. Los grandes apóstatas se han convertido casi siempre en grandes perseguidores, tanto en palabra como en hechos, en conformidad con su poder y capacidad. Todos aquellos que aman a Cristo, aman también a su pueblo. Todos aquellos que odian a Cristo odian también a los que son suyos. Aquellos que continúan creyendo el evangelio, son menospreciados por los apóstatas como débiles y necios. Entonces, el apóstata deja el compañerismo de los creyentes (1Jn.2:19).

Sexta evidencia: Finalmente, los apóstatas menosprecian al Espíritu de Dios y toda su obra en la dispensación del evangelio (Heb.10:29).

El Espíritu Santo es aquel que fue especialmente prometido bajo la Era evangélica. La promesa del Espíritu Santo es el privilegio especial y la gloria del evangelio. El Espíritu fue enviado por el Cristo resucitado y exaltado (Hech.2:33). Su obra completa consiste en glorificar, exaltar a Cristo y hacer que su

obra mediadora sea eficaz en las almas de los hombres. El Espíritu Santo es la vida y el corazón del evangelio. Por lo tanto, apostatar del evangelio muestra una especial enemistad en contra de El y de su obra.

Cuando los apóstatas han “pisoteado al Hijo de Dios” y han “tenido por inmunda la sangre del testamento, en la cual fueron santificados”, entonces ellos insultan y “afrentan al Espíritu de gracia” (Hebreos 10:29).

Séptima evidencia: La apostasía total se muestra a sí misma en una abierta profesión y declaración de odio en contra del evangelio, hasta el punto que sea consistente con los intereses mundanos. Los intereses seculares pudieran impedir que sea conveniente o sabio manifestar abiertamente que uno ha rechazado a Cristo y su evangelio. Pero cuando la apostasía está muy esparcida y es popular, entonces el apóstata manifestará sus verdaderos colores traicioneros sin vergüenza.

Entonces, estas son las siete evidencias o señales de la apostasía total, de las cuales debemos tener mucho cuidado.

La apostasía total resulta en que sea inconsistente para la santidad justicia y fidelidad de Dios, la renovación para arrepentimiento de tales personas, quienes son plena y abiertamente culpables de este pecado. Algunos hombres que han probado las verdades del evangelio y han tenido algunas convicciones de su verdad y excelencia, rechazan obstinadamente el único camino de salvación que Dios ha provisto para los pecadores. Entonces, han menospreciado a la bendita Trinidad y a cada persona divina que tiene su parte en la obra de salvación. En su fidelidad y santidad, Dios no quiere, ni tampoco puede tener misericordia de tales pecadores presuntuosos. Dios puede soportar y por un tiempo soporta a los malvados apóstatas en este mundo. Y esto lo hace sin mostrar ninguna señal visible de su desagrado, porque su justicia queda satisfecha en los juicios espirituales que envía sobre ellos. Pero Dios solamente los tolera como “vasos de ira preparados para destrucción”, “cuya perdición no se duerme” (Rom.9:22; 2Pe.2:3). Estas cosas pueden ser suficientes para advertir a los hombres del peligro de la apostasía. Advertirán a todos aquellos que las consideren, y a quienes aún no están endurecidos por el engaño del pecado.

A todos aquellos que temen que pudieran haber caído en un estado de apostasía irrevocable, debido a que se sienten espiritualmente muertos y estériles, y han descuidado sus deberes espirituales a causa de los placeres pecaminosos, y se encuentran en un estado de desesperación, les ofrezco las siguientes consideraciones.

Todos los retrocesos espirituales son peligrosos. Ninguno que se encuentre en tal estado puede tener una seguridad de paz y consuelo de Dios o de sus promesas. Por lo tanto, arrepentíos y “Buscad á Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase á Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:6-7).

Si usted está espiritualmente consciente de la maldad de su retroceso espiritual, entonces usted está todavía en una condición de la cual pudiera recuperarse. Nadie está más allá de la esperanza de salvación, hasta que esté más allá de toda posibilidad de arrepentirse. Y nadie está más allá de la posibilidad de arrepentirse, hasta que esté completamente endurecido contra todas las convicciones del evangelio.

Cristo llama a los hombres a que se arrepientan de sus retrocesos espirituales y ayudará a aquellos que le buscan de todo corazón (Apo.2:5; 3:1-3). Dios ha prometido restaurar y sanar todos los retrocesos espirituales de los creyentes (Os.14:4).

Si estos puntos no son suficientes para animarle a arrepentirse de sus retrocesos, entonces hay motivos para temer que usted irá de mal en peor, hasta que el poder del pecado tenga un dominio completo sobre su vida. No importa cualquier excusa que usted anteponga para no arrepentirse, la verdad es que no quiere arrepentirse y esto es debido a la incredulidad o debido a que usted ama los placeres del pecado, más que a Dios.

Entonces, si su retroceso de los caminos de la santidad y la obediencia no ha surgido de un rechazo de Cristo y del evangelio, y si usted no ha escogido alguna otra religión o el pecado en lugar de Cristo, entonces tiene muchos motivos que le animan a arrepentirse y a usar todos los medios evangélicos que le traigan a una recuperación espiritual. Pero el mandato de arrepentirse es tan urgente, como la orden dada a Lot de abandonar Sodoma (Gén.19:15-16). No es momento para dilatarse y pensarlo, no hay tiempo para demoras.

Pero si alguno dijera: “¿Qué debo pensar acerca de mis continuas y repetidas fallas? Nunca he alcanzado la norma de santidad requerida por el evangelio y entonces mi condición es igual a la de aquellos que han caído de la santidad evangélica. El pecado tiene dominio sobre mí. Estoy siendo continuamente vencido por algún pecado, y ahora se ha convertido en un hábito.”

A esto respondo que hay tres cosas que usted necesita saber acerca del pecado:

Primero, existe el poder cautivador del pecado (Rom.7:23). Bajo el poder cautivador del pecado, la voluntad en todos sus deseos e inclinaciones está decididamente en contra del poder del pecado, de tal modo que lucha y sufre, porque está consciente de su cautividad ante el pecado. Esta cautividad (debili-

dad) a la ley del pecado, no significa que la persona realmente cometa pecados, sino más bien se refiere a la lucha en contra del pecado que sucede en su corazón. De esta condición, nadie está completamente libre en este mundo (Rom.7:24).

Segundo, existe el poder vencedor del pecado (2Pe.2:19). Los hombres son “siervos de corrupción” en el sentido de que son “vencidos” por el pecado y “sujetos a la servidumbre”. No se entregan voluntariamente al servicio del pecado, sino que son vencidos por su poder.

Tercero, existe un estado en el cual los hombres, estando bajo el poder del pecado, se entregan a sí mismos voluntariamente a su servicio, a pesar de la oposición de su conciencia (Rom.6:16-19).

Entonces, todos aquellos que se quejan de estar bajo el poder de algún hábito pecaminoso el cual no pueden vencer, parecen estar bajo el poder de pecado y ser sus siervos, porque frecuentemente cometen pecados específicos. Y esto es así, a pesar de toda la luz y convicción que tienen, así como de todos sus esfuerzos para librarse.

Si este es el caso, entonces ellos están en un gran peligro. Si algún remedio no es encontrado, ellos jamás tendrán la seguridad de ser creyentes verdaderos. Si usted es tal persona y ha tratado de romper este hábito pecaminoso, pero ha fallado, entonces, busque alguna persona espiritualmente capacitada que le pueda ayudar.

“Confesaos vuestras faltas unos a otros” (Stg.5:16). Por las maquinaciones de satanás, esta práctica fue abusada y convertida en la necesidad de confesar todo pecado a un sacerdote (quien supuestamente tenía el poder de absolución). Esto produjo innumerables males y arruinó las almas de los hombres, desviándoles del verdadero propósito de este mandato, el cual simplemente animaba a los creyentes a buscar la ayuda de otros. “Por tanto, si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala, y échala de ti: que mejor te es que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mateo 5:29-30).

Usted tiene que echar mano de este hábito pecaminoso y sacarlo de su vida. Usted tiene que cortarlo y echarlo fuera. Usted debe rechazarlo en sus primeras tentaciones. Trátelo como si fuera algún ladrón o alguna persona malvada que quiere que usted sea su compañero. No le dé su consentimiento (Sal.50:18; Prov.1:10-19). Rechácelo como un alcohólico debería rechazar el vino (Prov.23:31), o como un hombre moral rechazaría a una mujer inmoral (Prov.5).

También, todas las razones por las cuales este hábito debería ser conservado, deben ser rechazadas. Evite todos los lugares y las personas en donde este pecado es permitido y en donde usted podría tener dificultades para resistirlo (Prov.4:14-15).

Finalmente, ore sin cesar por la gracia de Dios para poder vencer el poder de este hábito. Cuando las manos de Moisés se cansaban, Amalec prevalecía. Pero cuando las manos de Moisés permanecían levantadas en oración, Amalec era derrotado. Ese hábito pecaminoso es su Amalec, y pudiera ser el medio que Dios está usando para enseñarle a usted el poder de la oración, y para introducirlo en el hábito de orar. Pudiera ser también que ese hábito pecaminoso fuera “un aguijón en la carne” para mantenerlo humillado y hacerle sentir su debilidad y su gran dependencia de la gracia de Cristo (2Cor.12:7-10).

CAPITULO 12 DEFENSAS EN CONTRA DE LA APOSTASIA

Si queremos defendernos contra todas las tentaciones de apostatar entonces debemos preocuparnos en primer lugar por la gloria de Dios.

Cuando Dios amenazaba con dejar a Israel en el desierto a causa de su incredulidad al rehusar entrar a Canaan, entonces Moisés mostró su gran preocupación por la gloria del santo nombre de Dios. Si Dios dejara a su pueblo ¿Qué dirían las otras naciones? Dirían que Dios los dejaba porque no era capaz de cumplir su promesa de introducirlos en la tierra prometida (Núm.14:11-19).

Sucedió lo mismo con Josué cuando, después de la derrota milagrosa en Jericó, el ejército israelita fue derrotado en Hai. ¡Cuán preocupado estaba Josué por la gloria de Dios!

Josué oró: “¡Ay Señor! ¿qué diré, ya que Israel ha vuelto las espaldas delante de sus enemigos? Porque los Cananeos y todos los moradores de la tierra oirán, y nos cercarán, y raerán nuestro nombre de sobre la tierra: entonces ¿qué harás tú á tu grande nombre?” (Josué 7:8-9).

Esta apostasía tan esparcida en la actualidad, es grandemente deshonorosa para la gloria del gran nombre de Dios. ¿Quién glorificará el nombre de Dios, si todo su pueblo fiel cae en la apostasía? ¿Cuántas naciones que una vez fueron receptoras del evangelio están ahora infestadas y dominadas por el Islam, el paganismo y el ateísmo? ¿Cuán preocupados estamos nosotros por la gloria del santo nombre de Dios?

Miles de nuestra propia nación quienes se identifican a sí mismos como cristianos, lo son solamente de nombre. Tienen solamente la forma externa de piedad, pero no hay ninguna realidad en su vidas. Ellos ponen la religión cristiana en menosprecio ante los ojos del mundo. ¿Cuán preocupados estamos acerca de esto? ¿No está siendo el glorioso nombre de Dios deshonrado por esta hipocresía tan esparcida? ¿Está siendo el nombre de Dios glorificado cuando tantas de nuestras iglesias han apostatado de las doctrinas, la adoración y la obediencia del evangelio?

¿No nos preocupa el hecho de que tantos cristianos están apostatando de la verdad del evangelio y regresando a las

supersticiones e idolatrías de Roma? ¿Acaso esto glorifica el nombre de Dios? ¿No deberíamos gemir y clamar a causa de todas estas abominaciones? (Ez.9:4) o ¿Acaso tendremos la actitud de Galión de no preocuparnos acerca de estas cosas? (Hech.18:17).

Dios puso una señal en la frente de todos los hombres que gemían y clamaban, a causa de todas las abominaciones que se estaban cometiendo en Jerusalén y en el templo. Estas personas disfrutaban de la protección y el cuidado especial de Dios, cuando sus juicios estaban siendo ejecutados sobre la tierra. Entonces, si nosotros estamos preocupados por la gloria del nombre de Dios y gemimos en secreto a causa de la abominación de la apostasía (la cual como una epidemia mortífera, está destruyendo las vidas espirituales de miles, y deshonrando el nombre de Dios), entonces, disfrutaremos también de su cuidado especial y protección. El nos guardará cuando la apos

tasía nos tiente a abandonar el evangelio. Su señal será sobre nosotros (Ez.9:4).

Si queremos defendernos de todas las tentaciones de apostatar, entonces debemos orar continuamente, reclamando las promesas de la palabra de Dios para la restauración de la gloria, el poder y la pureza de la religión cristiana.

Debemos estar como los guardias sobre los muros de Jerusalén, que no callaban de día y de noche. Nosotros que nos acordamos de Jehová, no debemos cesar ni dar tregua, hasta que ponga el evangelio en alabanza en toda la tierra (Vea Isaías 62:6-7).

No hay nada difícil para Dios. El puede enviar la paz, la verdad y la justicia a todo el mundo. El puede derramar justicia hasta que la tierra se abra y produzca salvación (Vea Isa.45:8). Si esto fuera dejado a la voluntad depravada de los hombres, entonces nunca terminaría esta apostasía. Solamente la gracia soberana y eficaz puede poner fin a esta apostasía y traer una gran avivamiento.

Si queremos defendernos de todas las tentaciones de apostatar, debemos contender ardientemente por la fe que fue una vez dada a los santos (Judas 3).

No debemos ser desanimados por el desprecio y el desdén que el mundo y los apóstatas hacen a la verdad evangélica. Debemos dar un testimonio fiel al evangelio, no solo por nuestras palabras, sino también por nuestras vidas. Debemos vivir vidas santas, justas y fructíferas, “Teniendo buena conciencia, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean confundidos los que blasfeman vuestra buena conversación en Cristo” (1 Pedro 3:16).

Si queremos defendernos de todas las tentaciones de apostatar, debemos vigilar cuidadosamente nuestros corazones.

“Sobre toda cosa guardada guarda tu corazón; Porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23). Este fue el consejo de Salomón y debería ser nuestra mayor preocupación. Es más importante guardar nuestros corazones en las verdades del evangelio, que guardar nuestra posesiones en una casa bien protegida.

Si nuestros corazones están decididos a glorificar a Dios, entonces el fruto será el disfrute de El para siempre. Pero si nuestro corazón está decidido a apostatar, entonces el fruto será el infierno eterno. Cuando la Escritura habla de la palabra “corazón”, se refiere a todas las facultades de nuestras almas.

Debemos vigilar cuidadosamente nuestros corazones porque: “Engañoso es el corazón mas que todas las cosas, y perverso” (Jer.17:9). “El que confía en su corazón es necio” (Proverbios 28:26). Recuerde al apóstol Pedro. El confiaba en su propio corazón y terminó negando a Cristo. ¿Acaso somos mejores que él?

Debemos vigilar cuidadosamente nuestros corazones para que confíen solamente en Cristo para ayuda y consuelo. Pedro fue guardado de la apostasía total por la oración de Cristo: “Mas yo he rogado por ti que tu fe no falte: ...” (Lucas 22:32, RV)

Tenemos un sumo sacerdote que se compadece de nuestras debilidades, porque fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Por lo tanto, debemos acercarnos confiadamente al trono de la gracia para encontrar misericordia y gracia para el oportuno socorro. (Heb. 4:15-16).

Aferrémonos también a la promesa de Cristo: “Porque has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación que ha de venir en todo el mundo, para probar á los que moran en la tierra” (Apocalipsis 3:10).

Entonces, todos aquellos que quisieran ser guardados del poder de las tentaciones a apostatar, deberían guardar sus corazones para que confíen solamente en Cristo para su ayuda y fortaleza.

Debemos vigilar cuidadosamente nuestros corazones respecto a su progreso espiritual en santidad o su retroceso en ella. Aquel que no vigila su propio corazón, se expone a sí mismo al peligro de la apostasía. Debemos examinar nuestros corazones con la palabra de Dios, porque solamente ella puede discernir sus pensamientos e intenciones (Heb.4:12-13).

Si queremos defendernos de todas las tentaciones de apostatar, debemos tener cuidado de no confiar en los privilegios externos de la iglesia.

Es una misericordia especial el ser encomendados con los privilegios de la iglesia y las ordenanzas del evangelio.

La adoración y sus ordenanzas bajo el Antiguo Testamento eran gloriosas porque habían sido dadas por Dios. A los israelitas les fue confiada la palabra de Dios (Rom.3:2). Bajo el Antiguo Testamento, la adopción, la gloria, el pacto, la ley y las promesas, todo ello fue encomendado a los israelitas (Rom.9:4-5). Pero en comparación con la adoración del Nuevo Testamento, los privilegios del ministerio veterotestamentario no tenían ninguna gloria. (2Cor.3:10).

Entonces, aquellos que desprecian las ordenanzas del evangelio son completamente extraños a la santidad evangélica. ¿Cuál santidad puede existir cuando la gente vive en al desobediencia abierta a los mandamientos de Cristo? Las ordenanzas del evangelio nos han sido dadas por Cristo, para nuestro beneficio espiritual y como un medio de compañerismo con El. Por lo tanto, nada debería disminuir su gloria, ni tampoco deberían ser menospreciadas y desdeñadas por un descuido pecaminoso de ellas.

Aquel que sabe como usar las ordenanzas del evangelio para su crecimiento espiritual, es un creyente que está floreciendo espiritualmente. Las ordenanzas son los únicos medios ordinarios por los cuales Cristo comunica su gracia a nosotros y por los cuales también nosotros le damos nuestro amor, nuestra alabanza, gratitud y promesas de lealtad y obediencia. Por lo tanto, es cierto que nuestro crecimiento o retroceso en santidad, nuestra fidelidad o la apostasía de nuestra profesión de fe, son grandemente afectadas por el uso o el abuso de estos privilegios.

Pero no debemos confiar en estos privilegios como un medio de salvación o como si ellos fueran capaces de protegernos de caer en la apostasía. Confiando en el hecho de que ellos observaban diligentemente estas ordenanzas, muchos han sido engañados por una seguridad falsa, y de este modo han terminado en la apostasía.

La religión de algunos no es más que el mero hecho de asistir a la iglesia durante la celebración de aquella clase de oración que les gusta. A través de esto, ellos satisfacen sus conciencias, especialmente si se les permite participar de las ordenanzas y de esta manera se aseguran externamente de que son verdaderos cristianos.

Algunos se contentan a sí mismos con el mero hecho de oír la palabra predicada, pero no tienen ninguna intención de examinarse a sí mismos a la luz de esa palabra. Entonces, pronto se olvidan de lo que escucharon y son como el hombre que se miró en el espejo y pronto se olvidó de lo que vio (Stg.1:23-24). Si esto no fuera así, no sería posible que tantos escuchan la palabra, pero muy pocos son traídos a una sincera obediencia de corazón.

Debemos tener cuidado de no engañarnos a nosotros mismos, pensando que no caeremos en al apostasía porque tenemos dones espirituales.

Algunos confían en los dones de otros y en la ayuda y consuelo que reciben de ellos.

Otros confían en sus propios dones, su luz, su conocimiento, sus habilidades espirituales para orar o hablar de las cosas de Dios.

Pero los dones no guardarán a la gente a salvo de la apostasía. Jesús nos dijo esto muy claramente en Mateo 7:22-23. Y cuando los setenta regresaron de su gira exitosa regocijándose de que aún los

demonios les estaban sujetos en el nombre de Cristo, él les dijo que no se regocijaron de sus dones espirituales, sino más bien de que sus nombres estuviesen escritos en el cielo (Luc.10:17-20).

Los dones espirituales son para la confirmación del evangelio y la edificación espiritual de la iglesia. Pero los dones no traen la salvación y pueden ser dados a aquellos que no conocen nada de la gracia en sus corazones. Entonces, es necesario que todos aquellos que han recibido dones espirituales, no miren en ellos la evidencia de ser verdaderamente regenerados, sino más bien, miren a las gracias espirituales (frutos). Algunos han sido engañados al pensar que tienen gracia, cuando solamente tienen dones. Entonces, la presencia de dones espirituales nos puede conducir a pensar que todo está bien, cuando en realidad una gran apostasía está sucediendo.

Los dones sin gracia no tienen influencia en el alma y solo obran en tiempos especiales y en ocasiones especiales. Pero la gracia afecta a la persona entera todo el tiempo y en todos sus deberes. La gracia obra una obediencia santa en el alma, pero los dones no. Los dones no son y nunca podrán ser el medio para que crezcamos en la gracia, y tampoco pueden decirnos si estamos retrocediendo hacia la apostasía.

Por lo tanto, tenga cuidado de pensar que debido a que usted tiene dones espirituales, usted nunca caerá en la apostasía.

También debemos tener cuidado de tener en muy alta estima alguna manera especial de adoración, que nos convenza de que nosotros estamos en lo correcto y todos las demás formas de adoración están equivocadas. La verdadera adoración es siempre “en espíritu y en verdad” (Jn.4:24). Pero nuestra manera de adoración pudiera no ser la única forma de expresar la adoración “en espíritu y en verdad”. Debemos tener cuidado de esa actitud que dice: “Estáte en tu lugar, no te llegues á mí, que soy más santo que tú...” (Isaías 65:5). Tal actitud muestra falta de amor, humildad, mansedumbre y falta de disposición para aprender de otros.

Entonces, aunque debemos estimar grandemente y trabajar por la verdadera reforma de la iglesia de Cristo, por la pureza de su adoración, y la administración correcta de sus ordenanzas, no obstante, debemos tener cuidado de pensar que nuestra forma es la mejor y la única manera de expresar la adoración verdadera.

Los siguientes puntos destacan algunos de los peligros que pueden surgir, cuando estimamos nuestra forma de adoración como la única forma correcta.

Los deberes privados de la religión pueden ser descuidados. Esto puede surgir de la mundanalidad, de una concupiscencia dominante o de una confianza pecaminosa de que nuestra forma de adoración es la única correcta. Cuando todas estas cosas suceden al mismo tiempo, el alma está en una condición muy peligrosa, a menos que sea despertada por Dios.

Cuando los hombres están satisfechos con la adoración externa de Dios en el culto y lo usan como un pretexto para descuidar los deberes espirituales privados, entonces están en el camino hacia la apostasía.

Una concupiscencia privada pudiera ser solapada para satisfacer la carne. Esta es una gran obra de “la pecaminosidad del pecado”. Engaña la mente de los hombres para que se justifiquen a sí mismos en algún pecado, como por ejemplo: el orgullo espiritual respecto a su adoración, el orgullo de ser llamado “padre” en sentido religioso (aún cuando Cristo lo prohibió), o el orgullo de tener una buena reputación religiosa y el orgullo de ser admitido en los privilegios de la iglesia (esto es el orgullo de ser miembro de la iglesia) (Vea Mat.23:9).

Todo esto puede resultar en una vida espiritual descuidada e indisciplinada. Si deseamos ser guardados a salvo de la apostasía, debemos tener en alta estima los privilegios de la iglesia y las ordenanzas de la adoración evangélica. Si las descuidamos o las menospreciamos, entonces estamos desechando el yugo de Cristo. Si hacemos esto, es necio esperar en su misericordia cuando desafiamos su autoridad. (Nota del traductor: La predicación y la enseñanza de la palabra deben ser incluidas como parte de las ordenanzas del evangelio, y como el medio principal para promover nuestro crecimiento en la gracia.)

Por otra parte, si nosotros confiamos en los privilegios de la iglesia y como resultado nos permitimos a nosotros mismos solapar ciertos pecados, entonces estamos en el camino hacia la apostasía.

El único camino seguro, es el camino por el cual encontramos descanso y paz para nuestras almas. Este camino no es otro que el camino de un uso cuidadoso y humilde de las ordenanzas para el crecimiento espiritual de nuestras almas.

Pruebas para darnos cuenta si estamos recibiendo beneficio espiritual de las ordenanzas del evangelio:

Estamos recibiendo beneficio de las ordenanzas, si los deseos de nuestros corazones son hechos más santos y celestiales por ellas.

El propósito de las ordenanzas es para promover nuestro crecimiento en la gracia. Cuando nosotros encontramos que la fe, el amor, el deleite en Dios, los deseos por la gracia, la santidad, el aborrecimiento del pecado, la fructuosidad en las buenas obras y en los deberes de la obediencia, el gozo en las cosas espirituales y la autonegación son vivificadas en nosotros, entonces, nuestros corazones no deberían condenarnos por nuestra falta de sinceridad, aún cuando estemos conscientes de nuestras muchas debilidades e imperfecciones.

Y aún cuando en ocasiones no experimentamos ningún beneficio para nuestras almas (debido al poder de la corrupción y las tentaciones a través de la debilidad de la carne y la incredulidad), sin embargo, nosotros podemos estar seguros de nuestra sinceridad, si nos inculpamos a nosotros mismos y nos humillamos por nuestra inutilidad. La falta de esta gracia de humildad ha conducido a algunos a despreciar las ordenanzas del evangelio, como muertas e inútiles, mientras que otros se han vuelto formales, descuidados y espiritualmente estériles. Cuando todos los velos y disfraces de la hipocresía son quitados y destruidos, entonces estas cosas serán vistas como los frutos del orgullo y el engaño de pecado.

Somos beneficiados por las ordenanzas, cuando las cosas espirituales son hechas reales y traídas cerca de nosotros. Cuando en la predicación del evangelio encontramos que Jesucristo es exhibido delante de nosotros como “crucificado”; cuando nos encontramos obedeciendo a “aquella forma de doctrina a la cual somos entregados”; cuando sentimos como si pudiéramos “palpar con nuestras manos al verbo de vida”; y cuando las “cosas que esperamos” tienen realidad en nuestras almas, entonces estamos verdaderamente recibiendo beneficio de las ordenanzas (Geal.3:1; Rom.6:17; 1Jn.1:1; Heb.11:1). Pero si nosotros nos contentamos con una asistencia formal y estamos satisfechos, aún cuando nuestros corazones no han sido tocados y calentados por las ordenanzas, entonces tenemos muchos motivos para temer.

Recibimos provecho de las ordenanzas, cuando encontramos que nos hacen más diligentes y cuidadosos en todos los demás deberes de obediencia que el evangelio nos requiere. Cuando otros deberes son descuidados y la atención a las ordenanzas es convertida en un pretexto para descuidarlos, entonces el camino hacia la apostasía está abierto.

Finalmente, recibimos provecho de las ordenanzas cuando nos encontramos a nosotros mismos fortalecidos por ellas, para sufrir por Cristo y su evangelio. Aquel que ha gustado la gracia de Cristo en sus ordenanzas, no será fácilmente persuadido a apartarse de él.

Si queremos defendernos de todas las tentaciones de apostatar, entonces debemos tener cuidado de los pecados nacionales.

Este punto ya ha sido tratado con anterioridad. Debemos ser conducidos por Cristo y su palabra y no por la opinión popular que dice: “todos lo hacen”. La palabra de Dios es muy clara: “Por lo cual Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, Y no toquéis lo inmundo; Y yo os recibiré” (2 Corintios 6:17). Debemos vivir como “el residuo de Jacob en medio de muchos pueblos, como el rocío de Jehová, como las lluvias sobre la hierba, las cuales no esperan varón, ni aguardan á hijos de hombres” (Miqueas 5:7). Debemos estar entre ellos pero no ser de ellos, y ciertamente no ser corrompidos por ellos y por los pecados nacionales.

Si los creyentes se hunden en el mundo de tal modo que aprenden sus caminos y sean guiados por sus opiniones, entonces serán arrastrados con ellos a la perdición eterna.

Bajo el Antiguo Testamento, Dios no podía permitir que su pueblo viviera entre otros pueblos, ni que otros vivieran entre ellos. Esto fue porque sabía cuán incapaces eran de resistir la tentación de conformarse a los caminos de los impíos. Así que, todas las naciones tuvieron que ser echadas de Canaán (Lev.18:30). El rechazo de la sabiduría de Dios y la transgresión de su voluntad, al mezclarse con otras naciones y al aprender sus caminos, les condujo a la ruina.

Bajo el evangelio, la iglesia verdadera de Dios debería ser guardada pura y santa por la morada del Espíritu Santo en ellos y entre ellos. Ahora, Dios encomienda a todos los que son llamados a la obediencia de la fe, a que vivan en medio de las naciones. No obstante, todavía les advierte de sus peligros y les requiere que velen y que se guarden a sí mismos de las contaminaciones del mundo (Stg.1:27).

Objeción: Pero, si no nos conformamos en algunas cosas a las costumbres del mundo, entonces, seremos menospreciados en el mundo y nadie nos tomará en cuenta.

Respuesta: Lo que quiero decir es que, no debemos someternos al mundo cediendo a sus vicios comunes, especialmente a aquellos vicios que afectan el lugar y el tiempo en donde vivimos. Antes de que fuéramos convertidos, seguíamos la corriente del mundo, pero ahora; “les parece extraño que ya no corramos con ellos” y hablan mal de nosotros (1Pe.4:3-4). ¿Deseamos realmente renunciar a Dios y a Cristo para ser populares con el mundo? (1Jn.2:15-17; Stg.4:4).

Lo que debemos hacer es superar al mundo en honestidad, amabilidad, gentileza, utilidad, moderación de espíritu, caridad, compasión y una disposición de ayudar a otros en su necesidad.

Si queremos defendernos de todas las tentaciones de apostatar, debemos evitar cuidadosamente aquellos pecados especiales cometidos por los que profesan ser creyentes, los cuales vuelven la mente de los hombres en contra del evangelio.

Debemos evitar aquella falta de amor que nos conduce a rehusar unirnos en adoración y compañerismo con otros creyentes verdaderos, porque pudieran tener una diferencia de opinión en cuanto al ordenamiento externo de la adoración.

Muchos creyentes profesantes no hacen nada útil, ni manifiestan ningún acto de bondad hacia sus vecinos. Debemos evitar este pecado y tratar de ser lo más útiles que sea posible.

Un tercer pecado de muchos creyentes profesantes, es el orgullo espiritual y un espíritu crítico y de censura. Debemos ser cuidadosos para evitar este pecado también.

Es nuestro deber, a través de un comportamiento santo y cuidadoso que “hagamos callar la ignorancia de hombres vanos” y así manifestar nuestra sinceridad ante Dios y los hombres, “para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, sean confundidos los que blasfeman vuestra buena conversación en Cristo” (1 Pedro 2:15; 3:16). “A través de perseverar en bien hacer” debemos vencer toda las maldad y la malicia del infierno (Rom.2:7).

Aquel cuyo corazón es confirmado por la gracia, continuará haciendo bien, aunque la gente diga cosas malas acerca de él. Tal hombre encuentra su recompensa en la felicidad presente y en su sentido de ser aceptado por Cristo. El se dice a sí mismo y a todos “este yugo es fácil y ligera su carga”.

Quizás usted no pudiera impedir que la apostasía se esparciera, pero usted puede tener cuidado de no haberla ayudado a esparcirse más.

El amor hacia todos los santos en toda honestidad, una disposición para recibir críticas injustas con mansedumbre, la libertad para no imponer sus opiniones sobre otros que no están listos para recibirlas, y la libertad de no juzgar severamente las supuestas fallas de otros, una disposición para tener compañerismo con todos los que “aman al Señor en sinceridad”, estas son las cosas que este mundo hundido en la apostasía necesita ver en todos los creyentes.

Si todos los creyentes fueran mansos, quietos, apacibles, sobrios, templados, humildes, útiles, bondadosos, tiernos, dispuestos a escuchar a otros, gozosos en sus pruebas y problemas, siempre “regocijándose en el Señor”, entonces el mundo no se ofendería ante ellos, sino que más bien se maravillaría de cómo podría vivir sin ellos; y así, sería ganado por ellos y haría todo esfuerzo para ser semejante a ellos. Si la honestidad, la sinceridad y la justicia fuesen vistas entre los creyentes en todo tiempo, ¡Cuán grandemente sería glorificado Cristo!

Y finalmente, si los creyentes juzgaran y condenaran a otros solamente a través de vivir vidas santas, entonces el mundo no se escandalizaría. La práctica de la santidad juzga en sus corazones, a todas las personas que no la practican. Y si ellos se ofenden y comienzan una querrela, entonces solamente manifestarán su propio pecado y su vida impía.

Tengamos cuidado entonces de la apostasía porque: “Porque aun un poquito, Y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Ahora el justo vivirá por fe; Mas si se retirare, no agrada a mi alma” (Hebreos 10:37-38).

Pero cuando las verdades evangélicas son impresas sobre las conciencias y las prácticas de los hombres, entonces la enemistad de sus corazones se levanta en rebeldía contra ellas.

Mientras que se le permite a la mente inconversa jugar con estas verdades, especulando y discutiendo acerca de ellas, las recibe como algo satisfactorio y placentero. De hecho, pudiera aún estar dispuesta a ser guiada por estas verdades y hacer muchas cosas. Sin embargo, la mente inconversa todavía permanece sobre su antiguo fundamento de la autosuficiencia y la autodeterminación, satisfecha de que todo está bajo el control de su propio libre albedrío (Mar.6:20).

Pero cuando estas verdades son aplicadas a sus corazones, urgiéndoles a que renuncien a la confianza en sí mismos, a su autosuficiencia, su autodeterminación y justicia propia, a fin de que sean renovados en Cristo, entonces, la antigua enemistad que mora en sus corazones, se despierta de inmediato como una serpiente venenosa lista para lanzarse contra el evangelio. Todas las concupiscencias de la mente y de la carne; todos los deseos engañosos de la vieja naturaleza; todo el poder del pecado y todos los deseos carnales y no mortificados se levantan para resistir estas verdades. Entonces, las verdades espirituales recibidas solo en la mente son primero descuidadas, luego menospreciadas y finalmente abandonadas.